EL CUADERNO
OLVIDADO
ANABELLA D'ANGELO

EL CUADERNO OLVIDADO

ANABELLA D'ANGELO

© Anabella D'Angelo

Octubre de 2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diseño de portada: Asesoría literaria Alfa

Carlos

En cuanto puso un pie fuera de la estación de tren, un sinfín de recuerdos lo visitaron como si llevaran años esperándolo junto a aquella pequeña construcción de piedra y ladrillo. No tenía presente aquel parque tan bonito y frondoso, pero el edificio que lo esperaba, situado tras la efímera superficie arbolada, seguía tan destartalado y sombrío como recordaba. A pesar de ello, el cariño que sentía por su *Alma Mater*, que lo había visto crecer y desarrollarse como persona, seguía intacto en su corazón. No se veía como un filósofo al uso sino, más bien, un buscador de la verdad y de lo más hondo del ser humano que había intentado mostrar en los libros que había publicado en los últimos cinco años y que, para su sorpresa, se habían vendido bien y, lo que menos le importaba, habían recibido buenas críticas de sus compañeros filósofos.

Nada más llegar a las postrimerías de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid, se sentó en las escaleras donde tantas veces había debatido con amigos y compañeros ideas absurdas que los profesores les inculcaban sin importar si con ello fomentaban el libre pensamiento o si, por el contrario, los guiaban como marionetas por el mundo del intelecto. Enemigos de los psicólogos a los que veían como embaucadores y vendedores de humo pero que, con el paso de los años, se convertían en verdaderos guías para las almas atormentadas que no habían sido capaces de encontrar ninguna verdad reveladora más allá de la experimentada en el día a día.

Filósofos que, en la mayoría de los casos, salían de la universidad para engrosar las filas de la mayor empresa del país como es el Inem pero que, de tanto en tanto, encontraban un lugar en el mundo laboral bien en la enseñanza, como su amigo Abraham, o como contadores de historias o vendedores de manuales de autoayuda. Carlos no quería etiquetarse en el segundo grupo porque se veía más como un escritor experimental, pero no le quedaba otra que pasar por el aro de las editoriales y escribir lo que el lector deseaba encontrar en las estanterías de las grandes superficies y en las pequeñas librerías de barrio.

Después de dos años sin verse, había quedado con Abraham para charlar y ponerse al día, como su amigo le había dicho por teléfono, y por eso caminaba con parsimonia hacia la entrada de la facultad donde lo esperaba uno de los profesores titulares de Antropología Social. Los jóvenes deambulaban por el centro como si se encontraran

en su propia casa y, para su desconcierto, se sintió mayor al verse incomodado por chavales que hacían lo mismo que él había hecho una década antes y que, por aquel entonces, le parecía lo más normal del mundo. Correr por los pasillos de la facultad, hablar en voz alta o reírse por cualquier tontería sin gracia le parecía de lo más absurdo, pero intentaba reflejarse en el pellejo de aquella generación que tan solo mostraba una chulería rayana en lo insultante donde los chicos y las chicas de poco más de veinte años lo miraban como si se encontraran ante un fósil de otra época bien lejana.

A duras penas logró llegar al aula donde Abraham lo había citado. Recordaba el lugar y supo que podía presentarse en el recinto semicircular y sentarse en una de las últimas filas sin que el profesor se sintiera molesto u ofendido. Abrió la puerta con sumo cuidado y entró en el aula donde se sentó en el último lugar. Abraham ni tan siquiera reparó en su presencia. Un centenar de chavales escuchaban sus explicaciones con atención mientras él, más canoso de como Carlos lo recordaba pero con el mismo aspecto algo infantil, disfrutaba como el que más repitiendo lo que había logrado trasmitir año tras año y que significaba para él lo único por lo que el ser humano podía luchar.

—Por eso os recuerdo, chicos, que no debemos confundir la antropología social con la sociología —explicó Abraham con tal solemnidad que Carlos no pudo evitar sonreír al recordar al compañero de clase que se burlaba de sus profesores y que consideraba aquella asignatura como algo absurdo—. Si queremos ir más allá de lo que un simple observador puede realizar, debemos olvidarnos de los fenómenos sociales y pensar en que somos mucho más que una moda.

Se escuchó un cuchicheo entre los chavales que escuchaban con atención. Carlos pensó en que quizá su amigo había tenido la intención de soltar un chascarrillo al hablar de los sociólogos y las modas pero también recordaba que el humor nunca había sido su punto fuerte.

—¿Quiere decir que la labor de los sociólogos no tiene ningún valor?

Abraham fijó su vista en el chico pelirrojo que había formulado la pregunta desde la tercera fila de asientos y sonrió con franqueza antes de contestar.

—Lo que intento explicar es que hay que ser honesto para hablar sobre la masa y, perdonad que sea tan franco, la honestidad ha quedado relegada al olvido.

—¿Ni siquiera un juez o un abogado?

Abraham volvió a sonreír al descubrir un buen caldo de cultivo en una conversación en la que se encontraba realmente cómodo.

—Juvenal dijo que la integridad del hombre se mide por su conducta, no por su profesión y mucho me temo que las que tú has nombrado distan mucho de ser íntegras por naturaleza.

Una joven de pelo rubio y rostro sereno sentada junto al estrado levantó la mano con mucha solemnidad y esperó el movimiento de cabeza de Abraham con el que le permitía formular su pregunta.

—¿Está usted insinuando que la bondad no existe? ¿Qué no hay gente buena en este mundo?

—Querida mía —dijo Abraham repitiendo el tratamiento que tantas y tantas veces había escuchado en profesores de Oxford al dirigirse a sus alumnas—, no lo insinúo. Lo afirmo.

Carlos, que conocía muy bien a su amigo, aprovechó el momento en el que él creía haber ganado la batalla dialéctica para entrar en combate. Levantó la mano como habría hecho cualquier alumno aplicado y esperó el gesto de aquiescencia del profesor que llegó acompañado de no menos sorpresa en ese ademán. Abraham, al ver a su amigo con la mano levantada, sonrió y asintió con la cabeza.

—William Shakespeare explicó que ningún legado es tan rico como la honestidad, pero, según usted, la bondad no existe por lo que no hay nada que legar. ¿Me equivoco o es uno de los mejores dramaturgos de la historia el que se equivocaba?

Todos los chicos se dieron la vuelta al escuchar una voz madura provenir del final de la clase y, lo más desconcertante de todos, llevándole la contraria al profesor. Abraham no pareció darse por aludido y se acercó a la primera fila de asientos desde donde clavó su mirada en el recién llegado.

—Llegará un día en que nuestros hijos, llenos de vergüenza, recordarán estos días extraños en los que la honestidad más simple era calificada de coraje.

—El hombre honesto no teme la luz ni la oscuridad.

—Nada se parece más a un hombre honesto que un pícaro que conoce su oficio.

Los alumnos se volvieron una vez más hacia Carlos esperando una respuesta, pero él prefirió permanecer callado. Abraham, sonriente por su victoria, se dio la vuelta y llegó hasta la mesa para dirigir una última frase a los chicos, aunque fue interrumpido por la voz autoritaria de Carlos que había esperado el momento crucial para dar la puntilla definitiva.

—Puede que ser honesto no te consiga amigos, pero siempre te conseguirá los correctos.

Abraham se volvió al escuchar esa última frase y sonrió de nuevo para sorpresa de los alumnos que esperaban alguna respuesta puntillosa por parte del profesor. Por el contrario, levantó una de sus manos, señaló a su amigo y procedió a presentarlo.

—Aquel hombre con aspecto de no haber roto un plato en su vida es Carlos Bonachía, el autor del gran Bestseller «La verdad». Supongo que alguno de vosotros lo habrá leído.

Se escuchó un murmullo entre los alumnos que fue en aumento y fueron muchos los que se pusieron en pie para verlo mejor. El libro que Carlos había publicado unos meses antes se había convertido en uno de los más leídos en el país en el siglo actual y una referencia para los alumnos de filosofía porque en él explicaba la verdad absoluta, pero subjetiva sobre una gran cantidad de aspectos que, hasta ese día, se habían tildado de tabú en la sociedad actual. Se puso en pie con parsimonia y fue descendiendo los escalones hasta llegar a la altura de Abraham al que abrazó sin importarle lo que pudieran pensar los alumnos.

—Acabáis de ver lo que puede significar un debate entre dos filósofos —explicó Abraham antes de que los chicos abandonaran el aula—. Una batalla dialéctica interminable.

—Y aburrida —añadió Carlos para regocijo de los chicos.

Una de las alumnas de Abraham se acercó con un libro en una de sus manos y, con una timidez más que evidente, se lo tendió a Carlos para que se lo dedicara. Él, tras preguntar el nombre de la joven, se inclinó sobre el libro que él mismo había escrito y garabateó en él un par de frases y una despedida afectuosa. Le devolvió el libro a la chica y esta, con las mejillas encendidas, se acercó a él y le dio un par de besos en las mejillas antes de desaparecer rodeada por sus compañeros a los que no tardó en mostrarles la dedicatoria.

Una vez a solas, Abraham se sentó en una de las mesas de la primera fila y miró a su amigo de arriba a abajo un par de veces.

—Aún no sé lo que le das a las mujeres y lo que Patri vio en ti.

—Vio al único filósofo recién graduado que no llevaba gafas. La engañé bien.

Ambos se rieron y comenzaron a recordar sus viejos tiempos cuando ambos aprovechaban cada instante libre para regresar a la ciudad y recorrer sus calles como si de dos aventureros se tratara. Travesías repletas de historia y edificios que buscaban en guías escondidas donde habían nacido personajes famosos o donde habían ocurrido sucesos escabrosos que llenaban sus mentes ávidas de conocimiento.

—¿Nos tomamos un café? —preguntó Abraham al tiempo que se incorporaba y guardaba sus apuntes en un portafolios—. Tenemos cafetera en la sala de profesores, pero sigo prefiriendo la cafetería de los alumnos. Ellos son la verdad y la pureza de este mundo.

—¿Aunque ninguno sea honesto?

—¿A qué viene eso?

Salieron de la clase y comenzaron a recorrer los pasillos de la

facultad en dirección a la cafetería que encontraron casi vacía. Mientras esperaban para pedir un par de cafés, Carlos aprovechó para continuar el debate sobre la honestidad que habían comenzado en la clase.

—Me resulta curioso que hables de los alumnos como de la pureza de este mundo cuando hace unos minutos les hablabas de que no existía la bondad es la sociedad en la que viven.

—Es una realidad más que evidente. Nadie mira por la persona que camina a su lado. Y no me refiero a los amigos o los familiares. Me refiero a personas anónimas que demuestran cada día que no perderían un segundo de su tiempo, por nada ni por nadie, sin obtener un beneficio en ello.

Carlos, tras sentarse en una de las sillas de color verde claro que tan bien conocía de sus tiempos de estudiantes y que no habían cambiado, se quedó pensativo durante unos segundos que Abraham aprovechó para saludar a un par de colegas que se detuvieron a su lado al verlo junto a la barra. Carlos dio un sorbo al café y miró a su alrededor. Los jóvenes charlaban animosamente unos con otros como si ese fuera el último día sobre la faz de la tierra y creyó entrever aquella pureza a la que se refería Abraham, pero, del mismo modo, se negaba a no percibir en ellos la bondad que llevaba años pregonando en sus novelas y que había supuesto un capítulo entero en su último libro en el que decidió defender la idea de la honestidad y la bondad como dos conceptos inherentes al ser humano y que, por mucho que intentaran dejar atrás, nos perseguían porque formaban parte del ser humano como ente social. Un concepto revolucionario que, una vez más, le había llevado a un debate, pero con uno de sus mejores amigos. Cuando Abraham regresó a su lado, una idea había comenzado a germinar en su cerebro, aunque, por su amplia experiencia, sabía que debía madurarla para conseguir un resultado óptimo.

—¿Dónde estábamos? —preguntó Abraham une vez se hubo despedido de sus colegas—. Ya me acuerdo. La honestidad, esa gran desconocida.

—¿Quieres decirme que no conoces a nadie que sea honesto o bondadoso fuera del ámbito familiar?

—Más o menos. E incluso es difícil encontrar esa bondad en la propia familia si no va recompensada. Es ley de vida. El ser humano, por mucho que tú lo defiendas en tus libros, es egoísta por naturaleza y el egoísmo y la honestidad no van, precisamente, cogidas de la mano.

Carlos asintió sin mucho convencimiento y permaneció callado unos segundos. Aprovechó que una joven amiga de la que le había pedido la dedicatoria en la clase se había acercado a él con un

ejemplar de «La verdad» para terminar de madurar la idea con la pretendía lanzar un reto a su amigo. Deseaba demostrarle que se equivocaba y un experimento acababa de nacer en su cabeza. En cuanto la joven se despidió de él y se fue feliz con el libro entre las manos, Carlos apoyó los codos en la mesa y, tras retirar a un lado su vaso de café, miró a su amigo con fijeza y le tendió su mano derecha.

—¿Estás de acuerdo en uno de nuestros experimentos?

Abraham sonrió al recordar tantos y tantos pactos sellados antes de conocer las condiciones. Aquello se había convertido para ellos en una rutina y en una verdadera muestra de confianza que, una vez más, volvía a hacer acto de presencia. Una prueba sellada como una apuesta antes de vislumbrar las exigencias del pacto.

—¿Qué tienes en mente?

—Un cuaderno olvidado.

Abraham se movió inquieto en su asiento y miró de reojo a los chavales que a aquellas horas conversaban en la cafetería. Se inclinó hacia Carlos como si con ese gesto lo instara a no hacer pública su idea. A pesar de ello, lo invitó a continuar con un gesto de la mano.

—Comenzaré a escribir una historia en un cuaderno y lo dejaré olvidado en el tren junto a alguien elegido al azar. Al final de la parte escrita invitaré a esa persona a continuar la historia y a repetir la operación.

—¿Qué quieres decir?

—Que esa persona debe escribir su parte de la historia para después dejar de nuevo el cuaderno olvidado con las mismas instrucciones para la siguiente persona.

—¿Y qué quieres demostrar con eso?

—Que la gente es capaz de continuar con el sueño de un desconocido e incluso alimentarlo. Tan solo necesito que me des dos meses. Estoy convencido de que volveré a encontrar el cuaderno y una historia preciosa en él.

Abraham se llevó la mano a la barbilla en un gesto muy personal que utilizaba en clase y con el que estaba convencido de mostrarse como un hombre interesante. Ya lo había hecho suyo y no necesitaba forzarlo para que ahí estuviera, en los instantes en los que su cabeza funcionaba como un engranaje perfecto.

—Me parece muy bien. Tienes dos meses a partir de hoy para traerme de nuevo el cuaderno con una historia en su interior escrita por diferentes personas.

—¿No crees que lo consiga?

Abraham se echó a reír y se apoyó en el respaldo de su silla antes de cruzar los brazos por delante del pecho.

—Ni tan siquiera creo que recuperes ese cuaderno. Más que un cuaderno olvidado me parece un cuaderno perdido.

Volvió a reír por su ocurrencia, pero la cabeza de Carlos había comenzado a funcionar a la misma velocidad o más que la de su amigo y su plan había tomado forma de una manera especial. No solo lo veía como una posibilidad de demostrarle a Abraham que se equivocaba, y que aún había gente honesta en este mundo, sino que pensaba en lo que esos desconocidos podían llegar a escribir y algo en su interior se removía. Quizá pudiera mostrarle al mundo un tipo de literatura distinta, una literatura escondida dentro de una novela o de un buen libro de autoayuda. Quizá podría escribir sobre la honestidad y lo que se lograría en un mundo en el que la maldad quedara olvidada y adornarlo con la preciosa y perfecta compañía de una historia escrita por unos desconocidos en una cadena perfecta de bondad y colaboración desinteresada.

—Seguro que te sorprendo.

—Eso seguro. Bueno, cambiando de tema… ¿Cómo está Patri?

—Está bien. Con sus pacientes, su gimnasio... Lo de siempre.

A pesar de estar más de dos horas hablando de un sinfín de cosas entre las que podían incluir, en la misma medida, teorías filosóficas actuales pero también sus recuerdos de juventud, Carlos fue incapaz de contarle a su amigo que dos años antes su mujer se había quedado embarazada y habían tenido un hijo precioso al que habían llamado Ezequiel, como su abuelo materno, en un alarde de tradición sin parangón para Carlos que odiaba ese nombre, pero que no había tenido más remedio que claudicar ante la insistencia de su mujer. Dos horas de charla amena y entregada en la que su hijo no apareció en ningún comentario a pesar de no dejar de hablar de chavales, de expectativas de futuro e incluso de la posibilidad de ser padre. Un temor a no ser comprendido o, simple y llanamente, a recibir duras críticas por alguna decisión no tomada en su momento.

Se despidieron en la puerta de la facultad con un millón de promesas refrendadas por una sola, la más importante; aquella por la que vivían los filósofos que no era otra que la de demostrar sus teorías o, en el peor de los casos, darles el suficiente peso como para no poder ser refutados por aquellos compañeros que se dedicaban al innoble arte de echar por tierra las teorías de los demás. El cuaderno olvidado se convirtió en la excusa perfecta para volver a verse dos meses después y poner sobre la mesa el resultado de la teoría de la honestidad de la gente en la que Carlos creía ciegamente pero que a Abraham le resultaba un auténtico chascarrillo.

Sentado en el tren se dedicó a mirar por la ventanilla con la idea de desgranar su teoría e intentar acercarla a la realidad que se movía a su alrededor y que, como buen investigador de la mente humana, no podía ni debía obviar. La teoría de Abraham parecía cobrar importancia por el mundo que se le mostraba sentado en el vagón de

un tren de cercanías. Infinidad de chabolas y de niños desnutridos que campaban a sus anchas entre las suciedad y las ratas como para que la honestidad y la bondad hicieran acto de aparición alimentando la teoría de Carlos. La decepción se apoderó de todo su ser, pero, como por arte de magia, las chabolas dejaron su lugar a unos pocos parques que comenzaban a adornar de verde la periferia y a convertirse en verdaderos pulmones de la tristeza y la mediocridad. En uno de ellos, una niña pequeña jugaba con un cachorro mientras su abuela la miraba con tal amor que a Carlos se le encogió el corazón y le hizo pensar en su propio hijo y en las limitaciones que había heredado. La niña, en un momento dado, cogió al pequeño cachorro de Collie y salió corriendo en pos de su abuela que la recibió con los brazos abiertos. Las dos se sentaron en un banco y, a pesar de la lejanía, la vio meter la mano en su bolso para, posteriormente, extraer algo que le entregó a la niña. Quizá fuera una chuchería, un bocadillo o un juguete. Nunca lo sabría pero quiso pensar que se trataba de un trocito de su corazón con forma de cualquier cosa, pero que no dejaba de ser una porción inmensa de amor. Ahí estaba la honestidad; en esos pequeños gestos entre una abuela y su nieta. Pero él tenía que demostrar que esa bondad y esa entrega podían darse entre perfectos desconocidos en un trabajo de campo que ya estaba deseando tener entre sus manos.

Media hora después bajó en la estación de Torrelodones y caminó con tranquilidad hasta el pequeño chalé que habían alquilado un año antes para facilitar la existencia de su hijo en todo lo posible. Junto a la puerta de chapa pintada de color rojo oscuro se detuvo para tomar aire. Adoraba a su hijo y no lo cambiaría por nada del mundo pero, en ocasiones, se sentía asfixiado por las circunstancias y, por mucho que le doliera admitirlo, salir por la puerta de su casa significaba un desahogo y unos minutos o unas horas de soledad merecida. Metió la llave en la cerradura y, en cuanto la giró y chirrió, escuchó el sonido de otra puerta abrirse y cerrarse de un portazo.

—¡Papi!

Carlos dio un par de pasos hacia el niño pequeño que avanzaba hacia él con caminar vacilante y le tendió sus manos para facilitarle el encuentro. Los ojos blancos de Ezequiel se posaron en ninguna parte, pero, en cuanto se sintió en brazos de su padre, suspiró y se acurrucó en su pecho como si de un refugio se tratara. Carlos besó a su hijo en la frente y lo abrazó con suavidad. Adoraba a su hijo y daría su vida por él, pero, el día que nació y vio sus pupilas del color de la nieve, su corazón se rompió en mil pedazos. Por alguna extraña razón que nadie fue capaz de explicarles, Ezequiel nació ciego y todas las expectativas de unos padres primerizos se desintegraron al comprender que su hijo no podría jugar con otros críos en el parque sin temor a ser

atropellado, que nunca podría compartir un cine con sus amigos y que no tendría una infancia como la de los demás niños de su edad. Lo que Carlos no podía imaginar era que la vida de su hijo significaba oscuridad y que no había conocido otra cosa por lo que le bastaba y le sobraba con oler a sus padres, sentir sus abrazos y saber que estaban ahí junto a él.

Patricia salió al jardín en cuanto escuchó el grito de su hijo llamando a Carlos y lo esperó junto a la puerta de la cocina con el delantal puesto y las manos llenas de harina. Era psicóloga y atendía desde su propia casa donde Carlos se había encargado de aislar acústicamente una salita para recibir a los pacientes y que no se vieran distraídos por los gritos de un niño de año y medio. Visitaba a un paciente que sufría de agorafobia una vez por semana pero los demás acudían a su casa y le permitían pasar el mayor tiempo posible junto a su hijo, aunque, cuando tenía que trabajar, Carlos dejaba de escribir al instante y tomaba el relevo.

—¿Qué tal la mañana? —le preguntó tras darle un beso y mancharlo de harina.

Carlos dejó a su hijo en el suelo y entró en la cocina donde el aroma a pan recién horneado ocupaba toda la estancia y le traía recuerdos de su niñez cuando se refugiaba en la cocina junto a su madre para huir de un padre alcohólico y donde podía saborear alguna galleta de tanto en tanto.

—Bien —aclaró Carlos al tiempo que abría la nevera y sacaba una lata de refresco del interior—. Desayuné con mi agente y estuvimos hablando de la promoción del libro y después fui a la facultad a ver a Abraham.

—¿Y cómo está? —preguntó Patricia con las manos metidas en un bol con masa de pan y con Ezequiel enganchado a su pierna—. Hacía mucho que no lo veías.

—Está bien. Ya sabes cómo es. Ni mujer, ni novia, ni hijos…

—¿Le has hablado de Ezequiel?

El silencio en la cocina le dio la respuesta. Patricia suspiró con fuerza y Carlos se encogió sentado en una de las sillas. No podía entender por qué su marido se avergonzaba de tener un hijo ciego cuando ella hablaba de Ezequiel con todo el que quisiera escucharla. Se sentía feliz, aunque, en ocasiones, se martirizaba pensando en lo que había hecho mal durante el embarazo y qué podía haber ocasionado esa ceguera, pero, en cuanto Ezequiel aparecía en escena con su preciosa sonrisa, cualquier miedo o tristeza se desvanecía como por encanto y tan solo la carcajada de un niño existía para ella. Por desgracia, para Carlos todo era distinto. Lo que para su mujer era una preciosa oportunidad para aprender a criar a un niño invidente, para él se había convertido en una labor ingrata en la que su hijo tenía

todas las de perder. Se lo imaginaba con el bastón perdido en las calles de la gran ciudad mientras el mundo avanzaba a otra velocidad y él no era capaz de subirse al mismo tren que sus congéneres. Y se le quebraba el alma.

—Tu hijo es feliz —explicó Patricia con cierta condescendencia que irritaba a su marido—. Hasta que no lo comprendas, no lo serás tú también.

—Es…duro. Me hubiera gustado haber tenido un niño normal. Me refiero… yo…

Patricia se acercó a su marido, le puso un dedo en los labios y se arrodilló frente a él. Ezequiel no tardó en notar que sus padres estaban juntos y pensó en la posibilidad de jugar con ellos dos por lo que tomó carrerilla y se lanzó a por su padre. Carlos cogió a su hijo en brazos y lo sentó en una de sus rodillas para, a continuación, comenzar a balancear su pierna arriba y abajo. Ezequiel comenzó a gritar de contento y Patricia, tras observar la felicidad en el rostro de su hijo, le dio a su marido un beso repleto de amor.

—Eres un buen padre. Tu hijo lo sabe y yo también lo sé. Ya solo falta que tú lo sepas.

Patricia se puso en pie, cogió a Ezequiel en brazos y salió con él en dirección a su habitación.

—Vamos, jovenzuelo, es la hora de tu siesta.

—¡Papá!

Carlos, tras la llamada de su hijo que lo esperaba con los brazos extendidos, abandonó la cocina y los siguió hasta la habitación del niño donde se sentó en el borde de la cama mientras Patricia lo metía debajo de las sábanas. Carlos cogió un cuento al azar de la estantería y, tras abrir por una de las páginas, comenzó a recitar con voz suave una de las partes del cuento que, por lo que pudo entender, trataba sobre un mono y un oso panda. Mientras su voz recitaba una letanía y su hijo comenzaba a cerrar los ojos, su mente viajaba a un lugar no muy lejano, a una comunidad de vecinos donde un sinfín de personas podían darse a conocer y tenían la oportunidad de compartir sus vidas de una forma u otra. Tenía claro que ese podía ser el comienzo perfecto del cuaderno olvidado y ya se veía junto a su escritorio, con un bolígrafo en la mano y una comedida porción de papel frente a él. Se cercioró de que su hijo dormía antes de apagar la lamparita con la que alumbraba el cuento y salir de la habitación. Regresó a la cocina donde su mujer continuaba preparando lo que Carlos creyó podían ser panes de leche.

—Voy a comenzar un proyecto —anunció desde la puerta.

—¿Una nueva novela?

—Algo así. Más parecido a un estudio sociológico. Me preparo un sándwich y me voy al despacho a escribir.

No tardó en dar forma a la historia en su cerebro aunque él tan solo podía ser el creador de una pequeña parte. Necesitaba que algún personaje más apareciera en escena para dar pie a sucesivas historias y fue mucho más sencillo de lo que en principio podía haber imaginado. Fueron tres horas de escritura constante en las que disfrutó como un niño pequeño de la sensación de escribir sin medir cada una de sus palabras, sin pensar en una futura corrección o, lo peor de todo, en las rancias y estúpidas críticas. Tan solo se dejó llevar por lo que su interior le ordenaba y con lo que se sentía feliz frente al cuaderno de tapa negra. Una vez hubo terminado, escribió las correspondientes instrucciones en la última página y firmó tan solo con su nombre para, acto y seguido, guardar su cuaderno en el portafolios.

Cuando salió del despacho, se encontró la puerta del de su mujer cerrada y a Amaia, la joven que cuidaba de Ezequiel por las tardes, sentada en el sofá con la televisión encendida mientras los dos se entretenían jugando con unos puzles especiales para niños invidentes y con los que Ezequiel podía familiarizarse con las formas y las texturas de las piezas antes de intentar ensamblar unas con otras. Carlos se sentó en el sofá junto a su hijo y le acarició la cabeza con infinito amor.

—Papá, *¿juegaz*?

—Claro que sí, hijo.

Durante más de media hora estuvieron jugando con los puzles, con unos pocos coches de carreras e incluso se entretuvieron jugando a los indios donde a Carlos le tocó ser el caballo del gran jefe piel roja de nombre «Galleta de chocolate» como quiso bautizarlo Ezequiel con su lengua de trapo. Cuando Patricia, tras despedirse de su paciente, entró en el salón y los vio de esa guisa, no pudo evitar echarse a reír. Carlos dejó de jugar al instante, se puso en pie y gruñó por lo bajo al verse fruto de las burlas de su mujer.

—Ya te vale —le dijo al pasar a su lado.

—Eres un gruñón —respondió Patricia antes de plantarle un beso en los labios—. Voy a prepararle la merienda a Ezequiel.

—Yo tengo que salir un momento. Tengo de dejarme un cuaderno olvidado en el tren.

Patricia lo miró con el ceño fruncido, pero ya estaba más que acostumbrada a las rarezas de su marido que, en la mayoría de los casos, tenía que ver con su profesión por lo que decidió no preguntar. Carlos agarró su portafolios, se puso una chaqueta sobre la camiseta de color negro y salió del chalé en dirección a la estación de tren. Miró la hora y escuchó la voz inconfundible y metálica que anunciaba la llegada inminente de un tren en dirección hacia Madrid por lo que aceleró el paso y llegó a la estación en el preciso instante en el que el

tren hacía acto de aparición por su izquierda. Subió en uno de los vagones intermedios y se alegró de haber cogido uno de los trenes que, a esa hora de la tarde, no estaban demasiado concurridos. Miró a su alrededor y se sentó en uno de los asientos de espaldas a la ventanilla, pero desde donde podía contemplar a una joven rubia que podía rondar los veinte años o quizá algunos más. La estuvo mirando hasta que ella, sintiéndose observada, levantó la cabeza y la giró hacia él. Carlos apartó la vista para que no lo confundieran con un pervertido, pero se percató de que la chica lo miraba de vez en cuando y aquello formaba parte del plan. Convencido de haber acaparado parte de su atención, abrió su portafolios, sacó el cuaderno de su interior y, tras juguetear un rato con él y con un bolígrafo, lo dejó en el asiento vació junto al suyo. En ese preciso instante sonó la voz en la megafonía interior del vagón que anunciaba la llegada a la estación de Pinar de las Rozas. Carlos intercambió una última mirada con la joven rubia antes de ponerse en pie justo en el momento en el que las puertas abiertas se veían acompañadas por una serie de pitidos estridentes e incómodos que anunciaban el consiguiente cierre de las mismas. Echó a correr como si se hubiera percatado en ese instante de que aquella era su estación de destino y logró bajar del vagón justo cuando las puertas comenzaban a cerrarse. El tren se puso en marcha y, desde donde se encontraba en el andén, pudo ver cómo la chica rubia se ponía en pie, cruzaba el vagón y cogía el cuaderno que Carlos había dejado sobre uno de los asientos frente a ella. La joven miró por la puerta hacia donde él se encontraba, pero tan solo pudo ver cómo Carlos le sonreía y la invitaba, con un gesto de una de sus manos, a continuar con la historia. Dos meses y el cuaderno olvidado volvería a él… o eso quería creer.

Irene

Un nuevo paseo, una nueva carga, la misma responsabilidad de cada día y un trabajo denigrante más próximo a la esclavitud que a la integridad inherente al siglo en el que vivimos. Irene empujó la carretilla elevadora hasta el pasillo de los productos lácteos y comenzó a reponer los cartones de leche de las marcas que el día anterior habían quedado desguarnecidas. De tanto en tanto miraba hacia los laterales y comenzaba a temblar. Cualquier respiración extraña, pasos que se aproximaban o un crujido inesperado le hacían odiar aún más su trabajo. Todo desde aquel día…

Sucedió una madrugada, en el famoso turno del cementerio del centro comercial de la localidad donde trabajaba, y no lo vio venir. Necesitaba el trabajo y bastante tenía con no haber podido seguir estudiando como para regodearse en su desgracia. Quizá fue eso mismo lo que sintió su encargado directo, un hombre desagradable de poco más de cuarenta años que, en cuanto la vio, la convirtió en la diana de sus deseos. Comentarios desagradables, miradas obscenas y algún que otro roce ocasional con el que alimentar sus perversas fantasías y destrozar la dignidad de Irene, que ya se encontraba bajo mínimos. Aquella noche no se lo pensó dos veces y esperó a que los demás operarios, encargados de reponer en el centro comercial, se hubieran marchado para recorrer los pasillos que conducían al lugar donde Irene se afanaba en realizar la labor que ese mismo tipo sin escrúpulos le había encomendado. No pudo resistirse, ni tan siquiera pudo gritar. Necesitaba el trabajo y el dinero y aquel día se sintió como una prostituta a la que hubieran apaleado con su propia integridad. La violación se convirtió en un secreto obligado a ser escondido bajo amenazas y coacciones y que convirtió a Irene en un muerto viviente que deambulaba por los pasillos del centro comercial con el piloto automático encendido y con la única idea en mente de salir de allí en aras de un futuro mejor.

Aquella mañana no había sido muy distinta de las anteriores y no pudo sino empeorar cuando se encontró por la calle que conducía a la estación de tren a una amiga del instituto que la detuvo en cuanto la vio y la reconoció.

—Irene, cuánto tiempo…

—Hola, Sandra. ¿Cómo estás?

Palabras vacías que para ella tan solo significaban eso, un vacío extremo con el que llenar una vana conversación carente de sentido y abocada al fracaso mucho antes de ser comenzada.

—Pues, ya ves. En época de exámenes en la universidad. Qué te voy a contar.

—Pues, sí. Mucho lío con los exámenes —explicó Irene con la vista en la estación de tren—. Bueno, te dejo que tengo algo de prisa.

—Vale, a ver si tomamos algo un día.

Sin tan siquiera una afirmación, un asentimiento o una escueta frase de confirmación, Irene se despidió de la joven con un gesto de la mano tan transparente como sus palabras y se alejó de ella con la velocidad de quien teme volver a ser requerido. Tardó poco más de dos minutos en llegar a la estación y, tras esperar algo más de un cuarto de hora, pudo dejarse caer en una de las butacas incómodas del tren, pero que a ella le parecían el más mullido de los butacones de un palacio. Allí podía dedicarse unos minutos sin pensar en nada más, se veía capaz de abrir un buen libro y dejarse transportar a lugares donde sabía que nunca pondría un pie o a otras épocas donde ella, con toda seguridad, podría comportarse como una mujer distinta y no como la cobarde y conformista en que se había convertido.

Abrió su bolso de punto de cruz con un Papá Noel sonriente en uno de los laterales y sacó de él uno de los libros que había podido «tomar prestado» del centro comercial y que debía cuidar en extremo para volver a dejarlo en su estantería poco tiempo después. Llevaba algunos meses llevando a cabo su inocente fechoría y sentía que con ello devolvía parte de la explotación y del trato infrahumano recibido. Un pacto desigual, pero que alimentaba el poco orgullo que portaba en su interior. Vio pasar los árboles por la ventanilla e intentó concentrarse en la lectura, aunque, por alguna extraña razón, le costaba fijar la vista en las páginas del libro y no en el exterior del vagón como si con ello buscara algún aliciente con el que llenar su triste vida. Al llegar a la estación de Torrelodones, un joven algo mayor que ella se sentó en un lugar cercano al suyo y, casi al instante, sacó de su portafolios un cuaderno con la portada de color negro y un bolígrafo. No era especialmente guapo, pero había algo en él que mostraba una seguridad que ella misma no poseía y eso animaba a seguir contemplándolo, no como parte de un cortejo sino como una necesidad surgida de ninguna parte. No pudo dejar de mirarlo durante el recorrido a la siguiente estación donde el joven de pelo oscuro dejó el cuaderno en un asiento junto a él y le dedicó una leve sonrisa. En el preciso instante en el que las puertas anunciaban con un pitido el cierre inminente del vagón, el hombre se levantó a toda velocidad, tomó su portafolios y bajó al andén. Irene vio que se había dejado su cuaderno olvidado en el asiento y se puso en pie a la misma velocidad

que había usado el desconocido para abandonar el tren, pero ya era demasiado tarde y nada podía hacer. Lo vio mirarla desde el andén y, con un gesto de su mano, pareció invitarla a abrir el cuaderno y compartir su interior. No pudo tener la certeza de un mensaje correcto recibido, pero tuvo la extraña sensación de que aquel joven interesante y seguro de sí mismo no había dejado su cuaderno por un descuido.

En cuanto el tren se puso de nuevo en marcha y con una sensación curiosa en su interior que no supo comprender, se sentó de nuevo en su asiento, colocó el cuaderno en su regazo y, con cierto nerviosismo, lo abrió por la primera página y comenzó a leer. Se trataba de una breve historia que hablaba de un chico ciego que tocaba la guitarra en las calles, de una adolescente enamorada de él y de su joven vecina, una chica rubia de diecinueve años que parecía guardar un triste secreto. Al instante se sintió identificada con esa pobre chica, pero fue el último párrafo leído el que hizo que su corazón se acelerara en su pecho. Lo leyó en voz alta sin importarle que alguien pudiera estar escuchando.

—Es un cuaderno olvidado pero no perdido —leyó con los nervios a flor de piel—. Te invito a continuar con esta historia y a hacerla tuya. No olvides que en las palabras está la fuerza y la razón. Escribe tu parte, deja un trocito de tu alma en ella y deposita el cuaderno olvidado allá donde lo encontraste. Otro continuará tu historia si se lo pides. Carlos.

Cerró el cuaderno con mucho cuidado como si se tratara del más preciado legado de una cultura milenaria y lo apretó con fuerza contra su pecho al tiempo que sus labios acariciaban una y otra vez el nombre del joven que había escrito esa historia y que la había dejado olvidada en un cuaderno. Acababa de recibir una invitación y no estaba dispuesta a rechazarla. No se veía capaz de escribir una historia, pero necesitaba formar parte de algo que no fuera grisáceo o sin alma y aquel cuaderno mostraba más fuerza que su propia existencia relegada al más triste olvido.

Llegó a la estación de Pitis con una historia rondando por su cabeza y con la sensación de haberla vivido en su interior una y otra vez. A pesar de ello, guardó su recién encontrado tesoro en el interior de su bolso navideño, aunque fuera de época, y bajó del tren con la idea de dejarse llevar por su mente, pero, sobre todo, por su corazón. Atravesó las calles vacías de la urbanización a medio construir y dejó atrás los chalés y los pisos modernos que pertenecían a los que ella denominaba como «ricos de mentira», personas que habían logrado lucrarse con algún negocio rentable y que habían pasado en un santiamén de ser cabeza de ratón a una insufrible cola de león con más medallas autoimpuestas que un militar retirado. El piso donde

vivía su madre pertenecía al barrio obrero que había sido construido cincuenta años atrás y que ahora parecía un grano en el culo de los nuevos ricos que lo miraban con desprecio y con cierto anhelo de demolición. Abrió el portal, subió los cuatro tramos de escaleras del bloque sin ascensor y, una vez en la planta donde vivía su madre, se detuvo para recuperar el resuello antes de entrar al piso y enfrentarse con la cuidadora que había contratado un mes atrás y que siempre protestaba por el comportamiento de la mujer que le había dado la vida, pero que parecía haberse olvidado de ella.

Irene abrió la puerta con mucho cuidado y se encontró junto a la puerta con la cuidadora, bolso en ristre y abrigo bien agarrado bajo el brazo y, lo peor de todo, cara de pocos amigos.

—No puedo más —anunció nada más ver a Irene—. Me despido.

—Pero, no puede hacerme esto.

—Claro que puedo.

—Me podía haber avisado con más tiempo.

—No tengo contrato así que…

Sin añadir nada más y sin dar ningún tipo de explicación, la mujer de tez oscura y acento de allende de los mares, salió del piso y se perdió escaleras abajo resoplando por el esfuerzo de lidiar con una mujer de cincuenta y cinco años, con Alzheimer prematuro, y con la fuerza y la energía de una persona sin ninguna enfermedad. Quizá fuera por eso por lo que Irene no lograba encontrar a alguien que fuera capaz de cuidar de una mujer que creía encontrarse, de tanto en tanto, con un extraño en su casa y que actuaba con la fuerza de los cincuenta y cinco años que tan bien llevaba. La misma Irene tenía que sufrir la situación de no ser reconocida por su propia madre y, cada mañana, rezaba para encontrarse con la mujer que la había criado y con la única persona a la que de verdad quería y por la que daría su vida sin pensar.

Entró en el salón con el alma encogida por la noticia recibida y se encontró a su madre, sentada en uno de los sillones, con la vista fija en un programa de televisión. Ladeó la cabeza en cuanto escuchó a Irene y la observó con detenimiento al tiempo que su hija aguantaba la respiración y tensaba los músculos en espera de cualquier ataque por su parte. De repente, como si por la ventana se hubiera colado un rayo de sol esperanzador, su madre sonrió y le mostró el mando a distancia.

—Hija, la programación cada vez está peor.

Irene tragó saliva para hacer desaparecer el nudo que cada mañana se adueñaba de su garganta, se sentó junto a su madre como hacían cuando ella aún no había perdido la batalla contra el Alzheimer y le cogió la mano. Pocas ocasiones como aquella podía disfrutar junto a su madre y se sentía una afortunada por unos pocos

segundos de empatía que nadie que no hubiera vivido una situación similar podía comprender. En un instante el blanco podía tornarse negro y la calma podía dejar su lugar a la más desagradable de las tormentas. A pesar de ello, Irene se permitió el lujo de tomar un momento de relajación que duro hasta que su madre sacudió la mano con cierto desprecio y la miró como si no la reconociera, que de hecho así era. Irene supo que su segundo de felicidad había desaparecido como por arte de una magia oscura y tenebrosa.

Aprovechó el momento de desconcierto de su madre para refugiarse durante unos minutos en la cocina mientras ella decidía qué canal poner en la televisión con la idea de olvidar que un extraño acababa de invadir la intimidad de su hogar. Irene sacó el teléfono móvil y llamó a la agencia que se encargaba de buscar cuidadores de gente con problemas de Alzheimer, senilidad o similares. No tardó en concertar una entrevista para esa misma tarde y, una vez que hubo llegado a un acuerdo con la joven que se presentó en su domicilio y que aseguró tener experiencia en casos similares al de su madre, fue capaz de despedirse de ella para regresar a su casa, a la habitación que tenía alquilada en un pequeño pueblo de la sierra madrileña, y que era lo único que se podía permitir con su sueldo. En ocasiones se había planteado vivir con su madre pero las implicaciones sentimentales eran de tal magnitud que su corazón se hubiera quebrado en mil pedazos al verla en ese estado cada minuto del día. Sentía que, de alguna manera, la había abandonado, pero los pocos minutos al día en el que la realidad superaba a sus recuerdos de un pasado mejor no compensaban las horas de calvario y de lucha interior.

Pasaron los días con la misma rutina que se había adueñado de su vida. Las horas en el trabajo se hacían eternas y siempre intentaba estar acompañada de alguien para no caer de nuevo en las redes del encargado depravado que había dado buena cuenta de su inocencia y del poco orgullo que aún se permitía administrar. Al salir, tomaba el tren de forma sistemática y, cada día, al llegar a la estación de Torrelodones, buscaba al joven de pelo oscuro y mirada intensa que había dejado olvidado su cuaderno de forma poco accidental, pero no tuvo suerte. Necesitaba algo en su vida que no sabía definir, pero con lo que variar el rumbo de una existencia vacía y sin ilusiones por lo que, en cuanto llegó a la casa de su madre y confirmó que la joven adquisición se había hecho con la situación y podía controlar los cambios de humor de su madre, se escondió en la que había sido su habitación durante dieciocho años, se sentó frente al escritorio donde tantas y tantas aventuras había imaginado y dejó sobre él aquel cuaderno de tapas negras. Lo abrió con lentitud, como si con ese gesto diera rienda suelta a un ritual que la dejara impregnarse de la bella historia del chico ciego que la había encandilado. Recorrió cada

párrafo, cada línea, cada palabra con los ojos ávidos de una lectora necesitada de una verdadera historia en la que creer y de la que impregnarse y, cuando llegó a la altura de las instrucciones escritas por el joven propietario del cuaderno, tomó aire, ordenó las ideas que revoloteaban por su mente y escribió una única palabra antes de entregarse de lleno a la escritura. Aquella palabra era «tristeza» y definía por completo su estado de ánimo y en lo que se había convertido su vida. Aun así, deseaba fundir su alma con la de aquella joven que se había enamorado del chico ciego por lo que dejó que su imaginación volara y, sin saber de reglas tipográficas, se entregó a la escritura durante tres horas que pasaron como un suspiro y en las que logró plasmar en aquel papel su idea de un mundo distinto al que le encantaría poder viajar y donde se perdería con la mayor de las ilusiones.

Se despidió de su madre con un beso que ella rechazó al recibirlo de una desconocida y se tranquilizó al descubrir que la joven cuidadora entendía muy bien por lo que ella estaba pasando.

—No se lo tengas en cuenta. Para ella, somos completos desconocidos.

—Ya lo sé, pero es duro saber que ni tu propia madre te reconoce.

—Está viva y, a su forma, es feliz.

Irene asintió y se maravilló de la inteligencia y la empatía de la joven que había enviado la agencia y que había resultado una persona alegre y jovial muy distinta de la mujer de mediana edad que había huido como alma que llevaba el diablo ante el primer arranque de ira de su madre. Le dio las gracias una vez más y regresó a su patética vida mientras dejaba atrás a la única persona que le importaba y, tras la muerte de su padre, el único familiar que le quedaba. Ni tan siquiera se había planteado tener novio y, la poca confianza que rondaba en su interior hacia los hombres, había quedado aplastada contra aquella estantería en la que había sido violada por su encargado.

Se refugió en su habitación y no salió de ella hasta que el despertador sonó a las cinco de la madrugada para hacerla abandonar el mundo onírico de Morfeo y devolverla al mundo real en el que no quería vivir. Tras una jornada laboral en la que, como todas las noches, recorría los pasillos del centro comercial con un ojo puesto en la preciosa carga que transportaba y el otro en la más que posible agresión sexual que podía llegar en cualquier momento, salió de su lugar de trabajo y recorrió con desgana el camino que llevaba hasta la estación. Una vez allí, subió al tren que debía llevarla hasta su destino junto a su madre pero con una ilusión que le resultó desconcertante. Se sentó en el mismo lugar que había ocupado el joven de pelo oscuro

que había dejado el cuaderno y, al igual que él, lo sacó de su bolso y comenzó a moverlo entre sus manos. Esperó con paciencia hasta que, en la estación de Pinar de las Rozas, una chica de unos quince años subió a su mismo vagón y se sentó frente a ella. Daba la sensación de ser una joven alegre y despreocupada que, con los cascos puestos, se movía al ritmo de la música mientras se entretenía escribiendo en lo que parecía un diario.

Se miraron un par de veces y, en una de esas ocasiones, la chica de pelo del color de la canela, sonrió con franqueza y mostró unos brackets adornados con unas pequeñas cintas de color rosa que le conferían un aspecto gracioso y desenfadado. Cuando quedaban pocos metros para llegar a la estación de Pitis, Irene tomó aire, dejó el cuaderno en el asiento contiguo y vacío y esperó a que las puertas se abrieran. En cuanto los pitidos agudos avisaron de que el cierre de las puertas era inminente, se levantó a la carrera de su asiento y salió al andén dejando tras de sí el cuaderno olvidado. A diferencia del joven de pelo oscuro, no se volvió para comprobar si la joven del diario había decidido hacerlo suyo para continuar su historia. No lo necesitaba porque algo en su interior le decía que había encontrado a alguien puro que continuaría con aquel juego que, de alguna manera, se había apropiado de su mente y le había entregado de forma gratuita un pequeño atisbo de ilusión. Aquel cuaderno ya formaba parte de su vida y ella, como bien había pedido ese tal Carlos que firmaba al final de la primera parte de la historia, había dejado un trocito de su alma en ese precioso relato.

Selene

—No quiero que estés triste.

—No estoy triste.

—¿Estás segura?

El hombre de pelo negro con una buena parte canoso se acercó a la chica y le rodeó el hombro con los brazos. El parecido era indudable y nadie hubiera dudado del parentesco existente entre ambos. Ella tenía el pelo del color de la canela y vestía con ropa desenfadada. La camiseta de color rosa hacía juego con las gomas que adornaban los brackets, accesorio indispensable adolescente, y llevaba una bolsa de tela al hombro donde guardaba sus libros de texto y el más preciado de sus tesoros, el diario que escribía codo con codo con su amiga Sofía. Ellas se conocían desde el jardín de infancia y habían decidido, al cumplir los trece años, comenzar a escribir un diario con sus vivencias. Pero no uno distinto cada una de ellas sino el mismo entre las dos, en el que se contradecían de forma graciosa, se criticaban como si no se conocieran, pero, por encima de todo, se respetaban como dos hermanas.

—Estoy segura, papá. Me alegro mucho por ti. Beatriz parece una buena mujer.

—Yo… no quería ponerte entre la espada y la pared, pero quería que la conocieras.

Los padres de Selene se habían separado un par de años antes y aún no habían logrado divorciarse por culpa de su madre que se negaba a cooperar para que él recuperara su libertad. En ocasiones lo había tildado de «putero» y «machista» pero Selene sabía que su padre no era ni lo uno ni lo otro y que, por suerte para él, había logrado salir del cerco impuesto por una mujer posesiva y controladora para caer en las redes de una persona dulce y encantadora como Beatriz, la nueva novia de su padre, que parecía haberse apoderado de su corazón. Selene veía a su padre feliz como nunca lo había visto en su propia casa y parecía mucho más relajado de lo que nunca había estado.

Ella misma tenía un novio dos años mayor y ya había experimentado la felicidad del amor, pero también las crueles reacciones de los adolescentes que se creen con cualquier derecho

sobre la joven a la que han encandilado. Era uno de los temas que Selene peor llevaba y de lo que hablaba muy a menudo con su amiga Sofía, pero que no se atrevía a escribir en su diario por si acaso algún día su madre lo leía, hecho bastante probable. Juancar, el chico que había conocido un año atrás en una fiesta organizada por unos amigos de la urbanización, ya no se parecía al joven dulce y entregado que la había llevado esa misma noche a su casa en la motocicleta. Él defendía las necesidades físicas de los jóvenes de hoy en día como una obligación por encima de cualquier razón o deseo y llevaba presionando a Selene varios meses. Ella no se veía preparada para mantener relaciones sexuales con tan solo quince años ni tampoco creía que Juancar fuera el hombre de sus sueños. Le gustaba y se lo pasaba muy bien con él pero sabía que tan solo era un amor adolescente al que no quería entregar algo tan importante como su virginidad. Él no parecía entenderlo y la relación comenzaba a tensarse. De hecho, esa misma noche habían quedado unos pocos amigos en la casa de uno de ellos y, aprovechando que sus padres no iban a estar, Juancar ya había pensado dedicar esa noche al sexo.

A Selene le hubiera gustado hablar de ello con su padre pero no se atrevía. Ahora parecía mucho más moderno y cercano de lo que nunca había sido, pero no dejaba de ser su padre y temía su reacción; no contra ella sino contra el chico que estaba presionando a su hija y la trataba con tan poco respeto. Por suerte, había encontrado en la prometida de su padre a una mujer con experiencia, cierta edad pero abierta de mente por lo que, en una de las ocasiones en las que su padre salió al jardín para fumarse un cigarro, ella pudo hablar con su futura madrastra en la cocina mientras recogían los cacharros de la comida.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Selene continuó fregando los platos sin atreverse a mirar a Beatriz.

Ella dejó lo que estaba haciendo y se sentó encima de la encimera de un salto como si se tratara de una adolescente más y no de una mujer de casi cincuenta años. Una vez estuvo junto a Selene, cogió un papel de cocina y comenzó a secar una sartén con la idea de restarle importancia a la conversación para que la joven se sintiera más cómoda.

—Tú dirás.

—Verás… —Selene miró de reojo hacia el salón y Beatriz captó el mensaje.

—Puedes hablar conmigo lo que quieras. Sé guardar un secreto.

La mujer hizo un gesto con dos dedos como si cerrara con llave sus propios labios y lanzara el pequeño objeto muy lejos de allí y a Selene le hizo mucha gracia porque era un gesto que su amiga Sofía hacía cuando prometía guardar un secreto. Fuera por lo que fuese,

logró que se sintiera mejor.

—Tengo novio desde hace un año y quiere que nos acostemos, pero yo no lo tengo claro.

—¿Eres virgen? —preguntó Beatriz sin andarse por las ramas.

—Sí.

Selene se puso colorada nada más contestar, pero, para su sorpresa, Beatriz sonrió y asintió.

—Yo perdí la virginidad con veinticinco años y te aseguro que fue un momento muy especial.

—A mí también me gustaría que fuera especial, pero…

—Pero no sabes si ese chico es el apropiado. ¿Me equivoco?

Selene sonrió a su vez y con ese gesto confirmó las sospechas de la novia de su padre. La mujer dejó la sartén junto a la vitrocerámica y cogió uno de los cazos que Selene ya había lavado y donde habían hervido unos espaguetis. Sin necesidad de más información, continuó relatando su propia experiencia.

—Los chicos no son como nosotras. Ellos tan solo quieren hacerlo sin importar que, para la mujer, signifique mucho más.

—Eso es lo que yo pienso.

—Yo tuve varios novios antes del chico con el que perdí la virginidad y te puedo asegurar que todos lo intentaron conmigo, pero yo fui quién eligió con quién hacerlo y con quién no.

—Entonces, ¿qué me recomiendas?

Beatriz tragó saliva antes de hablar porque se había dado cuenta de que se encontraba ante una chica muy influenciable que podía tomar lo que ella dijera como una verdad absoluta, aunque con ello la mandara tirarse a un pozo, como solía decirse. Meditó sus palabras antes de hablar y, cuando empezó, lo hizo con mucha dulzura.

—Perder la virginidad es algo que solo pasa una vez en la vida y tiene que ser con alguien especial. Da igual si luego te sale rana porque el futuro no está escrito, pero estoy convencida de que somos nosotras quienes debemos decidir. Si ese chico te presiona demasiado ya te está demostrando cómo es.

Nada más terminar esa frase escucharon la puerta del jardín abrirse y su padre no tardó en presentarse en la cocina. Allí se encontró con las dos mujeres de su vida que lo miraban como si se encontraran ante el enemigo.

—¿Qué? Solo ha sido un cigarro.

—La insensibilidad masculina es única.

El padre de Selene, ante el comentario que no podía comprender de su pareja y la mirada hosca de su hija, decidió regresar al salón donde podría disfrutar de un partido de fútbol en la televisión sin que nadie lo tachara de algo que no era y que nunca lo había sido.

—Hombres…

Selene asintió ante el comentario de Beatriz y se sentó en una de las sillas de la cocina al tiempo que jugueteaba con una de las espumaderas.

—No sé. No quiero perder a Juancar y me da la sensación de que, si no lo hago con él, me va a dejar.

—Ese es uno de los problemas que siempre hemos tenido las mujeres.

—¿Cuál?

—Que pensamos que son ellos los que tienen que decidir si están con nosotras o no. Si ese chico no quiere estar contigo porque no lo haces con él, te está haciendo un favor.

—No te entiendo.

Beatriz dejó el trapo de la cocina colgado en uno de los tiradores de los muebles bajos y se sentó frente a Selene. La observó con cariño durante unos segundos y se vio reflejada en ella. Tantos y tantos años de vivir anulada por un hombre que la había ninguneado como mujer y como persona y que le había implantado un miedo atroz a la soledad, y con el que se había convertido en un muñeco de trapo a merced de un maltratador psicológico. Esa soledad con la que no se veía capaz de luchar y que parecía mantenerse a raya ante el hombre que había decidido apoderarse de su corazón y de su mente aunque él pasara más tiempo fuera de casa que dentro.

Ahora veía la posibilidad de mostrarle el camino a seguir a una jovencita de quince años que no tenía que continuar sus pasos dejándose manipular por un joven de diecisiete años que ya creía poseer su voluntad. Beatriz quería decirle que buscara un hombre parecido a su padre y del que estaba profundamente enamorada tras descubrir el él todo lo que no poseía el hombre que le había destrozado la vida. El padre de la chica era dulce, entregado, inteligente y muy detallista. No entendía cómo podía haberlo dejado escapar la mujer con la que había estado casado casi veinte años, pero no le quedaba otra que agradecérselo.

—Selene, cuando estés con él e intente presionarte, piensa si eso es lo que quieres. Y recuerda que un «no» siempre es un «no», por mucho que el chico insista.

Acababan de llegar a la estación de tren después de pasar un día bonito en la urbanización de su padre, pero había llegado el momento de regresar al lugar de donde procedía. Su padre la acompañó hasta el andén y allí se despidió de ella con un beso en la mejilla y con la promesa arrancada de una nueva visita unos días después. Selene subió al vagón casi vacío y se sentó junto a una de las ventanillas desde donde podía despedirse de su padre al que lanzó un último beso que él recogió con un gesto rápido de la mano. No pudo evitar sonreír al ver al hombre serio y responsable mirarse la mano con una sonrisa

tonta en los labios. Cuando volvió a levantar la cabeza unos segundos después, el tren ya se había puesto en marcha y Selene se despedía de él con un movimiento pendular de su mano. Lo perdió de vista unos instantes después y se dio la vuelta para acomodarse en el asiento y poder dedicarse unos minutos después de la jornada compartida con su padre y su novia antes de llegar a su casa y encontrarse con su madre.

Sacó de la bolsa de tela el diario que compartía con Sofía y abrió por la última página que había escrito su amiga la tarde anterior sentada en un banco de la urbanización. No lo había leído y ahora había llegado el momento. Era una de las cosas que más le gustaba de compartir aquel libro de pensamientos con su mejor amiga; era como leer a la voz de tu conciencia, y esa ocasión no podía ser distinta.

«*Creo que no hay nada que pueda decirle. Mi mejor amiga se ha empeñado en hacer una de las mayores tonterías que nadie podría llevar a cabo y no hace caso de lo que yo le digo. Tantas y tantas veces comiéndole la oreja con lo que está bien y lo que está mal y ella parece no escucharme. Como siempre, hará lo que le salga del chirri…*».

A pesar de lo bruta que podía llegar a ser su amiga en ocasiones, tenía la clarividencia propia de una mujer mucho mayor y veía la realidad de las cosas en las que Selene ni tan siquiera reparaba. En esa ocasión, le resultó evidente que su amiga hablaba en el diario del hecho de perder la virginidad con Juancar, aunque no lo escribiera con todas las palabras para evitar a los espías, como su propia madre. Sofía no veía en el chico con el que salía al hombre ideal para un paso tan importante y, como había pasado en otras ocasiones, lo escribía en el diario para que la otra lo leyera y supiera cómo pensaba su amiga. Esa era una de las funciones principales de un diario compartido y solía funcionar.

Se colocó los cascos paras escuchar algo de música mientras intentaba sopesar cada una de las cuestiones que había planteado su amiga o incluso ella misma, pero, cada vez que encontraba un punto a favor de acostarse con Juancar esa misma noche, aparecían ante ella unas pocas razones para actuar de la forma contraria. Sacudió la cabeza para espantar todos esos pensamientos que comenzaban a embotarle el sentido y vio que una joven rubia la miraba con cierta curiosidad. Llevaba un bolso hippy al hombro y un cuaderno con la tapa negra bajo sus manos y sobre las rodillas. La miraba con cara triste y no pudo evitar sonreír ante los ojos cansados y ojerosos de la joven preocupada. Ella sonrió a su vez y Selene volvió a centrarse en el diario. Al llegar a la altura de la estación de Pitis, la joven rubia se levantó de un salto en el preciso instante en el que el pitido que

avisaba del cierre de las puertas se escuchaba en todo el vagón. Vio que un segundo antes de ponerse en pie dejaba el cuaderno sobre uno de los asientos como si realmente quisiera abandonarlo allí. Selene no le dio mucha importancia y pensó que sería un cuaderno ya repleto de palabras o dibujos y que no debía significar gran cosa para la joven de pelo rubio, pero, al llegar a la altura de la estación de Ramón y Cajal y justo cuando estaba a punto de abandonar el tren, le picó la curiosidad por lo que cogió el cuaderno y lo guardó en su zurrón.

Llegó a la urbanización pocos minutos después y allí se cruzó con un chico moreno de su misma edad y estatura que recogía unas pocas hojas caídas sobre el césped. Lo conocía de toda la vida, pero tan solo habían intercambiado unas pocas palabras. El hijo del jardinero levantó la vista al escucharla y no la apartó hasta que ella desapareció en el interior de su portal. Selene no pudo evitar fijarse en la mirada alegre del joven jardinero y en cómo la miraba y tuvo la certeza de que le gustaba y por eso la observaba de esa manera. En el ascensor sonrió al pensar en el chico con su rastrillo y la mirada divertida y vivaz. No era especialmente guapo, pero había algo en él que le gustaba y le hacía sentir segura y bien cuando lo encontraba en la urbanización.

Al abrir la puerta de su casa se encontró con el rostro congestionado de su madre que, sentada en el sofá del salón, hablaba con una de sus amigas del gimnasio y, por lo que pudo escuchar, supo que estaba poniendo a caldo a su ex marido mintiendo de una forma que logró exasperar a Selene que conocía muy bien a su propio padre. Le hizo un gesto a su madre para indicarle que se iba en unos pocos minutos y la mujer ni tan siquiera le hizo caso. Se encerró en su habitación y, tras darse una ducha reconfortante en su propio baño, tiró sobre la cama unas pocas prendas de ropa que fue colocando unas sobre las otras como aquellos recortables con los que jugaba de niña y que servían para vestir a las muñecas de papel con un sinfín de combinaciones de ropa. Tras varios movimientos de prestidigitador se decidió por unos vaqueros ajustados de color azul cielo y una camisa de color rosa sobre una camiseta interior blanca. Eso le permitía abrir los botones de la camisa en caso de pasar calor o cerrarlos si la temperatura descendía y le resultaba molesta.

Sin saber muy bien lo que hacía puso especial cuidado en la elección de la ropa interior y, con la cabeza en otra parte, eligió de forma mecánica un conjunto de tanga y sujetador que aún no había estrenado de tela vaquera y un bordado de color rosa rematado por dos lacitos del mismo color. Tras secarse con mucho esmero se vistió, cepilló su pelo del color de la canela y pensó en colocarse un lazo de color similar al de la ropa interior, pero con él vio en el espejo la imagen de una niña y no la de una adolescente a punto de perder la

virginidad. Se estremeció y dejó el lazo en el joyero. Recogió los laterales de su melena y los unió en la parte posterior de la cabeza con un palillo chino de color negro que cumplía las funciones de pasador y con el que sabía que podía hacer muchos peinados. Cuando vio en el espejo que la imagen que este le devolvía era la que ella deseaba, se puso su abrigo con la bandera noruega en el pecho tan de moda entre los adolescentes y salió de la casa tras despedirse de su madre con un gesto de la mano al que ella, enfrascada en la conversación, ni tan siquiera hizo caso. Bajó a la calle por las escaleras y atravesó la urbanización hacia la puerta de entrada donde había quedado con Juancar para ir juntos a la casa donde se celebraba la fiesta. Para su propia sorpresa, miró a uno y otro lado buscando al hijo del jardinero, pero no lo encontró por ninguna parte. No supo por qué pero se sintió frustrada y con la sensación de que le hubiera gustado ver, una vez más, la mirada alegre del chico antes de encontrarse con su novio.

Saludó al guarda de seguridad, apretó el botón situado junto a la caseta y abrió la cancela para esperar a Juancar que tardó casi media hora en llegar aunque habían quedado a las nueve en punto y ya hacía unos minutos que el reloj de la plaza del pueblo había sonado con las campanas que indicaban que ya eran las nueve y media de la noche. Se apoyó una de las pilastras de ladrillo y, cuando escuchó el ruido que indicaba que una persona había pulsado el botón de apertura de la cancela, empujó la puerta con mucha educación y esperó a que la persona en cuestión saliera. Para su sorpresa y alegría, se encontró con la mirada vivaz del hijo del jardinero que, con un capazo lleno de hojas secas, salía de la urbanización.

—Muchas gracias por abrirme la puerta —comentó con voz grave que hizo que Selene se estremeciera y comenzara a balbucear.

—Yo no… no… De nada.

El chico cruzó la calle en dirección a los contenedores y en el de color gris vació el capazo sin ningún esfuerzo. Selene no pudo evitar fijarse en cada uno de sus movimientos y, cuando él se dio la vuelta, la pilló con la vista posada en él. A pesar de ello, no sonrió con la suficiencia que tan bien conocía de su novio. Tan solo junto las dos asas del capazo en una sola con sus fuertes manos y cruzó de nuevo la calle. Colocó una de sus extremidades en el telefonillo para avisar al conserje y que éste le abriera la puerta pero, en el último instante, bajó la mano y se volvió hacia Selene.

—¿Estás esperando a tu novio?

—Eh… Sí.

Selene no esperaba que el hijo del jardinero le hablara y no pudo añadir nada más. Vio que el chico miraba de reojo hacia la parada del autobús situada al otro lado de la calle y vio que, junto a ella, su novio acababa de bajarse de la moto y luchaba por rodear la rueda

con una pitón. Era mucho más alto que el hijo del jardinero y también mucho más guapo, pero ese aire de superioridad que emanaba de cada uno de los poros de su cuerpo lograba que ella no lo mirara con los mismos ojos que nada más comenzar a salir juntos.

—Qué pena que hayas quedado con ese —comentó el hijo del jardinero con cierto deje despectivo.

—Ese es mi novio.

—No es trigo limpio.

Selene se dio la vuelta para decirle al jardinero que quién era él para hablar así de su novio, pero el chico ya había desaparecido en el interior de la urbanización. Juancar terminó de atar su motocicleta y cruzó la calle mientras colocaba cada uno de los cabellos en su sitio como una estrella de cine. Al llegar a la altura de Selene, le pasó la mano por la cintura y le dio un beso en los labios.

—Hoy es el gran día.

Sin añadir nada más y como si ella tan solo estuviera allí para satisfacer cada uno de sus deseos le hizo un gesto al conserje con la mano y ésta devolvió el saludo y abrió la puerta de la urbanización. Juancar miró de reojo al conserje y después hizo lo mismo con el hijo del jardinero que había vuelto a la tarea de recoger las hojas esparcidas por el césped que rodeaba la piscina.

—A cualquiera de estos curritos le das un euro de vez en cuando y ya los tienes comiendo de la palma de tu mano. Por cierto, ¿qué hablabas con el perdedor ese?

Juancar señaló al hijo del jardinero con un gesto de la cabeza, pero ni tan siquiera esperó la respuesta como si no la mereciera. Cogió la mano de su novia, la arrastró hacia uno de los portales y, al cobijo de la sombra proyectada por los muros de ladrillo de la entrada, la besó con ansiedad al tiempo que una de sus manos pugnaba por abrirse paso bajo la camiseta de color blanco. Tuvo éxito unos segundos después y Selene sintió cómo un dedo intentaba separar el armazón metálico del sujetador de su propia piel. Juancar ya lo había intentado en más de una ocasión, pero ella lo había rechazado. Esa noche parecía destinada a un intercambio físico entre ellos por lo que se dejó hacer. Cuando uno de los dedos de Juancar rozó uno de sus pezones, se puso tensa y apretó el brazo contra su propio pecho con lo que logró que su novio no tuviera más remedio que dar marcha atrás en su inspección física. Él, en lugar de sentirse rechazado, gruñó como un hombre de las cavernas e interpretó el rechazo de la joven como una invitación al sexo lo más pronto posible y sin esperar a la tan ansiada fiesta. Volvió a coger con fuerza la mano de Selene y de nuevo la arrastró hacia otro de los rincones oscuros de la urbanización que no era otro que la puerta del gimnasio que, para desesperación de Selene que se veía manejada por su novio, siempre se encontraba

abierta. Juancar empujó la puerta con el pie, tiró de la mano de Selene que parecía reticente y cerró la puerta tras ella. Encendió las luces del pequeño gimnasio, pero, para no ser molestados, corrió un cerrojo que podía darles cierta intimidad y apoyó una de las colchonetas en la puerta para que la luz no se viera a través de los cristales.

Una vez a solas, Juancar comenzó a desabrochar los botones de la camisa pero Selene no se movió de donde se encontraba junto a la puerta y él, al ver el gesto serio de su novia, se detuvo y se acercó a ella.

—¿Qué te pasa?

—Que creo que no quiero hacerlo.

—Claro que quieres hacerlo.

Juancar ni tan siquiera esperó su respuesta. Agarró uno de los pechos de Selene mientras desabrochaba su propio pantalón con la mano libre. Antes de que ella pudiera añadir nada más él se bajó los pantalones y los calzoncillos y le mostró su erección.

—Mira cómo me has puesto. Ahora no puedes dejarme así.

Selene miró de reojo el miembro viril de su novio y no sintió la menor excitación. Por lo contrario, el único sentimiento que comenzaba a experimentar en su interior era un miedo a sentirse forzada por su novio. Como si él le leyera la mente, le puso una mano en el cuello y apretó con fuerza. Ella sintió que la sangre no llegaba a su cabeza y que estaba a punto de perder el conocimiento pero Juancar tenía otros planes para esa noche. La lanzó con fuerza hacia una de las colchonetas que descansaba en el suelo y le abrió las piernas con mayor fuerza aún por lo que ella no pudo negarse. Intentó forcejear pero él era mucho más fuerte y nada pudo hacer cuando él sujeto sus dos manos con una de las suyas mientras con la otra intentaba desabrocharle el vaquero. Ella gritó con fuerza pero él, sin pensárselo dos veces, la abofeteó y la dejó medio inconsciente. Se daba cuenta de todo lo que ocurría a su alrededor, pero se veía incapaz de moverse. Cuando el chico le bajó el pantalón y las braguitas lo dio todo por perdido. Juancar se excitó aún más al ver el sexo de Selene frente a él y no se lo pensó dos veces. Miró a su novia con cierto desprecio y se dispuso a penetrarla. Selene cerró los ojos y una lágrima rebelde resbaló por el lateral de su cabeza en dirección a la colchoneta al tiempo que la conversación con Beatriz sonaba una y otra vez en su cabeza. Se maldijo a sí misma por no haberla hecho caso. Estaba punto de perder la virginidad y, lo peor de todo, estaba a punto de ser violada por el chico con el que se había planteado perderla. Apretó los dientes de rabia y, cuando sintió la punta del miembro del chico en su sexo, se tensó y esperó.

Con los ojos cerrados escuchó un ruido sordo muy cerca de

donde ella se encontraba y notó una tela caer sobre sus piernas. Cuando volvió a abrir los ojos se encontró con la mirada del hijo del jardinero que había perdido toda su alegría. El chico, tras golpear a Juancar con un palo de madera, se había quitado la chaqueta y la había dejado caer sobre la desnudez de Selene. Se dio la vuelta y permitió que ella recompusiera su ropa con un poco de decoro.

—No sé cómo darte las gracias —le dijo al tiempo que le tendía la chaqueta—. Quizá fuera mejor que te la lavara.

Él sonrió, recogió la prenda y se la puso como muestra de confianza hacia ella. Selene miró a Juancar con desprecio y vio que un pequeño hilo de sangre resbalaba por su sien.

—¿Está bien? —preguntó ella más por educación que por un verdadero interés.

—No te preocupes. Ahora le digo al conserje que se ha resbalado y que llame a una ambulancia.

—¿No te vas a meter en problemas?

—Si yo me meto en problemas, lo suyo puede ser de cárcel. No te preocupes, Estaré bien.

El chico se apartó y le franqueó el paso. La acompañó hasta la puerta del gimnasio y allí Selene se dio la vuelta y lo miró con infinito agradecimiento.

—¿Estás bien?

—Gracias a ti, sí. Por cierto, ¿cómo has abierto la puerta del gimnasio?

—Mi padre tiene llaves de todos los portales y también del gimnasio y de la piscina.

Selene sonrió y le dio gracias a las casualidades o al destino. De no haber estado el hijo del jardinero trabajando un sábado por la tarde o de haber estado su padre en lugar de él, ella habría perdido su virginidad violada por su novio. Tenía mucho que agradecerle a ese chico, pero no sabía cómo hacerlo. Se sentía tan perdida que tan solo fue capaz de musitar un nuevo «gracias» antes de marcharse en dirección a su casa. Le temblaban las piernas, pero sentía que el universo había conspirado para devolverle las ganas de vivir y para tomar la decisión de guardar uno de los bienes más preciados para el hombre ideal, aquel que la respetara y la comprendiera y que le demostrara que, por mucho que la gente lo negara, podía existir el hombre de sus sueños. Y Juancar ni lo había sido ni lo sería nunca. Desde el portal saludó con la mano al hijo del jardinero y, en ese preciso instante, se dio cuenta de que ni tan siquiera sabía cómo se llamaba.

***

Había pasado una semana desde que Juancar se hubiera propasado con Selene y seguía dándole miedo bajar a la calle. Lograba

a duras penas atravesar la puerta del portal para sentarse en uno de los bancos de la urbanización desde donde contemplaba el vuelo de los pájaros y poco más. No había vuelto a ver al hijo del jardinero aunque pensaba en él constantemente, pero temía que no volviera a trabajar en la urbanización por miedo a las represalias. Supo que se equivocaba cuando escuchó una voz grave a sus espaldas.

—Hola.

Selene se dio la vuelta a toda velocidad y se encontró con los ojos oscuros del hijo del jardinero que la miraba con una sonrisa en los labios que la encandiló. Por alguna extraña razón que no llegaba a comprender, se sentía segura a su lado y no le molestaba en modo alguno la presencia del joven.

—Hola —correspondió al saludo al tiempo que notaba que se ponía colorada.

—¿Puedo sentarme contigo?

Ella asintió y él recorrió la escasa distancia que los separaba y se acomodó junto a ella, pero poniendo especial cuidado en no tocarla como si pudiera leer su mente y supiera que estaba pasando por un momento difícil. Selene lo observó con disimulo y vio lo cambiado que estaba. Acostumbrada a verlo con el mono de color marrón que siempre llevaba cuando estaba trabajando, se extrañó de verlo en vaqueros y con una camiseta negra que le sentaba como un guante. Él miraba hacia el horizonte y parecía absorto en sus pensamientos.

—Creo que va a llover.

Selene no supo si lo decía por alguna extraña premonición o porque no se atrevía a ir a más allá en una conversación profunda que, con toda seguridad, se referiría a lo ocurrido una semana antes. Sabía que tenía que darle las gracias por lo que había hecho y no lo dejó pasar más tiempo.

—Gracias por lo que hiciste. Si no hubieras aparecido…

El chico se giró hacia ella y Selene no pudo evitar que una lágrima resbalara por su mejilla al recordar el miedo que había sentido en el gimnasio de la urbanización. Él sonrió y con ese simple gesto logró que se tranquilizara.

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo. Lo importante es que estás bien, ¿no?

—Supongo que sí. No sé. Ahora me da miedo salir a la calle.

Eso ni tan siquiera se lo había contado a su propia madre porque no se atrevía a decirle que su novio había intentado violarla. No sabía cómo se lo podría tomar por lo que había decidido no contárselo. Los únicos que lo sabían eran Sofía y el chico que ahora la observaba con evidente cariño.

—Es normal. Lo que te ocurrió… No sé cómo alguien en su sano juicio puede comportarse así.

No eligió la palabra «violación» ni nada por el estilo y Selene tuvo la certeza de que se encontraba ante un chico con un corazón enorme y una cabeza muy bien amueblada. Se arrepintió de no haberse dado cuenta antes.

—Siento no haberte hablado en todo este tiempo.

—¿Te refieres a los dos años que llevo ayudando a mi padre?

Selene temió un reproche, pero, en su lugar, el chico echó la cabeza atrás y soltó una franca carcajada que terminó por derretir el corazón de la chica. Como si fueran amigos de toda la vida él le palmeó la pierna antes de volver a reír. Ella sintió una corriente que recorrió todo su cuerpo.

—Verás… Es que…

—No te preocupes. Lo sé. Solo soy el hijo de un jardinero y vosotros vivís en una urbanización con piscina y seguro que vais a la playa todos los años. Yo ni tan siquiera recuerdo cómo es el mar, pero me da igual.

Selene bajó la cabeza avergonzada y temió que la sonrisa del chico desapareciera y, en su lugar, mostrara una mueca de desprecio, pero, una vez más, el joven la sorprendió con su franqueza.

—Llevo dos años viéndote pasar y eso ha compensado tu silencio. No necesitaba mucho más para irme a casa contento.

—Pero… Eso es…

Él se encogió de hombros y ella sintió cómo el corazón golpeaba su pecho y sus sienes amenazando con abandonar su cuerpo. El hijo del jardinero llevaba dos años observándola y sintiendo algo por ella, pero tan solo le había mostrado un desprecio que él no merecía. Sintió un nudo en la garganta y temió que él se levantara y desapareciera.

—Sinceramente, creo que mereces algo mejor que el capullo del gimnasio. Alguien que te quiera y, sobre todo, que te respete. Yo sé que no estoy cachas y que no tengo los ojos azules ni el pelo como el de Justin Timberlake, pero te aseguro que sabría tratarte como a una princesa.

En otras circunstancias podría haber parecido una frase fuera de lugar o una de esas horteradas de las que siempre se reía junto a Sofía, pero, en aquel instante, le pareció la declaración de amor más bonita que hubiera podido imaginar. Ella ni tan siquiera podía pensar que algo así pudiera ocurrirle, pero estaba sucediendo y el nudo seguía oprimiendo su garganta hasta el punto de no permitirle hablar. El hijo del jardinero, ante su silencio, se levantó del banco y se alejó unos metros con el rostro triste. Selene sintió una ola de frío recorrer todo su cuerpo y supo que él era quien le había entregado el calor que tanto la reconfortaba. La cabeza le daba vueltas y un millón de respuestas la recorrían de un lado a otro como un torbellino. No sabía cuál era la respuesta correcta, pero no quería que él se alejara de esa

manera. Tragó saliva para que el nudo le permitiera hablar y se incorporó en el banco con urgencia.

—¡Sí!

El chico se volvió al escuchar la exclamación de Selene y frunció el ceño al no verse capaz de interpretar esa simple sílaba que podía llegar a cambiar el mundo o, como poco, sus propias vidas.

—¿Sí?

—Sí. Quiero que me trates como a una princesa.

Él sonrió con franqueza, pero no hizo ademán de aproximarse para robarle un fugaz beso como hubiera hecho cualquiera de los chicos que ella frecuentaba y que no sabían respetar a una chica. En su lugar, los ojos del hijo del jardinero se prendieron con un brillo irresistible y la sonrisa lo convirtió en un joven apuesto y decidido. Antes de marcharse, miró a Selene como si fuera la primera vez que la veía y ella se estremeció.

—Ahora tengo que trabajar. Mañana estaré en este banco a las seis.

—Yo también estaré —contestó ella temblando de la emoción.

—Por cierto, me llamo Javier.

—Yo me llamo Selene.

—Ya lo sé.

Javier se despidió con un gesto de la mano al que ella correspondió con una sonrisa de oreja a oreja. Justo cuando el chico atravesaba la puerta de salida de la urbanización, su amiga Sofía entraba. Selene vio cómo ella se volvía para mirar al hijo del jardinero y sintió algo parecido a una punzada provocada por los celos. Aun así, era su amiga del alma y solo tendría que decir que le interesaba un chico para que ella se apartara de esa senda.

—¿Ese es el hijo del jardinero? —preguntó al tiempo que se sentaba junto a ella—. Sin el mono es otra cosa.

—Me ha pedido salir.

—¿En serio? Así tan directo.

—¡Qué va! Me ha dicho que necesitaba a mi lado a alguien que me respetara y que el sabría tratarme como a una princesa.

Sofía abrió la boca para añadir algo, pero la volvió a cerrar al no encontrar las palabras adecuadas. Un segundo después la abrió de nuevo pero se vio obligada a repetir la operación. Al fin, supo lo que quería trasmitirle a su amiga.

—¿Sabes si tiene un hermano?

Selene se echó a reír a carcajadas y, por primera vez desde que ocurriera el intento de violación, sintió que su vida no era oscura como los nubarrones que habían comenzado a formarse en el lugar del horizonte que Javier observaba cuando vaticinó que podía llover en breve. Pensó en él y en todo ese tiempo en el que lo había ignorado y

a su mente llegó la imagen de unas pocas palabras escritas en un cuaderno encontrado días atrás. En ese preciso instante supo lo que quería hacer con él.

—¿Te acuerdas del cuaderno que esa chica dejó olvidado en el tren?

—¿El de la historia del ciego?

—Ese. Quiero que continuemos la historia y que lo dejemos de nuevo en el tren.

Sofía frunció el ceño al recordar la primera intención de su amiga de tirarlo a la papelera antes de leer la historia escrita por dos desconocidos.

—¿Y por qué ese cambio?

—Porque ahora he comprendido que esa historia es un reflejo de nuestras propias vidas. Hay que crear más personajes para que el siguiente en encontrarlo pueda elegir su protagonista. Yo quiero ser la hija de los panaderos.

—¿Y eso por qué?

—Porque lleva tiempo sin hacerle caso a un chico que está enamorada de él y se merece algo mejor.

Sofía la miró de nuevo con el ceño fruncido, pero en seguida cambió ese gesto huraño y hosco por otro bien distinto. Conocía muy bien a su amiga y supo que necesitaba continuar esa historia y que tuviera un final feliz en lo que a la hija de los panaderos se refería. En cuanto se ofreció para escribirla con Selene, las dos chicas se levantaron del banco y echaron a correr en pos de darle vida a un sueño.

Al día siguiente, Selene y Sofía subieron al tren sin ningún motivo aparente y llegaron a la estación de Galapagar donde descendieron al andén, cambiaron de vía y esperaron al tren que regresaba a Madrid. Según las instrucciones recibidas por una tal Irene, tenían que dejar el cuaderno allá donde lo encontraron y, aunque Selene no recordaba con total exactitud el asiento donde la joven había dejado el cuaderno, tenía una idea aproximada.

En cuanto llegó el tren subieron con el corazón latiendo a mil por hora y se sentaron en un vagón que estaba casi vacío. Miraron a uno y otro lado pero no querían acomodarse cerca de alguien que ya estuviera en el tren porque podía resultar muy llamativo en un vagón vacío.

—No hay casi nadie —comentó Sofía preocupada—. ¿Qué hacemos?

—Vamos a esperar. Seguro que sube alguien en Torrelodones.

Como si el destino conectara con el universo para cumplir con sus deseos, un joven de unos veinte años, con el pelo del color de la zanahoria y lleno de pecas, apareció por una de las puertas de

cabecera del vagón y se sentó cerca de donde ellas se encontraban. Un poco antes de llegar a la estación de Torrelodones comenzaron a hacer el tonto para llamar la atención del viajero recién llegado y, al detenerse el tren en la estación, Selene dejó el cuaderno sobre el asiento contiguo, se acercó al joven y, cuando estaban a punto de cerrarse las puertas, le rozó el hombro con uno de sus dedos.

—Hasta luego —se despidió con voz cantarina.

—Ehhhh… Esto… Hasta luego.

Sofía y Selene bajaron del tren en el último momento y esperaron en el andén con la vista fija en la cabeza de color naranja del joven que miraba a uno y otro lado evidentemente desconcertado por la despedida de la joven. Las dos chicas aguantaron la respiración y cruzaron los dedos a la espera de que el viajero reparara en el cuaderno. El tren comenzó a moverse y ellas a desesperarse.

—¿Y si no lo ve?

—Lo verá —añadió Selene con determinación.

Como si con esas palabras hubiera mandado un mensaje al joven pelirrojo vieron cómo él se ponía en pie y regresaba a su asiento. Un instante después, se volvió hacia ellas y les enseñó el cuaderno. Sofía y Selene le hicieron un gesto para que lo abriera y se despidieron con un gesto de la mano al que él correspondió. Selene, antes de marcharse de la estación, pensó en el hijo del jardinero y en un personaje de ficción que ya formaba parte de ella.

—Alba, lucha por él y por ti.

Dejaron la estación y en la lejanía se despidieron de aquel cuaderno olvidado que un tal Carlos había decidido abandonar con el comienzo de una bonita historia y que, por alguna extraña razón, sabían que atesoraba en su interior mucho más que simples palabras.

Harry

—El mundo es como un gran circo en el que nos convertimos en trapecistas de nuestra propia existencia.

Toda la clase guardó silencio al escuchar la frase y Sonia, la profesora de la Escuela, sonrió de oreja a oreja con la sensación de quien ha cumplido con su obligación y recibe el fruto a su trabajo y a su dedicación. Por su parte, el joven con el pelo cobrizo guardó silencio y esperó el veredicto de la mujer que tenía su futuro en sus manos.

—Es fantástico, Harry. Nunca pensé que alguien ajeno a nuestro idioma pudiera llegar a tener tanta sensibilidad para crear una frase tan… esplendida.

Harry dio las gracias en voz baja con la timidez que lo caracterizaba y sintió cómo sus mejillas ardían por la vergüenza que experimentaba cada vez que alguien alababa su trabajo. Tantos años para aprender el castellano a la perfección y ahora acababa de superar la barrera del sentimiento; aquella que le parecía una prueba insalvable cuando empezara a estudiar un idioma extranjero en una academia perdida en las afueras de Belfast. Diez largos años después se encontraba disfrutando de la hospitalidad española de una familia de intercambio y tenía la oportunidad de perfeccionar la gramática en la Escuela Oficial de Idiomas.

Terminó la clase y, como cada tarde, se juntó con media docena de personas que tenían por costumbre tomar algo en el centro del pueblo para charlar de sus cosas y, en ocasiones, para recordar con añoranza sus lugares de origen y a la familia que habían dejado atrás con la única idea de progresar. Se sentaron en la terraza de una cafetería y esperaron en silencio la llegada de la camarera que, nada más verlos, apareció con una jarra grande de cerveza y seis vasos de cristal. Leopold, el único francés del grupo, tomó las riendas y comenzó a llenar los vasos del líquido ambarino mientras los demás se dejaban acariciar por el sol con la lógica preocupación de quien tiene claro que la piel blanca y los rayos del astro rey no son buenos amigos.

—Harry, ¿qué vas a hacer cuando acabe el curso? —preguntó Leona, una joven galesa de color hija de padre senegalés y madre

británica con unos rasgos tan exóticos como extraños.

—Supongo que volveré a Belfast e intentaré dar clases de español. Allí pagan una millonada por aprender a pedir cervezas en el idioma que sea.

Todos se echaron a reír pero Harry tenía claro que no estaba exagerando. El interés en Irlanda por aprender español era tan escaso que tenía que centrarse en buscar personas de alto poder adquisitivo que con frecuencia pasaran sus vacaciones en Mallorca. Ni tan siquiera sabía por qué se había decantado por ese idioma, aunque sabía que su abuela hubiera estado orgullosa. Años atrás le había contado que, durante la Segunda Guerra Mundial, se había enamorado de un joven español que luchaba en la milicia y su idioma la había cautivado hasta el punto de abandonar a su abuelo y fugarse con el joven latino. De esa parte no se sentía demasiado orgullosa pero siempre había defendido que, cada vez que aquel joven moreno de tez oscura abría los labios, ella se derretía como un helado bajo el sol.

—He tenido problemas con la familia de intercambio y me han cambiado a otra —añadió ante la atenta mirada de sus compañeros de clase amantes de los cotilleos y amigos de los momentos de esparcimiento con sus compatriotas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Leona que, al igual que él, también disfrutaba de la hospitalidad de una familia de acogida.

—Decidieron que debía pagarles un alquiler.

Harry escuchó diferentes críticas y muchas muestras de asombro por lo que acababa de contar. El sistema de intercambio en Europa con idea de aprender otro idioma funcionaba desde hacía muchos años y los pilares que lo sustentaban no eran otros que la confianza y la generosidad. Familias que abrían las puertas de sus hogares a extraños con la idea de recibir, algún día, el mismo trato por parte de otras familias que participaban del mismo sistema de alojamiento.

—¿En serio? ¡Que hijos de…! —exclamó Michael, un joven moreno de Liverpool, amante de las palabrotas en castellano y que no perdía oportunidad para demostrar que en ese aspecto había avanzado mucho en el aprendizaje.

—No pasa nada. Hablé con la agencia y me han conseguido otra familia.

—¿Parecen majos?

—Si. Son un matrimonio joven con tres hijas.

Todos guardaron silencio aunque en la cabeza de más de uno cruzó la idea de no gustarles en demasía que un joven de poco más de veinte años compartiera el mismo espacio de tres crías de edades diversas. A Harry también le había extrañado en un principio, pero solía ser tan inocente que ese pensamiento tampoco ocupó demasiado tiempo el cerebro que dedicaba al perfeccionamiento del idioma.

Leona lo miró con evidente interés, se acercó a él y le puso la mano sobre su antebrazo antes de aletear las pestañas en un evidente coqueteo.

—Esta noche voy a salir por Madrid con unas amigas. ¿Te apetece?

Harry miró a sus compañeros de clase con la mirada gacha como si pidiera ayuda y no supiera cómo salir de ese atolladero sin provocar que su joven amiga se enfadara con él. Comenzó a balbucear sin que su cerebro fuera capaz de inventar ninguna excusa pero no fue necesario.

—Ya veo que no te apetece.

—Yo… es que…

—¡No pasa nada! —exclamo Michael emocionado como un adolescente—. Yo te acompaño a donde quieras ir y hago lo que desees.

Leona miró a Michael con cierto desprecio pero, al ver que las intenciones de Harry no eran otras que las de no salir con ella, se volvió hacia el joven moreno y aleteó sus pestañas hacia él. El irlandés no se molestó por ese gesto sino que aprovechó la situación para ponerse en pie y despedirse lo más cordial posible.

Pagó su consumición en la barra y salió de la cafetería con la sensación de libertad que da el disponer de tu propio tiempo sin esclavizarlo en salidas nocturnas o juergas en las que sabía que no iba a disfrutar. Comenzó a recorrer las calles del pueblo en dirección a la estación de tren donde se subió en uno de los vagones que permanecía detenido en el primer andén y que parecía esperar su llegada porque, en cuanto se hubo sentado junto a una de las ventanillas, escuchó una serie de pitidos agudos y las puertas se cerraron.

De la bolsa de tela que siempre lo acompañaba allá donde fuera extrajo un libro en español y se acomodó en el asiento del vagón para disfrutar de la lectura. El sol de la mañana entraba por la ventanilla y le acariciaba el rostro plagado de pecas pero sin quemarlo por lo que, un rato después, dejó el libro de nuevo en el interior de la mochila y cerró los ojos con idea de descansar tras cuatro horas de estudio. Para su desgracia, al llegar a la estación de Galapagar, tres adolescentes poco acostumbrados a la educación se sentaron en el otro extremo del vagón, pero encendieron la aplicación de música de uno de sus móviles y, sin importar si podían molestar o no, subieron el volumen para mostrar a todos los presentes su escasa cultura musical. En unos pocos segundos, los molestos acordes de la música ratonera que llevaban en el interior de sus móviles inundaron todo el vagón, aunque ninguno de los presentes fue capaz de enfrentarse a los críos por temor a que su comportamiento estuviera acorde con la música que escuchaban y con la falta de educación que demostraban.

Harry abrió primero un ojo y después el otro y se incorporó en el asiento. Miró hacia el lugar de donde venía la música y se planteó el pedirle a los jóvenes que bajaran el volumen, pero, al ver cómo se comportaban entre ellos y lo poco que les importaba molestar a los demás, decidió que no era buena idea. Se puso en pie, agarró su mochila, abrió la puerta que separaba el vagón que él ocupaba del contiguo y, una vez allí, se sentó cerca de dos chicas que parecían mucho más tranquilas que los energúmenos de la música. Un poco antes de llegar a la estación de Torrelodones, una de las dos chicas sacó un pintalabios de uno de los bolsillos de su chaqueta y, tras colorearse los labios de un tono rojizo, puso morritos para que su amiga le sacara una fotografía con el móvil. A pesar del comportamiento algo infantil de las chicas, no se sintió molesto porque no hacían apenas ruido por lo que pudo sacar de nuevo el libro para continuar la lectura.

En el momento en el que los pitidos del vagón avisaban del inminente cierre de puertas en la estación de Pinar de las Rozas, las chicas se pusieron en pie de un salto y, tras rozar su hombro y despedirse de él como si quisieran llamar su atención, salieron del vagón a toda prisa. Harry vio que se habían dejado un cuaderno en una de las butacas y lo cogió lo más rápido que pudo. Regresó a su asiento y desde allí mostró el cuaderno a las chicas, pero ellas, en lugar de parecer molestas o preocupadas, le invitaron con un gesto de la mano a que abriera el cuaderno y, tras despedirse de nuevo de él, abandonaron la estación sonrientes.

Harry se sentó de nuevo en el lugar que ocupaba con anterioridad, colocó el cuaderno sobre sus rodillas y, con mucho cuidado, lo abrió por la primera página. Comenzó a leer la historia de un chico ciego y, al ver la explicación y la petición al final de esa parte de la historia, frunció el ceño y se vio obligado a continuar leyendo lo que había escrito una tal Irene y que había pretendido continuar con la historia del chico invidente. Al terminar, otra persona pensó que lo mejor sería escribir sobre la cría de trece años enamorada de ese chico y de la danza y, al finalizar esa última parte, descubrió la firma de dos personas. Dos chicas que, con toda seguridad, serían las que habían dejado el cuaderno olvidado. Se encontró con una nueva explicación y la petición por parte de las dos jóvenes de continuar la historia de la forma que mejor deseara. Por alguna extraña razón, se veía identificado con ese chico ciego que había creado un tal Carlos y decidió que, en cuanto tuviera tiempo, continuaría la historia lo cual le vendría bien para perfeccionar su español.

Bajó del tren en la estación de Pinar de las Rozas y allí cogió un autobús cerca del centro comercial que lo llevó hasta la gran avenida

donde se encontraba la urbanización de sus nuevos inquilinos, una familia joven con tres hijas que se había ofrecido para participar en los intercambios con extranjeros. Esa misma mañana le habían dado una llave del portalón de entrada y otra de la vivienda por lo que no tuvo ninguna dificultad en acceder a la serie de bloques de ladrillo que formaban un complejo de viviendas unifamiliares que le había encantado nada más verlo. Tanto el hombre como la mujer que lo habían acogido se mostraron afables, aunque pudo notar algún intercambio de miradas entre ellos que acabaron por preocuparlo y esa sensación se hizo presente cuando abrió con cuidado la puerta del chalé y escuchó unas voces que provenían del salón. Reconoció la de la mujer que se había encargado de su traslado esa misma mañana y que trabajaba para la agencia que llevaba a cabo los intercambios por toda Europa.

—Podría intentar buscarle otro alojamiento, pero no va a ser fácil.

Harry escucho esa frase y sus músculos se tensaron. Por alguna extraña razón que no lograba comprender, la pareja que lo había acogido no estaba contenta con su presencia y habían pedido su inminente traslado. Necesitaba conocer los motivos por lo que se quedó en el vestíbulo de la entrada en completo silencio mientras que los propietarios de la vivienda conversaban con la mujer de la agencia.

—Entienda que tampoco es fácil para nosotros —comentó él con voz tranquila y pausada—. Parece buena persona pero ya conoce las condiciones.

—Entendemos que ha sido un error, pero comprendan que tampoco es sencillo para nosotros. Ha tenido que salir del lugar donde vivía porque querían cobrarle un alquiler y ahora…

—Pero también entiéndanos a nosotros —pidió la dueña de la casa—. Pusimos como condición alojar a mujeres porque tenemos tres hijas y no queremos meter a un desconocido en nuestra casa.

—Harry es un buen chico.

—Es verdad que lo parece, pero no podemos fiarnos de cualquiera.

Harry sacudió la cabeza de lado a lado en su escondite y las lágrimas aparecieron en sus pupilas. Sentía rabia por todo lo que le estaba ocurriendo y por la mala suerte que parecía perseguirlo allá donde fuera. Sin desear escuchar la continuación de la charla que se desarrollaba en el salón, recorrió el pasillo hasta la habitación que esa misma mañana le habían adjudicado y comenzó a guardar en su petate las pocas cosas que le había dado tiempo a desempacar antes de dirigirse hacia la Escuela Oficial de Idiomas. Cogió una fotografía en la que se le veía sonriente junto a una chica joven con el pelo de un color similar al suyo y sonrió con tristeza.

—¿Es tu novia?

Harry se volvió a toda velocidad al escuchar la voz y se encontró con una niña de unos doce años que, con los ojos oscuros y vivos, lo observaba con detenimiento desde la puerta de su habitación. Sin pedir permiso entró en la habitación y se sentó en la cama donde unas pocas prendas de Harry esperaban para ser guardadas.

—No es mi novia. Es mi hermana.

—¿No tienes novia?

—No. Estoy soltero y sin compromiso.

—Mucho mejor. Los chicos son estúpidos.

Harry se volvió de nuevo hacia la puerta al escuchar una nueva voz femenina que había descrito a los adolescentes con tan solo una palabra que reflejaba con toda claridad que la chica que lo observaba desde el pasillo había sufrido por amores.

—Soy Brenda y ella es mi hermana Roberta.

La recién llegada, de unos dieciséis años, entró también en la habitación y se sentó en la cama junto a su hermana.

—Como me llames Roberta te la corto.

—¡No seas bruta!

Brenda le dio una colleja a su hermana y Harry se echó a reír al ver cómo se llevaban las dos hermanas y recordar las peleas que él mismo tenía con su propia hermana. Antes de que pudiera añadir nada más entró en la habitación una niña de unos seis que, sin esperar permiso alguno, se lanzó sobre la cama.

—¡Qué voyyyyy!

—¡No, Nayara!

El petate acabó en el suelo y la ropa de Harry siguió el mismo camino. Lejos de molestarse, comenzó a recogerla con paciencia y con la ayuda de Roberta que lo miraba con fijeza y una sonrisa cínica en los labios.

—¿Por qué sonríes?

—Porque eres clavado al príncipe Harry.

—¿Y tú de que conoces a Su Alteza Real? —preguntó Harry con tono burlón.

—Porque estudiamos en el Colegio Británico y hay una foto suya en la entrada.

—Sí —afirmo Brenda con el rostro colorado antes de tiempo—. Es muy guapo. Tanto como tú.

—Brenda está enamoraaaada. Brenda esta enamoraaaada.

La chica le dio una colleja a su hermana pequeña que comenzó a lloriquear casi al instante, pero no tardó en dejar de hacerlo al ver cómo Harry comenzaba a guardar su ropa en el petate. Las tres hermanas se miraron pero no dijeron nada al respecto.

—¿Por qué has dicho antes que los chicos son estúpidos? —

preguntó Harry sin dejar de recoger.

—Porque lo son. Una amiga mía que se llama Carlota me ha comentado que una prima suya que sale con los chicos que conoció en el campamento de verano creyó ver a mi novio Esteban en la moto con otra chica rubia que no era yo.

Harry dejó lo que estaba haciendo y se sentó en la cama sin darse cuenta de que tres personas escuchaban la conversación desde el pasillo. El irlandés cogió una silla vacía y la colocó frente a él para que la joven adolescente se sentara. Una vez lo hubo hecho, comenzó su explicación.

—Una amiga que habla con una prima que conoció a unos chicos y que creen haber visto a tu novio con otra... No parece una fuente demasiado creíble.

—Eso es lo que yo le he dicho a esta tonta pero no me escucha.

Tras la nueva colleja ganada a pulso por Roberta, su hermana Brenda se movió inquieta en la silla y le hizo un gesto a Harry para que continuara hablando.

—Verás, los chicos son estúpidos en muchas ocasiones, pero no todas las chicas son buenas. Quizá tu novio le guste a tu amiga y por eso te ha contado esa historia o quizá el que lo vio en la moto se confundió.

—¿Y qué hago entonces?

—Habla con él. Antes de juzgarlo o condenarlo, pídele una explicación. Siempre podrás decidir después.

Brenda guardó silencio y pensó en la respuesta dada por el chico irlandés. Había creído a pies juntillas a su amiga y ni tan siquiera se había planteado la posibilidad de que ella estuviera equivocada o que le hubiera mentido.

—Y tú, que sepas que Roberta es un nombre con mucha personalidad.

—A mí no me gusta.

—Pues tendrías que estar orgullosa de tus padres que han sabido poneros nombre originales. No existe el nombre bonito o feo sino aquel con el que nos identifiquemos.

—¿A ti te gusta Harry?

—La verdad es que me llamo Henry, pero sí, me gusta.

—¿Y cómo se llama tu hermana? —preguntó Roberta al tiempo que cogía la fotografía y se encontraba con el rostro sereno y bonito de una cría de unos catorce años junto a un joven algo mayor que ella pelirrojo y con pecas.

—Elizabeth, pero la llamábamos Liz.

Brenda frunció el ceño al escuchar la respuesta del irlandés pero prefirió no preguntar ante la obvia respuesta. Lo que no contaba era con la presencia de una niña de seis años que abría la boca sin pensar

en las consecuencias.

—¿Tu hermana está muerta?

—Sí.

—¿Y por qué?

—Se puso malita y los médicos no pudieron hacer nada por ella.

Las tres niñas se miraron entre ellas y sintieron el nudo en la garganta que se les acababa de formar al sentir el amor que Harry le había profesado a su hermana y que aún mostraba en su mirada. Al otro lado del tabique, tres adultos se miraban también entre ellos y tragaban con fuerza para deshacer ese mismo nudo.

Harry miró a su alrededor y se encontró con tres niñas tristes que no sabían qué decir. No tenía ninguna intención de que sus últimos instantes en aquella casa fueran exentos de alegría por lo que pensó en qué podía hacer para animarlas. Recordó a las dos chicas que había visto en el tren y su mente se iluminó como un rayo en una tormenta.

—¿Queréis ayudarme a continuar una historia?

Harry se puso en pie, abrió su bolsa de tela y sacó el cuaderno que las dos adolescentes habían dejado en el asiento del tren. Sin dar ninguna explicación, lo abrió por la primera página y comenzó a leer la historia que ese tal Carlos había comenzado. Brenda se enamoró al instante del chico ciego y Roberta se vio enseguida reflejada en la joven Alba. Por alguna extraña razón que nadie fue capaz de comprender, los personajes favoritos de Nayara eran los padres de Alba, panaderos de profesión. Harry, una vez terminada la historia, les explicó dónde había encontrado el cuaderno y cuál era su cometido.

—Tenemos que continuar la historia. ¿Sobre quién os apetece escribir?

—Yo quiero escribir sobre Gabriel.

—Yo sobre Alba.

—Yo sobre un gato.

Los tres se volvieron hacia la niña pequeña sorprendidos y los tres adultos aguantaron las risas al otro lado del tabique. El padre de las niñas le hizo un gesto a su mujer y ella sonrió y asintió conforme. Entraron en la habitación seguidos por la empleada de la agencia de intercambio y se encontraron con la bonita estampa de Harry, sentado sobre la cama con el cuaderno sobre las piernas y las tres niñas rodeándolo como si lo conocieran de toda la vida. Nada más ver a los padres de las chicas en la habitación, se puso en pie y comenzó a balbucear.

—Yo no… O sea…

—Harry, queremos pedirte perdón —explico el padre de las niñas—. En la agencia pusimos la condición de que queríamos a una mujer pero ahora nos hemos dado cuenta de que no es tan importante

y que es mejor darle alojamiento a una buena persona sin mirar más allá.

—Entonces, ¿puedo quedarme?

—Estaremos encantados de que lo hagas.

—Y nosotras también —añadió Roberta—. Harry nos cae bien y le gusta mi nombre.

El chico irlandés, que ya se veía en la calle, se emocionó y no pudo evitar que una lagrima furtiva resbalara por su mejilla. Se la enjugó con el dorso de la mano y, tras darle las gracias a los padres de las chicas, volvió a sentarse en la cama entre ellas y abrió el cuaderno por la última página.

—Entonces, ¿sobre quién escribimos?

—Yo quiero sobre Gabriel.

—Yo quiero sobre Alba.

—Y yo sobre un perro.

Los tres más mayores se echaron a reír y Harry tuvo en ese instante una idea para contentar a las tres chicas y que ninguna de ellas se sintiera molesta.

—Podemos escribir sobre Gabriel y también sobre Alba y podemos crear un personaje que tenga un gato y un perro. ¿Qué os parece?

—¡Genial! —exclamaron las tres al unísono.

—Podemos hacer lo que queramos porque es nuestra historia.

Tras una lluvia de ideas que Harry fue anotando en una hoja en blanco que Brenda le entregó, comenzó a escribir en un perfecto castellano y se alegró de poder mostrar a las tres niñas sus progresos. Al sentir la presencia de las chicas su corazón comenzó a latir con rapidez como si su hermana volviera a estar junto a él. Sonrió y continuó escribiendo. Al acabar su parte de la historia con las ideas de las hermanas y con las suyas propias todos estuvieron de acuerdo en que era una historia muy bonita y en la que se podía ver cómo pensaba cada una de las chicas y el propio Harry. Se felicitaron y, antes de salir de la habitación del chico, las hermanas le dieron un beso una a una y le dijeron que se alegraban mucho de tenerlo allí viviendo. El chico irlandés no pudo evitar emocionarse.

A la mañana siguiente, tras una jornada larga y tediosa en las Escuela Oficial de Idiomas, Harry tomó el tren en Collado Villalba y, al llegar a la estación de Pinar de Las Rozas, dejó el cuaderno sobre uno de los asientos y se bajó del vagón sin esperar a que nadie lo recogiera. Por alguna extraña razón que ni él mismo era capaz de comprender, prefería dejarlo olvidado sin conocer al nuevo receptor de la historia. Sabía que se arriesgaba a que el cuaderno fuera cogido por alguien que no supiera valorarlo pero también tenía claro que nunca sabría si había dado con la persona adecuada. Se despidió del

tren y del cuaderno con una sonrisa feliz y sincera y salió de la estación para tomar el autobús.

Cinco minutos después, dos policías nacionales recorrían los vagones del tren para asegurarse de que se cumplía la ley y que no había ningún bulto sospechoso en el tren. Uno de ellos, un hombre alto y musculado de pelo negro y ojos azules reparaba en el cuaderno y pasaba de largo. Unos metros más allá, se detuvo.

—Espera un momento —le dijo a su compañero.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Regresó sobres sus pasos, cogió el cuaderno y lo abrió por la primera página con la idea de encontrar el nombre de su dueño pero lo que halló en su interior fue lo que él consideró como un auténtico tesoro. No dijo nada más. Tan solo lo cogió en una de sus fuertes manos y lo llevó con él hacia un lugar en el que una persona podía continuar esa historia y dejar parte de su alma en ella.

María Jesús

Daba vuelta de lado a lado de la habitación sin atreverse a abrir las puertas del armario. La casa se había vuelto increíblemente pequeña ahora que él no estaba y lo último que deseaba hacer era enfrentarse a todos los recuerdos y fantasmas que campaban a sus anchas por el piso comprado unos meses antes por una pareja feliz y recién casada.

Una felicidad que se había visto truncada una cálida y agradable mañana en la que un camión de buen tamaño había perdido el control y se había cruzado en el camino de una motocicleta de gran cilindrada que avanzaba por su carril controlada por un joven de veintisiete años perteneciente al cuerpo de la Policía Nacional que se había tomado un par de días libres para pasarlos con su mujer y disfrutar de la sierra, de las montañas y de la nieve que aún se veía en los altos picos.

Habían pasado diez días desde que aquello ocurriera y María Jesús, a la que todos llamaban Chus, se sentía sola y perdida en el mundo como nunca lo había estado. Para ella, vivir sin Luis era algo impensable, pero que no tenía más remedio que aceptarlo. Llevaba con él desde que con dieciséis años cambiara de barrio y de colegio y se encontrara con un grupo de chavales sentados en un poyete junto a la entrada de su nueva casa. Uno de ellos, alto, moreno y de ojos azules la había mirado con tal fijeza que se había sentido como una niña pequeña ante un adulto responsable y con el poder que da la edad. Para su sorpresa, el día que aquel chico la invitó al cine, se encontró con una persona dulce, responsable y con las ideas muy claras. Su sueño era ser Policía Nacional y, a pesar de haberlo logrado, se había visto truncado bajo las ruedas de un camión.

—Hija, ¿te ayudo?

—Ni tan siquiera he empezado, mamá. No me apetece.

—Ya lo sé, pero tienes que hacerlo antes o después.

La mujer de mediana edad y pelo blanco como la nieve se sentó en la cama y dio un par de golpecitos con la mano sobre la colcha para invitar a su hija a sentarse con ella. La joven, muy parecida a su madre pero de pelo oscuro y ojos verdes, se sentó junto a la mujer y suspiró con fuerza al tiempo que tragaba para intentar suavizar el nudo que se había apoderado de su garganta y que le dolía tanto como

el alma.

—Ya sé que ahora no tienes ganas de escuchar a nadie.

—No son ganas. Lo que no tengo es fuerza.

—Ya lo sé, cariño. Ya sabes que yo me quedé huérfana con quince años y te aseguro que fueron los momentos más duros de mi vida.

Chus tragó saliva de nuevo y se puso en pie con el ceño fruncido y la sensación de ser un mono de feria bajo la atenta mirada de todos los que la rodeaban.

—Y ahora me vas a decir que todo es cuestión de tiempo, que las heridas sanarán y todo eso.

—Pues no. Es verdad que el tiempo ayuda a que el dolor sea más soportable, pero las heridas nunca sanan, tan solo cicatrizan y nos recuerdan a la persona amada y que ya no está.

—Luis era… mi vida. Y ya no está. No sé qué voy a hacer sin él.

—Lo mismo que antes pero más aburrida.

Chus miró a su madre, pero, en lugar de enfadarse por el comentario que parecía fuera de lugar, sonrío y miró al techo de la habitación como si pudiera atravesar los forjados y unirse con el amor de su vida, allá donde se encontrara.

—Esa frase me suena —comentó Chus volviéndose a sentar junto a su madre—. Me encantaba cuando él la decía y me sacaba una sonrisa por muy triste que me encontrara.

—Pues esa es la realidad de lo que te va a pasar a partir de ahora —explicó la madre de la joven con la crudeza que un progenitor no desea para uno de sus hijos—. Vivirás cada día del resto de tu vida y nunca te olvidarás de Luis porque él lo era todo para ti. Esas frases, esos recuerdos, las ilusiones y las promesas... Forma parte de ti y nunca se irá del todo.

Chus no se esperaba unas palabras tan bonitas provenientes de su madre y no pudo soportarlo más. Se dejó caer sobe la cama que había compartido con su marido y comenzó a llorar desconsolada. Su madre tan solo pudo permanecer a su lado y acariciarle el hombro con infinito amor mientras ella se deshacía de todo el dolor que la atenazaba por dentro y que le impedía respirar y continuar su camino hacia un futuro incierto. Allí permanecieron durante varios minutos hasta que el corazón de Chus se secó y las lágrimas dejaron de surcar sus mejillas. Con la misma determinación que había demostrado desde que le comunicaran que su marido había fallecido, se puso en pie y abrió el armario. Tomó aire un par de veces y sintió que las piernas amenazaban con doblarse bajo su peso, aunque fue capaz de mantener el tipo y, cuando una de sus manos rozó la primera de las prendas, su alma se congeló bajo la tormenta del amor perdido y su corazón dejó de latir durante unos minutos que se le hicieron eternos. Todo el

tiempo que tardó en sacar la ropa de su marido del armario y clasificarla sobre la cama supuso para ella uno de los momentos más duros y tristes de toda su vida. A pesar de los consejos de su madre, cogió una sudadera de color gris con el escudo en la pechera de la Policía Nacional y la guardó en un cajón de la cómoda junto a su propia ropa.

Cuando, al fin, la ropa de su marido estuvo guardada en bolsas de basura de color negro, pudo relajarse y supo que, a partir de ese momento, tan solo podría avanzar y que la tristeza y la soledad que ahora copaban cada rincón de su ser serían sus compañeras más fieles en los próximos meses o años. En su mano estaba luchar contra ese dolor que campaba a sus anchas por su alma, aunque ahora le pareciera un mundo tan solo abrir los ojos por la mañana y acordarse de respirar. «Algo para recordar». Una película que había visto infinidad de veces con su marido y que ahora se le presentaba como un reflejo de su vida. Recordaba con especial cariño el momento en el que Tom Hanks le comentaba a una locutora de radio que tan solo tenía que despertarse cada mañana y no olvidarse de respirar. Una frase *ñona* y que había significado mucho para ella cuando la escuchara pero que ahora se había convertido en la realidad de su vida y en aquello en lo que debía pensar cada mañana que abría los ojos y suponía un mundo poner un pie en el frío suelo y comenzar una nueva jornada triste y solitaria sin el amor de su vida.

—¿Qué tienes pensado hacer ahora?

—No lo sé, mamá. Tengo que ir a la comisaría para recoger las pertenencias de Luis. Tampoco me apetece, pero ya que estoy en ello prefiero pasar el mal trago en un solo día.

—¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta, mamá. Ya me has ayudado mucho.

—¿Si quieres, te puede acompañar tu padre? Seguro que estará encantado.

Salieron de la habitación y fueron hasta el salón donde un hombre de pelo cano y barriga incipiente se entretenía mirando unas pocas fotografías colocadas al azar sobre el mueble de la televisión. Aunque no parecía especialmente compungido, movía la cabeza de lado a lado cada vez que en una imagen aparecía el rostro sonriente de su yerno fallecido. El padre de Chus había expresado sus reticencias años atrás al enterarse de que su hija salía con un aspirante a Policía Nacional y había vuelto a expresar esa misma preocupación el día anterior de su boda. El único argumento que había puesto sobre la mesa era el de la peligrosidad de la profesión de chico y lo duro que podía resultar para una mujer joven quedarse viuda, pero, por un alocado avatar del destino, el policía había perdido la vida no en acto de servicio sino por la desafortunada maniobra de un camionero

anónimo. En cuanto escuchó los pasos se dio la vuelta y esperó a su hija con los brazos abiertos. Chus se acercó a él y se dejó querer.

—Esteban, tienes que llevar a tu hija a la comisaría —comentó su esposa en cuanto padre e hija se hubieron separado.

—¿Y eso para qué?

—Quiere ir a recoger sus pertenecías.

—Celia, puedo ir yo solo.

Chus le puso una mano en el brazo a su padre reclamando su atención.

—Papá, te lo agradezco pero quiero ir yo.

—Va a ser muy duro.

—No creo que mucho más que deshacerme de su ropa.

Esteben meditó un instante su respuesta aunque conocía muy bien a su hija y sabía que se trataba de una joven testaruda que no cambiaba de opinión con facilidad cuando algo se le ponía entre ceja y ceja. Al fin, asintió lentamente, cogió su chaqueta y le hizo un gesto de la mano a su hija para que se pusiera en marcha. Chus se despidió de su madre y escuchó con paciencia unas cuantas frases de ánimo que ya había escuchado en su niñez en infinidad de ocasiones. Una vez en el coche, Chus apoyó la cabeza en el asiento, cerró los ojos e intentó relajarse.

—Hija, yo no…

—Si vas a decirme que hice mal casándome con Luis o que me lo advertiste, no hace falta que abras la boca.

Esteban sonrió al comprobar, una vez más, que su hija lo conocía mucho mejor que él a ella. No había errado porque la primera frase que pasó por su mente nada más sentarse en el coche ponía en entredicho la cabezonería de su hija y dejaba claro que todo podía haber sido distinto. Chus movió la cabeza de lado a lado y se echó a llorar de repente.

—Lo… lo siento, hija —balbuceó Esteban con el estómago encogido al escuchar llorar a la niña de sus ojos.

Chus no había sido una hija buscada ni mucho menos. Después de intentarlo durante años sin éxito, la madre de Chus se quedó embarazada cuando menos se lo esperaban y recibieron como un regalo de navidad a la pequeña de pelo negro y ojos vivarachos que devoraba el mundo con solo una mirada y parecía tener la misma energía concentrada que todos los niños del mundo juntos. A pesar de ello, Esteban pidió una reducción de jornada en el trabajo y se encargó de ir a buscarla todos los días al colegio para después visitar algún parque cercano y convertirlo en los mundos mágicos que ambos creaban. Para Esteban, esa preciosa niña se convirtió en su razón de vivir y, con el paso de los años, en la culpable de sus desvelos cada noche que se retrasaba o cada día que no llamaba desde la

universidad tan solo para decir que se encontraba bien.

Cuando una tarde apareció en casa con un hombretón moreno que parecía un surfero californiano y lo presentó como su novio, algo se quebró en el interior de Esteban al percatarse de que la niña de sus ojos había dejado de serlo para convertirse en la niña de los ojos de otro. A pesar de todo, Luis logró ganarse el afecto de los padres de Chus y demostró ser un buen chico que adoraba a la joven morena de ojos claros. El día que decidió apuntarse a la academia de policía, Esteban se echó a temblar y expresó en voz alta sus temores a lo que su hija respondió enojada y sintiéndose atacada. Su padre decidió guardar silencio y no volvió a referirse al tema hasta el día antes de la boda de su hija, pero con el mismo resultado. El amor entre los jóvenes era tan fuerte que nada ni nadie lograría separarlos.

—Ye hemos llegado —comentó Esteban unos minutos después nada más detener el vehículo frente a la comisaría de la Policía Nacional cercana a su domicilio y donde Luis había trabajado los últimos dos años—. ¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta. Gracias, papá.

Chus se inclinó en el asiento y le dio un beso a su padre antes de bajar del vehículo y ponerse en marcha hacia la comisaría. Nada más entrar en el edificio se percató de que lo más duro de todo aquello no iba a ser recoger las pertenencias de su marido sino enfrentarse a las condolencias y los buenos deseos expresados por los compañeros de Luis que, nada más verla, se acercaron y la colmaron de besos y abrazos hasta que apareció en escena Toni, el compañero de patrulla de Luis, y se la llevó del brazo en dirección a la sala de descanso. Una vez allí, le dio un beso y la invitó a sentarse.

—¿Quieres un café? —preguntó con el rostro serio y la mirada perdida.

—Muchas gracias pero no me apetece. Solo he venido a por las cosas de Luis.

—Ahora te las traigo.

Toni salió por una puerta lateral, pero, casi al instante, volvió a entrar y se plantó delante de Chus.

—Sabes, yo quería a Luis como a un hermano y él día que él murió yo… no… Lo sentí en el alma. Cualquier cosa que necesites, no dudes en pedírmela.

—Lo haré. Gracias, Toni.

El joven agente dio media vuelta y, cuando estaba a punto de abandonar la sala de descanso en dirección hacia los vestuarios, Chus lo llamó.

—Toni, solo quiero que sepas que Luis también te quería como a un hermano.

El agente bajó la cabeza y tragó saliva con fuerza al tiempo que

reprimía una lágrima traicionera con la que podía demostrar la sensibilidad que debía reprimir como agente del orden. Levantó la cabeza y sonrió con los ojos llorosos. Asintió como único gesto de agradecimiento y desapareció. Unos minutos después regresó con una caja de cartón cerrada que dejó sobre la mesa. Chus se puso en pie de inmediato con el deseo de salir de allí lo antes posible y, a pesar del ofrecimiento del compañero de su marido para ayudarla, cogió la caja que no pesaba demasiado y, tras las consabidas despedidas y las promesas de un próximo encuentro que nunca se daría, abandonó la comisaría. Su padre, en cuanto la vio salir, bajó del coche, cogió la caja que pesaba menos de lo que él esperaba y la dejó en el maletero.

—¿Cómo estás, hija?

—Estoy bien. Será peor cuando abra la caja.

Regresó a su casa y su madre ni tan siquiera le preguntó por la visita a la comisaría tras ver el gesto de su marido que la invitaba a guardar silencio. Sabían que, como padres, no les quedaba otra que comprender el duelo de su hija y apoyarla en todo lo que necesitara y lo que ahora precisaba era quedarse sola con sus recuerdos y luchar contra los fantasmas que parecían adueñarse de su alma por momentos. A pesar del ofrecimiento de Celia, Chus prefirió que regresaran a su propia casa y la dejaran sola. Se despidieron con lágrimas en los ojos y su madre prometió llamar esa misma noche, antes de irse a la cama, para cerciorarse de que todo iba bien. La joven asintió, besó a su madre con cariño y cerró la puerta tras ella. Suspiró y el silencio de la vivienda se apoderó de cada rincón de su ser. Se sentó en el sofá del salón, encendió la televisión en cualquier canal y cerró los ojos agotada.

Una hora después, Chus tomó la decisión de enfrentarse con sus miedos y temores. Ya había vaciado el armario esa misma mañana y prefería agolpar todas las malas experiencias en un mismo día e intentar dedicar el resto de su vida a la búsqueda de una felicidad que se le había tornado esquiva y traicionera. Se armó de valor y, tras tomar aire y soltarlo un par de veces, abrió la caja y dispuso sobre la mesa de su habitación su escaso contenido. Tan solo una revista de coches, el neceser que tan bien conocía y que ella misma le había regalado en el último aniversario, unas pocas fotos de ella pero donde él, por suerte para su maltrecho corazón, no aparecía y un cuaderno con las tapas de color negro. Guardó las fotografías en un cajón de la mesa y el resto de las pertenencias de su marido las metió en una bolsa que su madre se encargaría de tirar para evitarle a ella el momento traumático de desprenderse de las pertenencias del amor de su vida. Tan solo quedó sobre la mesa el cuaderno de tapas negras que, como un superviviente tras una tormenta, parecía esperar a ser rescatado. Chus lo cogió con sumo cuidado y se sentó sobre la cama

antes de abrirlo. No sabía lo que podía encontrar en su interior, pero en los años que había compartido con su marido había aprendido que él no guardaba nada que no considerara útil.

Respiró con fuerza antes de conseguir el suficiente valor para averiguar lo que se escondía tras las pastas de color negro. Abrió la portada y comenzó a leer una historia sobre un chico ciego que parecía enamorado de su vecina. No le dio demasiada importancia, pero, de la misma manera, algo en su interior le decía que aquello podía ser importante por lo que continuó leyendo la historia. Descubrió unas páginas más allá que no habían sido escritas por una única persona sino que parecía un cuaderno que alguien había dejado olvidado en algún lugar y que, invitación tras invitación, había recibido el amor y la pasión por la fantasía de unas pocas personas. Al final de la historia, una nueva invitación a continuar con el bonito relato donde una niña de trece años había ayudado a otra a levantarse tras perder a una persona querida. De alguna forma, en esa pequeña historia vio reflejada la verdad de un sinfín de personas porque cada uno de los que habían depositado su pequeño granito de arena no se habían limitado a contar lo que había cruzado al buen tuntún por su cabeza sino que parecía un compendio de los problemas actuales que amenazaban con destruir cualquier atisbo de felicidad. Su propio dolor se veía plasmado en las chicas que habían perdido a su madre y en ese hombre que se había convertido en un despojo tras perder al amor de su vida. Vio reflejada la lucha de Gabriel, el chico ciego, por abrirse camino en la vida, el dolor y la preocupación de su joven vecina Vero, la pureza de Sergio, el chico enamorado de la pequeña Alba y el corazón que ella ponía en cada gesto, en cada palabra. La dureza de sus padres, la sabiduría de la anciana de las mascotas. Un puñado de personajes en los que cualquiera se podía ver reflejado tan solo con un poco de imaginación.

Tuvo la certeza de que cada una de las personas que habían continuado la historia lo hacían tras pensar en su propio dolor, en sus preocupaciones o en sus vivencias. Ellas se encontraba sola y perdida pero quería gritarle a los cuatro vientos que podía levantar la cabeza y que seguiría viviendo por ella misma y por Luis, que allá donde estuviera debería sentirse orgulloso de su fortaleza. Salió de la habitación y, tras prepararse un sándwich y un vaso de leche, regresó a su cuarto y se sentó frente al escritorio con el cuaderno abierto por la primera página en blanco y con la idea de continuar la historia del chico ciego allá donde la dejaron los demás escritores fortuitos.

Estuvo varias horas escribiendo aunque pensaba que no iba a ser capaz de hilvanar un par de frases seguidas. Para su sorpresa, se percató de que escribir unas pocas páginas no era tan complicado. Tan solo debía expresar lo que ella misma sentía y lo que desearía leer si

esas mismas páginas hubieran llegado a sus manos escritas por otro. Tenía claro que no era capaz de escribir toda una novela pero se demostró a sí misma la capacidad de crear una pequeña historia o parte de ella. Le dio una oportunidad al chico ciego y plasmó todo aquello que salía de su corazón y que, como por arte de magia, movía sus dedos y obligaba al bolígrafo a rasgar el papel. Al acabar, miró hacia la ventana con los ojos llorosos y se percató de la falta de luz en el exterior. Todas esas horas bajo el flexo para escribir unas pocas páginas, pero que habían supuesto para ella una auténtica liberación y el descubrimiento de una historia perdida que parecía viajar de un lugar a otro y de unas manos a otras sin un sentido o con la mayor de las expectativas. Nunca lo sabría. El deseo de aquel que comenzó el relato quedaba claro en cada una de las coletillas escritas al final de cada parte de la historia y donde se pedía que el cuaderno continuara viajando y que esa historia no quedara durmiendo el sueño de los justos en cualquier papelera o en mitad de la calle bajo la lluvia. Debía continuar con aquella cadena para percibir que todo tenía sentido, que lo que esas personas habían creado con sus almas, sus corazones y el palpitar de su imaginación servía para ayudar a muchas otras personas que, como ella, creían haberlo perdido todo. Quizá no fuera la historia más bonita de la literatura, pero tenía alma propia y eso se podía percibir nada más leer la primera página que te atrapaba con sus tentáculos y te arrastraba al fondo del relato donde residía la verdadera esencia de sus autores. Cogió el teléfono móvil, buscó en la agenda y marcó uno de los números.

—Buenas noches, Chus. ¿Estás bien?

—Hola, Toni —contestó ella tras estremecerse por los recuerdos que se acababan de agolpar en su garganta—. ¿Estás de guardia?

—Sí. Esto está muy aburrido, pero casi mejor así. ¿Qué puedo hacer por ti?

Chus comenzó a pasear por toda la casa nerviosa y comenzaba a arrepentirse de su idea. Ya no había marcha atrás y necesitaba solo un dato para darle vida a esa historia.

—Verás, me he encontrado un cuaderno entre las cosas de Luis y no sé si tú sabrás algo de él.

—¿Uno negro?

—Ese.

—Lo encontró hace unos días en el tren y me comentó que te lo quería dar para no sé qué de escribir en él y que tú lo harías muy bien. No sé mucho más.

El corazón de Chus comenzó a latir con más fuerza al escuchar lo que el compañero de su marido le había transmitido, Aquel cuaderno había sido encontrado por Luis y guardado para ella, para que continuara la historia que, sin saberlo, era el deseo del hombre

que se había apoderado de su alma.

—¿Y recuerdas dónde lo encontró?

—Espera un momento que lo miro.

Aguardó en silencio durante unos minutos mientras escuchaba el ruido de papeles que se movían, cajones que se abrían y se cerraban y el arrastrar pesado de los pies de los agentes que a aquella hora debían cumplir con el turno de noche.

—¿Chus?

—Dime, Toni.

—Luis encontró el cuaderno en uno de los trenes que llegan a Madrid desde Villalba. Debió ser a eso de las siete de la tarde porque estábamos a punto de terminar con nuestra ronda.

—¿Estás seguro?

—Sí. Aquel día fue… Bueno, el día antes de que falleciera.

Chus guardó silencio e intentó asimilar la información recibida por parte del compañero de su marido. Era lo que necesitaba para poder continuar con la historia, para poder darle sentido a ese Carlos que había decidido crear el comienzo de la historia dándole vida al chico ciego. Le dio las gracias a Toni y, tras llamar a su madre para decirle que se encontraba bien aunque algo cansada, se metió en la cama y encendió el televisor de la habitación con la idea de no permitirle a su mente invocar todos los fantasmas que la acompañaban cada noche. Se quedó dormida pocos minutos después.

A pesar de lo duro que podía ser acostarse en una cama vacía, su peor pesadilla comenzaba al despertar, en ese momento en el que el mundo comenzaba a girar y ella se daba cuenta de que el motor que movía el suyo se había quedado sin el combustible que necesitaba: el amor. Aquella mañana, por primera vez desde que muriera su marido, logró levantarse con algo más de energía. Volvió a llamar a su madre para decirle que todo estaba bien y que había decidido dar un paseo y, tras rehusar la invitación de su compañía, se acercó a la estación de tren y subió en el primero que llevaba hacia la sierra de Madrid. Se sentó junto a una de las ventanillas e hizo todo el recorrido con la vista fija en las montañas y el cuaderno sobre sus piernas. Al llegar a Galapagar bajó del tren y cruzó la pasarela para cambiar de andén. En cuanto llegó el primer tren en dirección hacia Madrid se subió en él y se sentó de nuevo junto a una de las ventanillas. Esperó pacientemente hasta que en Pinar de las Rozas subió una anciana que podía rondar los setenta años. Le costó subir al tren y, una vez dentro del vagón, saludó con educación y se sentó frente a ella. Entrecerró los ojos y apoyó la cabeza en el asiento mientras la anciana miraba por la ventana y suspiraba como si le fuera la vida en ello. Decidió que acababa de encontrar a la persona idónea para continuar la historia del chico ciego. Lo que no podía saber era que, con su elección, otros

personajes tomarían fuerza en la historia. Al llegar a la estación de Mirasierra abrió los ojos, acarició el cuaderno con la yema de los dedos y lo dejó sobre el asiento que quedaba libre a su lado. Miró a la anciana y, antes de levantarse, le mostró el cuaderno.

—Por favor, continúe con la historia. Es importante.

Se levantó de un salto y abandonó el vagón en el mismo instante en el que las puertas estaban a punto de cerrarse. No miró atrás. Decidió que su vida y su futuro irían a dónde sus pasos la condujeran. Las lágrimas fueron las compañeras del inicio de su viaje.

Dolores

—Le duelen mucho las piernas y no quiere salir de la habitación.

—¿Qué podemos hacer?

—Lo que ya hemos hablado. Creo que es la mejor opción y los dos van a estar mejor.

La anciana asintió y miró con cierto recelo a la directora de la residencia. Su marido Juan llevaba ingresado casi un año y se había ido marchitando, poco a poco, como una flor tras el verano. Habían intentado por todos los medios continuar juntos, pero él necesitaba unos cuidados que ella no podía darle. En el último mes había perdido la capacidad de andar, aunque la cabeza seguía en su lugar, como solía decir el propio Juan, y se había dejado llevar por una melancolía que no era propia de él. Siempre había sido un hombre alegre y positivo pero se había apagado al no verse capaz de llevar una vida normal en su casa, junto a su mujer. No tenían hijos y la decisión la habían tomado ellos tras varias semanas de charlas en las que no habían existido los peros o los reproches, tan solo el deseo de permanecer unidos, aunque ambos sabían lo complicado que eso podía llegar a ser.

Un año después, Juan había decidido que no quería seguir hablando, que no necesitaba pasear bajo el sol primaveral en su flamante silla de ruedas y que no deseaba mantener ningún tipo de contacto con los demás pacientes ingresados en la residencia. Él mismo había decidido bautizarse con el término «paciente» ya que pensaba que, de no necesitarlo, no estaría encerrado en aquel lugar, más parecido a un hospital que a una residencia vacacional, como vendían en los folletos de publicidad que un día habían aparecido en su buzón.

Dolores abandonó la residencia con la cabeza gacha y el corazón atenazado. Le daban miedo los cambios y estaba a punto de enfrentarse al mayor de su vida. Incluso cuando su marido fue ingresado en la residencia y se vio sola por primera vez en cincuenta años fue capaz de salir adelante. Cada mañana se obligaba a luchar con la sensación de desasosiego que le provocaba el lado vacío de la cama y, tras desayunar de manera frugal como siempre había hecho, salía a la calle y recorría el corto trayecto que separaba su pequeña y

modesta vivienda de la galería de alimentación donde aún podía hablar con los dependientes que la atendían y discutir con ellos sobre la calidad y los precios de los productos. No se había acostumbrado a los centros comerciales impersonales y fríos donde ella misma debía elegir cada uno de los productos y donde se sentía como pez fuera del agua, a pesar de que su marido siempre los había vendido como el inevitable progreso que los arrollaba sin piedad.

Nada más llegar a la estación de Pinar de las Rozas se acercó a las vías y una idea descabellada nació en su cabeza. Quizá lo más sencillo fuera acabar con todo, pero nunca se perdonaría abandonar a Juan a su suerte en una residencia donde él no quería estar y se sentía solo y dejado de la mano de Dios. Dio un paso atrás y se alejó del borde del andén en el preciso instante en el que la megafonía anunciaba la llegada inminente de un tren con destino a Madrid. Subió al vagón con cierto esfuerzo y se sentó en el primer asiento que vio vacío. No se sentía segura caminando en un tren en marcha y temía los frenazos inoportunos que podían acabar con sus huesos en el duro suelo del vagón. Saludó con educación a una joven de pelo oscuro sentada junto a una de las ventanillas y, en cuanto el tren se puso en marcha, fijó su mente en el horizonte e intentó que sus pensamientos volaran muy, muy lejos. Tan lejos como un pueblo situado frente a la serranía de Córdoba, en el Valle de los Pedroches, bañado por un riachuelo donde los jóvenes del pueblo acudían en tropel todos los domingos a refrescarse en la orilla y a charlar de una u otra cosa. Los chicos más arriba y las chicas más abajo como era costumbre desde tiempos inmemoriales en los que las tradiciones pasaban de padre a hijo como el mayor de los tesoros. Una joven bonita y tranquila sentada junto al riachuelo, con los pies metidos en el agua, y el crujir de unas ramas a su espalda. Un chico despierto y sagaz que abandona los matorrales, se acerca al lugar donde ella permanece sentada y, sin mediar palabra, se deja caer a su lado y mete los pies también en el agua.

—Soy Juan.

—Ya lo sé. Eres el hijo del maestro.

No necesitaron mucho más para darse cuenta de que iban a compartir el resto de su vida. Dos miradas entrecruzadas, dos manos que se fundían en una sola, dos corazones latiendo al compás en una melodía perfectamente afinada. Y el tiempo dio y quitó las razones que creyó conveniente, pero les permitió entregarse su amor de forma incondicional durante más de medio siglo en los que pudieron disfrutar de la felicidad comedida de la clase obrera y del equilibrio que ambos pudieron crear; él con el sueldo que llevaba a casa a final de mes y ella con la habilidad del ama de casa a perpetuidad para hacer magia con ese escaso bien.

El tiempo, el destino o Dios no habían querido ser justos con su bondad y no les habían permitido tener hijos, el mayor de los deseos de ambos y que llegó a convertirse en una losa difícil de levantar cada mañana. Con el tiempo aprendieron a vivir con ello e intentaron paliar su soledad con alguna que otra mascota que, poco a poco, también fueron abandonando este mundo dejándolos igual de solos pero algo más tristes. El día que Juan sufrió el primer infarto cayó sobre ellos como una lluvia plomiza y gélida que convirtió su tranquila rutina en un ir y venir de casa a los hospitales con mucha mayor frecuencia de lo que ninguno de ellos hubiera deseado. Al final, tras un sinfín de pruebas y deliberaciones, el veredicto fue unánime y tajante: Juan debía ser internado en una residencia donde podía recibir las atenciones necesarias o, en el peor de los casos, podría vivir en su propia casa bajo la supervisión de alguien contratado por ellos mismos. Juan nunca resultó un sentimental por lo que, para él, pasar los últimos días encerrado en su propia casa no resultaba ninguna necesidad. Deseaba regalarle a su esposa algo de tranquilidad y decidió que lo mejor sería dejarse atender en una residencia, aunque no podía imaginar que se convertiría en una cárcel solitaria para él.

Dolores sintió cómo una par de lágrimas rebeldes resbalaban por sus mejillas, sacó un pañuelo de uno de los bolsillos de su chaqueta y las secó con el trozo de papel. Volvió a mirar al horizonte con los ojos vidriosos y no pudo evitar suspirar con fuerza al recordar tiempos mejores que ya no volverían. Aun así, la decisión que había tomado cambiaría su vida y la de su marido y era a lo único a lo que quería agarrarse. Con todos esos pensamientos en la cabeza escuchó un ruido a su lado y, al levantar la cabeza, se encontró con la mirada anhelante de la joven de pelo oscuro que, con los ojos tan llorosos como los suyos, dejó un cuaderno de tapas negras en uno de los asientos vacíos e hizo un gesto con la mano mostrándoselo.

—Por favor, continúe con la historia. Es importante.

Antes de poder replicar, la joven aprovechó la llegada del tren a la estación de Mirasierra para descender de él dejando a sus espaldas un cuaderno olvidado y una mujer confundida que no sabía qué hacer con él. La joven le había pedido que continuara con la historia, pero no sabía a qué se refería con esa petición. A pesar de todo, guardó el cuaderno en su bolso y se preparó para descender en la estación de Chamartín. Unos minutos después bajaba del tren y salía a la calle para recorrer las pocas calles que separaban la estación del barrio donde había compartido con su marido media vida. Casas bajas y desvencijadas en una barriada pobre y obrera, pero tranquila y feliz hasta la invasión que había sufrido unos años antes por parte de inmigrantes que habían poblado sus calles y habían logrado apropiarse de la mayoría de comercios del barrio para transformarlos

en locutorios telefónicos y tiendas de alimentación con productos variopintos traídos de más allá del océano Atlántico.

El hombre de pelo rubio y tez cetrina la estaba esperando junto al portal, con su maletín bajo el brazo y un traje barato como muestra de su lugar de procedencia. Unos meses antes había llegado a un acuerdo con una entidad bancaria que, a cambio de su piso, ingresaría una buena cantidad en una cuenta corriente hasta que ella y su marido fallecieran. Con ese dinero tenía pensado pagar la residencia donde ambos podrían compartir el resto de sus días. El banco, por su parte, tan solo deseaba hacerse con el piso para demoler el edificio y construir una torre gigante de viviendas que le reportarían grandes beneficios. La oferta y la demanda no entendían de corazones, ilusiones o felicidad y mucho menos cuando millones de euros se encontraban en juego. Ni tan siquiera subieron al piso. El hombre de pelo rubio le entregó a Dolores los papeles de la transacción y un extracto bancario donde se podía comprobar que el ingreso del primer pago había sido realizado por parte de la entidad bancaria.

Con los papeles en el bolso dio un último paseo por el barrio, pero no tardó en regresar a su piso donde cogió una pequeña maleta que ya tenía preparada y, tras un rápido recorrido por cada una de las habitaciones vacías, volvió a salir a la calle y recorrió el trayecto hasta la estación de tren con una única idea en la cabeza. Unos días atrás se había desembarazado de todos los muebles y de la ropa vieja dándoselos a una organización benéfica que se encargaba de recogerlos y nada tenía que la atara a ese lugar. Una vez en el tren, cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y se permitió dar una cabezada. Al llegar a la estación de Pinar de las Rozas, descendió del tren y dio un paseo hasta la residencia donde su marido la esperaba sin saber que ella había tomado una decisión tan importante sin consultarle. No había querido hacerlo porque conocía de sobra la respuesta que hubiera recibido. Él no quería verla allí encerrada a su lado pero Dolores lo tenía muy claro y le daba igual el lugar donde viviera si se encontraba junto al amor de su vida.

Una vez en la residencia dejó la maleta junto a la puerta de la habitación de su marido y entró con una sonrisa en los labios. Se lo encontró enfadado como siempre sentado en la silla de ruedas y con la vista fija en una cama que los empleados de la residencia habían colocado junto a la de Juan y que no se encontraba allí cuando ella lo dejara unas horas antes.

—Hola, cariño. Ya estoy de vuelta.

Juan ni tan siquiera se volvió al escuchar la voz de su esposa. Tan solo refunfuñó.

—Tú te crees. Han colocado otra cama en mi habitación. Ahora parece que me va a tocar compartirla con un desconocido.

Dolores se acercó a la puerta de la habitación y regresó con la maleta que había dejado en el pasillo. La colocó junto a la nueva cama y miró a su marido con infinito amor.

—Es verdad que te va a tocar compartir tu habitación, pero no con un desconocido.

Juan miró de nuevo a la cama, a la maleta y, una vez más, a su esposa. Intentaba ordenar en su cerebro cada una de sus ideas y, cuando todas ellas cuajaron en una sola, frunció el ceño y se acercó a su mujer.

—¿Qué has hecho, Dolores?

—Lo que tenía que haber hecho hace tiempo. Le he vendido el piso a un banco. Nos harán un ingreso mensual hasta que…. hasta que no estemos.

Juan había oído hablar de ese tipo de acuerdos, pero no conocía a nadie que lo hubiera llevado a cabo. Intentó enfadarse con su mujer, pero tenerla a su lado lo significaba todo para él. A pesar de eso, no pudo evitar mostrar su lado crítico.

—No tenías que haberlo hecho. Tú estabas bien en el barrio, además…

—Además nada. —Dolores se sentó en la cama frente a su marido y le cogió las manos—. Yo nunca seré feliz en el barrio si no estás conmigo. Mi vida eres tú y, allá donde estés, es donde quiero estar.

Juan no pudo evitar que los ojos brillaran de la emoción y su corazón comenzó a latir de nuevo al ver a su mujer a su lado. Poco a poco su llama se había ido extinguiendo al verse lejos de ella y al sentir que nada tenía sentido si no podía compartirlo con su alma gemela. No había sido capaz de trasmitírselo para no obligarla a tomar ninguna decisión alocada, pero, una vez más, ella le había demostrado que era capaz de ver más allá de la muralla que él había decidido levantar entre ellos.

—¿Damos un paseo por el jardín? —pidió él.

Dolores sabía que su marido llevaba semanas sin salir de la habitación y, al escuchar esa pregunta, una lágrima resbaló por su mejilla y acarició la mano de Juan en su caída. Él la vio sonreír a pesar de todo y supo que la había hecho feliz una vez más. Dolores asintió, se puso en pie, y se colocó tras su marido para empujar la silla de ruedas que él se había negado a mover con sus propias manos, pero él negó con la cabeza y le hizo un gesto para que se pusiera a su lado.

—No creo que sea muy difícil mover este trasto. Además, no quiero que mi mujer vaya detrás de mí sino a mi lado.

Dolores salió de la habitación y esperó a su marido que, como había visto en infinidad de películas, colocó sus dos manos en la parte superior de las ruedas y empujó con suavidad. La silla se movió sin

mucha dificultad y, con tan solo un par de toques más, se plantó en mitad del pasillo. Una de las enfermeras que solía bregar con el mal genio de Juan se plantó delante de él con los brazos en jarra e intentó mostrar un enfado que no experimentaba en su interior.

—Así que conmigo no quería ir de paseo pero sí con esta señorita.

—Perdona Laura, pero ella es un auténtico *bellezón* y ya sabes que yo soy un hombre muy exigente.

—Eso es verdad —afirmó la enfermera visiblemente divertida.

Dolores se ruborizó al escuchar el comentario de su marido y se alegró de verlo de nuevo feliz y sonriente. Todas las semanas que había dedicado a tomar la decisión de trasladarse a la residencia habían quedado atrás y la alegría por el resultado final copaba cada rincón de su ser. Le puso la mano en el hombro a su marido y le apretó con cariño.

—Eres un zalamero, Juan.

Él le guiñó un ojo a su mujer y, tras dejar atrás a la enfermera, se sintió un hombre libre y renovado. Dieron un paseo por el jardín y allí hablaron de su infancia, del día en que se conocieron y de los amigos que habían ido dejando por el camino. Llevaban muchos meses sin permitir que sus recuerdos los visitaran quizá por miedo a dejarse llevar por la melancolía o quizá por simple desidia. Ahora volvían a ser uno solo y, al llegar la noche, se sintieron como un auténtico matrimonio al compartir, de nuevo, dormitorio. Dolores cogió su bolso para guardarlo en el armario y un cuaderno con las tapas negras cayó de su interior.

—¿Qué es eso? —preguntó Juan ya tumbado en la cama.

—Es un cuaderno. Me lo ha dado hoy una chica en el tren y me ha pedido que continuara la historia.

—¿Qué historia?

Dolores se sentó en la cama junto a su marido y abrió el cuaderno por la primera página. Se encontró con la historia de un chico ciego que parecía enamorado de una joven. Era una historia muy bonita y se maravilló al descubrir que había sido escrita por varias personas. Al escuchar el suave ronquido de su marido, lo besó en la mejilla con todo su amor, dejó el cuaderno sobre la mesita de noche y apagó la luz.

Abrió los ojos y lo primero que vio fue la sonrisa emocionada de su esposo que la observaba como si fuera la primera vez que la veía. Dolores sonrió a su vez y acarició la mejilla de Juan con la palma de su mano.

—Podría estar toda la vida mirándote. Pareces un ángel cuando duermes.

—Y tú sigues siendo un auténtico zalamero.

Se levantaron y se acicalaron en el baño como llevaban haciendo desde hacía más de medio siglo. Juan no volvió a admitir que nadie empujara su silla y, junto a su mujer, bajaron hasta el comedor a desayunar. Dolores se presentó a sí misma y ambos se sentaron a una mesa junto a los ventanales que daban al jardín. Ella rechazó la ayuda de una auxiliar y se encargó de prepararle el desayuno a su marido. El café con leche había sido sustituido por prescripción facultativa por lo que preparó un buen tazón de cacao acompañado de dos tostadas de pan con aceite de oliva. Ella cogió unas galletas, algo de mantequilla y mermelada de melocotón. Entre recuerdos y vivencias dieron buena cuenta del desayuno y no tardaron en verse sentados en el jardín sin tener mucho más que hacer. Una enfermera les había ofrecido la posibilidad de hacer algo de ejercicio pero ambos se habían negado.

—Esto es un poco aburrido.

—De vez en cuando hacen excursiones, aunque hoy no toca —explicó Juan muy enterado de las actividades de la residencia—. Aquí, o te entretienes con algún libro o ves un rato la televisión. Hay poco más que hacer.

—Se me ocurre una cosa.

Dolores se levantó y, sin explicarle nada más a su marido, entró de nuevo en el edificio y regresó pocos minutos después con un bolígrafo en una de sus manos y un cuaderno de tapa negra en la otra. Se sentó junto a su marido y lo alzó para que él lo viera.

—Anoche te quedaste dormido mientras te lo leía.

—Estaba cansado. Demasiadas emociones.

—¿Quieres que lo lea?

Juan asintió y se acomodó en la silla de ruedas. Le encantaba la voz dulce y melodiosa de su esposa y siempre había sentido una calidez especial cuando ella se había ofrecido para leerle algo. Cerró los ojos y se preparó para disfrutar del sol acariciando su rostro y de las palabras de su mujer acariciando su espíritu.

—Ruido. Ruido ensordecedor. Ruido que taladra hasta lo más hondo de la mente y que se adhiere como una sanguijuela a la piel del subconsciente para recordarle que es por lo que vive, por lo que permanece en este mundo.

—Es un buen comienzo para una historia.

Juan no pudo evitar recordar los años en los que, a pesar de ser abogado, había colaborado con un periódico en el que escribía artículos sobre derecho civil y donde había aprendido a redactar, a corregir un texto y a darle vida a una amasijo de palabras. Dolores continuó leyendo durante más de una hora y no dejó de hacerlo hasta que la última de las palabras del cuaderno había sido pronunciada.

—Es bonita —sentenció Juan—. Tiene alma y llama mucho la atención porque ha sido escrita por diferentes personas.

—Eso es lo más raro. Aquella joven me dio el cuaderno y me pidió que continuara la historia. Me dijo que era importante para ella.

—Pues tendremos que continuarla.

Dolores dejó el cuaderno sobre su regazo y lo miró con respeto. Parecía una simple historia escrita por unas pocas personas, pero todas ellas había depositado parte de su corazón en esas pocas páginas y ella no era quién para romper la cadena que se había formado entre todas ellas. Parecía que un tal Carlos había comenzado la historia sobre el chico ciego y había dejado el mensaje claro para que la siguiente persona en apoderarse del cuaderno la continuara. Ellos dos formaban parte de ese relato de una forma o de otra.

—Tendremos que seguir con ella —repitió Dolores con cierto nerviosismo—. Lo que no sé es cómo hacerlo.

—Eso déjamelo a mí. Te recuerdo que escribí durante años y esto no es muy distinto a un artículo sobre derecho. Tú dime lo que pasa por tu mente y yo lo redacto.

Dolores le pasó el cuaderno y el bolígrafo a su marido y este lo cogió con interés y lo abrió por la última página. Se enderezó en la silla de ruedas y miró a su mujer con los ojos entrecerrados. Ella imaginó la situación que estaba viviendo el chico ciego y se dio cuenta de que, quizá por la diferencia de edad, no empatizaba ni con él ni con su joven vecina. Guardó silencio y su marido se percató de que algo le impedía hablar.

—¿Qué te ocurre?

—Que no quiero escribir sobre los dos jóvenes. Ellos están viviendo su historia de amor y no necesitan nada más.

—Entonces tendremos que escribir sobre otra persona —sentenció Juan al tiempo que mordisqueaba la capucha del bolígrafo —. ¿Qué te parece el padre de Verónica?

—Puede estar bien, pero creo que necesita ayuda de alguien. No quiero que dé la sensación de no poder superar la pérdida de su esposa.

Juan guardó silencio de nuevo y meditó durante un instante. Cuando creyó hallar la respuesta sonrió como un niño travieso y Dolores lo imitó al ver ese gesto tan conocido para ella y que siempre la había encandilado.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Creo que la respuesta la tiene la señora Sánchez.

—¿La de los animales?

Juan asintió y su mujer guardó silencio a su vez y meditó de la misma forma que lo había hecho su marido. Quizá para otra persona no tendría demasiada importancia ese cuaderno pero para ellos dos formaba parte de lo que significaba sentirse vivo cuando el mundo sigue girando y parece que te has bajado de él. Esa era una reflexión

que Juan había hecho de vez en cuando; en esas ocasiones en las que se había visto internado en un hospital o recluido en su propio domicilio por problemas de salud. La sensación se había repetido al ser internado en la residencia. Siempre hablaba del mundo que seguía girando y de todas esas personas que, por una razón u otra, no habían tenido más remedio que apearse en marcha y detener su caminar para tomar aire o para despedirse de una forma definitiva de ese viaje que llamamos vida.

—Escuchó las risas de los dos jóvenes y no pudo evitar acercarse a la puerta para echar un vistazo por la mirilla. Para ella, ese gesto, significaba el único contacto con la realidad que parecía haberla dejado de lado.

Dolores sonrió al escuchar el primer párrafo que había escrito su marido y con él pretendía animarla a continuar. Le hizo gracia lo del único contacto con la realidad y se dio cuenta de que su marido ya había puesto mucho de sí mismo en esa primera frase. Ahora le tocaba a ella impregnar esa historia con su propia esencia. Cerró los ojos un instante y pensó en ese apartamento silencioso, en las risas que llegaban desde la escalera y en la sensación de soledad que podía atenazar a la anciana.

—Se sentía sola, a pesar de los dos animales que eran su única compañía, pero la felicidad de los demás se convertía en el motor que movía su corazón.

—Eso es muy bonito —sentenció Juan con un hilo de voz.

—Bueno, yo te digo lo que quiero que pase y tú le das forma.

Juan asintió y ambos pasaron buena parte de la mañana escribiendo, relatando, discutiendo y, por encima de todo, sonriendo. Se sentían felices por volver a estar juntos y se dieron cuenta de que no necesitaban mucho más para rozar con la punta de los dedos la tan ansiada felicidad que ambos llevaban disfrutando más de cincuenta años y que les había resultado esquiva los últimos doce meses.

Al acabar su parte de la historia, Juan escribió la coletilla con la que se animaba a otra persona a continuar la historia y cerró el cuaderno. Se lo entregó a su mujer con solemnidad y ella lo apretó contra su pecho.

—¿Y ahora qué hacemos con él? —preguntó Juan al ver el gesto preocupado de su esposa.

—Tenemos que dejarlo de nuevo en el tren. Yo puedo salir, aunque me da pereza y no quiero que estés aquí solo.

—Se me ocurre una cosa. —Miró a su alrededor hasta que encontró a la persona que buscaba entre un grupo de enfermeras que charlaban junto a la entrada a la residencia—. Marta es buena persona y sé que baja a Madrid en tren.

Juan llamó a una de aquellas enfermeras y entre los dos le

explicaron toda la historia del cuaderno. Dolores le contó lo de la joven que se lo había entregado y del mensaje transmitido. Durante un buen rato hablaron sobre la historia escondida dentro de ese cuaderno y de lo que les había supuesto continuarla. Marta escuchó cada una de las palabras de los dos ancianos con interés y se comprometió a dejar el cuaderno de nuevo en el tren pero con la condición de que le dejaran leer la historia. Tanto Juan como Dolores asintieron al mismo tiempo y le entregaron el cuaderno a la enfermera que se alejó de ellos al tiempo que comenzaba a devorar la historia de los jóvenes enamorados.

—¿Crees que hemos hecho bien? —preguntó Dolores con la vista fija en la enfermera.

—Claro que sí. Ya te he dicho que Marta es buena chica.

Juntaron sus manos y se despidieron en la distancia de Gabriel y de Verónica. La señora Sánchez había cobrado vida en sus propios corazones y en ella dejaron buena parte de su ser. Durante un buen rato hablaron de Carlos, un desconocido que, por alguna extraña razón que ellos no conocían, había decidido comenzar una historia para que unos pocos desconocidos la continuaran. Sin saberlo había removido corazones y sentimientos y ambos coincidieron en que ese cuaderno olvidado formaría, para siempre, parte de su vida. Una vida compartida y que así lo sería hasta el final de sus días. Dolores y Juan se miraron como dos adolescentes enamorados y dos almas sonrieron de nuevo, una junto a la otra.

Carlos

—Resulta un título curioso.

—No tanto. La verdad está en todo lo que nos rodea. No hay que buscarla para hallarla.

—¿Una verdad absoluta?

—Para nada. La verdad de cada uno es la verdad absoluta que debe buscar, pero no puede compararla con la de otro individuo.

Carlos apoyó los codos sobre la mesa y se acercó al micrófono al tiempo que el locutor, un sesentón de pelo blanco y gafas negras de pasta, resbalaba el ratón de un lado a otro de la alfombrilla. Sus ojos se movían a toda velocidad y recorrían el monitor buscando la información requerida.

—La dedicatoria de su último libro me ha llamado la atención. «Para todas esas personas que, sin ver, saben hallar la bondad en los demás». Parece muy general. ¿A quién va dedicada?

—Lo primero de todo a mi hijo. Es ciego de nacimiento, pero, cada día, nos demuestra que no necesita ver para entregar todo lo que tiene. —Carlos miró a la mesa y comenzó a recorrer una pequeña hendidura con una de sus uñas—. Aunque pueda parecer todo lo contrario, la visión nos ofrece un mundo desvirtuado en el que el aspecto físico es más importante que lo que cada uno lleve en su interior. Puedes ser la mejor persona del mundo, pero siempre habrá alguien que, con su presencia, te ensombrecerá y te relegará a un segundo plano.

—Eso parece un poco injusto.

—Lo es, pero nadie ha dicho que el mundo sea justo y mucho menos cuando se habla de los méritos de cada uno para ocupar el lugar que le corresponde.

—¿Algún ejemplo?

—Podría dar infinidad. Tan solo hay que encender la televisión unos minutos para ver a decenas de individuos cuyo mayor mérito es ser guapo o tener buen físico y que no saben hacer la o con un canuto, pero que triunfan y se ven capaces hasta de publicar su biografía. Cuando yo era un crío ojeaba una colección de libros de mi padre y las biografías que en ellos aparecían eran de Shakespeare, Cervantes, Freud y algunos más. Ahora solo leemos la biografía del futbolista de

turno, la reina de los braguetazos o el adolescente lleno de granos y flequillo colgante.

El locutor sonrió al escuchar la última frase de Carlos y le hizo un gesto alzando el pulgar con el que le indicaba que estaba completamente de acuerdo con su teoría que muy pocos serían capaces de decir en voz alta y mucho menos en una emisora de radio.

—Hemos llegado al final del programa de hoy —anunció el locutor con el rostro cerca del micrófono y el dedo índice de su mano derecha situado sobre el ratón para apretar el botón con el que dar entrada a los anuncios publicitarios que servían de frontera con el programa de radio emitido a continuación—. Quiero dar las gracias a Carlos Bonachía, autor del *bestseller* «La verdad» por acompañarnos y por iluminarnos con tanta claridad.

—Muchas gracias a ti por invitarme a tu programa y a tus radioyentes por escucharme. Ha sido un placer.

El locutor apretó el botón izquierdo del ratón e hizo un movimiento con la mano para indicar que el programa había terminado. Se quitó los cascos y los dejó en su soporte sobre la mesa. Carlos se puso en pie al mismo tiempo que el locutor.

—Muchas gracias por venir, Carlos. Ya sé que estás muy liado con tu propio programa como para acudir también al mío.

—De nada. Ha sido toda una experiencia.

Se dieron la mano y, al salir, la recepcionista se acercó a Carlos, sacó un libro de una bolsa y se lo tendió para que se lo firmara. Carlos se fijó en la bolsa y se dio cuenta de que mostraba publicidad de una papelería cercana a la estación de tren por lo que dedujo que la recepcionista había acudido a toda velocidad a comprar el libro con la idea de pedirle una dedicatoria. Carlos se acercó al mostrador, extrajo un bolígrafo del bolsillo interior de la chaqueta y escribió una emotiva dedicatoria a la recepcionista que, nada más leerla, se ruborizó y sonrió feliz.

—Muchas gracias por la dedicatoria.

—Gracias a ti —respondió Carlos con la misma frase escueta que utilizaba cuando algún lector le daba las gracias por escribir o por una simple dedicatoria.

Se despidió con un gesto de la mano y salió a la calle. Miró el reloj de pulsera y comprobó que aún quedaba casi una hora para el programa de radio que él mismo presentaba y donde hablaba de filosofía, literatura y, sobre todo, de la mente humana. La emisora donde él pasaba cada tarde no se encontraba lejos de la de la competencia, por lo que decidió tomar un café y repasar sus notas antes del programa. En una cafetería cercana se sentó en la terraza y pidió un cortado. Sacó unos pocos papeles de la cartera y los extendió sobre la mesa. Miró a uno y otro lado y comprobó la cronología del

tiempo que marcaba cada una de las entradas del programa de una hora y donde, de tanto en tanto, entrevistaba a algún amigo o conocido especializado en un tema en concreto que se escapaba a sus amplios conocimientos. De hecho, le había pedido a Abraham que acudiera a su programa como profesor de Filosofía, para hablar del estado actual de la juventud con relación a la ciencia a la que ellos habían decidido dedicarse, pero él parecía reacio a hablar en la radio.

La tarde pasó con la misma rutina de siempre. Nada más terminar el café, recogió los papeles, los ordenó y se acercó a la emisora donde fue recibido por Sara, la recepcionista y secretaria, que se encargaba desde tiempos inmemoriales de organizar toda la parrilla de emisión sin cometer un solo error. Como solía ser costumbre en ella, acompañó a Carlos hasta el estudio de grabación y lo dejó allí para que colocará todos sus papeles y notas sobre la mesa mientras ella vigilaba al técnico que se encargaba de dar entrada y salida a cada uno de los programas. Cuando quedaban tan solo dos minutos para que Carlos entrara en antena, el técnico le hizo un gesto para que estuviera atento. A diferencia de lo que ocurría en la emisora de la competencia, ellos tenían los suficientes medios como para contar con un técnico que se encargaba de dar entrada y salida a los programas, emitir las correspondientes cuñas publicitarias y, sobre todo, socorrer a los locutores cuando el programa se ponía calentito o entraban en un bucle de descuidos imperdonables. En esos momentos, el técnico se encargaba de amenizar el momento con algún tema musical y daba tiempo a que el programa en emisión volviera a reconstruirse y a que el locutor tomara las riendas de la emisora.

Carlos tuvo una emisión tranquila y sin problemas. De hecho, hubo algún instante en el que él mismo comenzó a aburrirse y decidió hacer el gesto con el pulgar mirando hacia abajo para introducir una cuña publicitaria y tomar esos minutos para reconducir el programa hacia temas más interesantes. Salió de la emisora una hora después y caminó con tranquilidad hasta la estación de tren. Llegó allí cuando todavía quedaban cinco minutos para la llegada del tren que tomaba cada tarde en dirección hacia su casa.

Una vez en el tren se sentó en uno de los vagones intermedios y cerró los ojos en cuanto se puso en marcha. El traqueteo del vagón lo relajaba y le hacía sentir bien. Tan solo eran dos estaciones hasta su casa y, aunque estaba deseando ver a su mujer y a su hijo, necesitaba unos minutos más de tranquilidad. Sobre la marcha, decidió continuar en el tren durante unas pocas paradas más e intentar echar una corta cabezada que sabía que le sentaría muy bien. Esa decisión lo cambió todo y le acercó a su destino que no era otro que un cuaderno olvidado. En Pinar de las Rozas se sentó una joven con uniforme de enfermera muy cerca de donde él estaba acomodado y, con los ojos

entornados, pudo ver que lo miraba con cierta curiosidad. Carlos no le prestó demasiada atención y cerró los ojos de nuevo. Los abrió nada más salir de la estación de Pitis y, para su sorpresa, la enfermera no estaba, pero, en su lugar, vio un objeto de color negro que hizo que se incorporara en su asiento y se pusiera de pie como si tuviera un resorte en las rodillas. Era un cuaderno… era su cuaderno.

Lo cogió lo más rápido que pudo y, con él en las manos y temblando ligeramente, bajó del tren en la estación de Mirasierra, cambió de andén y esperó ansioso la llegada de un tren que lo llevara de nuevo hacia su casa. Estaba deseando abrir el cuaderno para ver si había algo más escrito en su interior, pero decidió esperar a encontrarse sentado en el tren de vuelta. Tardó casi diez minutos que se le hicieron interminables, aunque, pasado ese tiempo, el tren llegó y pudo, al fin, sentarse en uno de los vagones y abrir el cuaderno por la primera página. Fue pasándolas una a una hasta llegar al final del capítulo que él mismo había escrito un par de meses antes. Con pulso tembloroso pasó la última página y sus ojos se abrieron de par en par. Una tal Irene había continuado la historia, pero no solo ella. Descubrió unos pocos capítulos también firmados por unos cuantos desconocidos que habían decidido dejar un granito de arena en ese cuaderno hasta formar una gran montaña. Decidió guardar el cuaderno y leer la historia por la noche, en la soledad de su despacho.

Llegó a su casa poco después y pasó el resto de la tarde jugando con su hijo, aunque no podía dejar de pensar en el cuaderno y en la historia que había escondida en su interior. Nada más cenar se refugió en la soledad de su despacho donde pudo, al fin, leer la historia que unas pocas personas habían escrito. Se recreó en cada una de las palabras y, una vez terminada la lectura, se sentó en uno de los sillones de la salita y cerró los ojos. En todos los capítulos sentía el alma de la persona que lo había escrito. Si bien se veían las carencias literarias en esos relatos, el amor impregnaba cada una de las páginas. Sin conocer a esas personas podía llegar a imaginar lo que cada uno de ellos pensaba o sentía.

—¿Estás bien?

Su mujer apareció en el despacho tras dormir a Ezequiel y se sentó en el sillón restante como solía hacer, de vez en cuando, en aquellos momentos en los que veía a su marido dubitativo o algo perdido.

—¿Te acuerdas de aquel cuaderno del que te hablé?

—¿El que dejaste en el tren?

—Sí. Hoy lo he encontrado de nuevo y en él han escrito una historia especial.

—¿Una única persona?

—No. Varios capítulos escritos por personas diferentes.

Carlos se levantó del sofá, se acercó a su mesa, cogió el cuaderno y se lo acercó a su mujer. Ella leyó por encima lo que había sido escrito en el cuaderno y lo dejó sobre una mesita auxiliar.

—¿Qué vas a hacer?

—Aún no lo sé. He llamado a Abraham y he quedado mañana con él para enseñárselo. Ya sabes que él defiende la teoría de que la bondad no existe.

Ella se levantó del sofá, se acercó a su marido y le dio un beso tierno en los labios.

—Cualquiera que hubiera vivido contigo se habría dado cuenta al instante de que la bondad existe. No te acuestes muy tarde.

Carlos sonrió y contempló a su mujer mientras dejaba el despacho. Era una mujer excepcional que siempre lo había apoyado y que entendía que él tenía que viajar para promocionar las novelas. El único pero que existía entre ellos dos era Ezequiel y el sentimiento de culpa que no abandonaba a Carlos a pesar de que su mujer intentara convencerlo de que, en lo concerniente a la ceguera de su hijo, no había culpables. Regresó a la mesa y pensó en acostarse, pero se sentía tan excitado por haber hallado el cuaderno que no se veía capaz de conciliar el sueño. Abrió el procesador de textos en el ordenador y comenzó a trascribir cada uno de los capítulos, manteniendo la esencia, pero cuidando los detalles, la ortografía y la estructura lingüística. Se permitió el lujo de adornar los relatos por aquí y por allá, pero lo justo para darles una calidad literaria que no poseían. La experiencia como escritor le permitía ver más allá de las palabras y se veía capaz de mantener el sentimiento en esos capítulos sin desmerecer la labor de sus autores. A las cuatro de la mañana se quedó dormido sobre el escritorio.

Lo despertó su mujer a las ocho de la mañana para anunciarle que se llevaba a Ezequiel al colegio y Carlos se puso en pie y, tras despedirse de su mujer y de su hijo, se dio una reconfortante ducha, desayunó un café cargado y un par de cruasanes y, con el cuaderno en su portafolios, salió de su casa y caminó hasta la estación de tren. Cuarenta minutos más tarde descendía en la estación de Sol. Salió a la calle y caminó con parsimonia por las callejuelas del Madrid de los Austrias hasta llegar a la cafetería Valor donde se sentó en una de las mesas exteriores y esperó la llegada de su amigo. Abraham, como solía ser costumbre en él, llegó diez minutos tarde. Se sentó a su lado y pidió un café y una ración de churros incluso antes de saludarlo.

—Buenos días. Me imagino que no me habrás hecho madrugar para invitarme a desayunar —comentó con el rostro cansado y gafas oscuras que protegían sus ojos de la luz del día—. Anoche salí a cenar con unos amigos y me he acostado tarde.

Carlos, sin contestar, sacó el cuaderno de su portafolios y lo dejó

sobre la mesita. Abraham se levantó ligeramente las gafas y las dejó de nuevo sobre el puente de la nariz.

—¿Eso qué es?

—Es la prueba de que la bondad existe.

Abraham cogió el cuaderno con renovado interés, lo abrió por la primera página y comenzó a leer la historia. En el capítulo segundo llegó el café y los churros y en el cuarto el café ya estaba frío y los churros seguían esperando. No pudo dejarlo hasta terminar con el último de los capítulos. Se lo entregó con solemnidad a Carlos y pidió otro café. Esperó a tener el líquido humeante frente a él para comentar algo sobre el cuaderno olvidado, como lo llamaba Carlos.

—Es interesante.

—¿Solo interesante?

—Es evidente que no. Se ve el estilo de cada una de las personas y se podrían decir muchas cosas sobre ellos tan solo estudiando su grafía y poco más. Hay un reflejo de las personalidades y la experiencia adquirida en esos capítulos. De verdad, estoy sorprendido.

—Hay mucho más en ello. Es evidente que he podido demostrar que la honestidad y la bondad existen. Gente dispuesta a continuar una historia de amor y que son capaces de seguir unas instrucciones muy claras para el bien de la historia. Pero hay mucho más en ello.

—¿Cómo qué?

—¿No te has dado cuenta? El primer capítulo lo escribí yo y dejé un personaje en el aire para que cualquiera escribiera sobre él.

—¿Te refieres al hombre que mira a Gabriel cuando está tocando en la calle?

—Exacto. Lo puse ahí para confirmar una de mis teorías. Por si no te has dado cuenta, las personas que han escrito estos capítulos se centran en las historias que a ellos les podía aportar algo. Este hombre misterioso tan solo era eso; un hombre misterioso. Nadie ha escrito sobre él porque han preferido dar vida a bonitas historias de amor con las que alimentar su propia existencia.

Abraham se mesó la incipiente barba al tiempo que su mente volaba a una velocidad vertiginosa. Al igual que le pasaba a Carlos, se había acostumbrado a analizar todo lo que le rodeaba desde un punto de vista analítico en el que los sentimientos solo eran una forma «baremable» de la condición humana y así era como lo veían. Unos minutos de silencio que Carlos respetó con la solemnidad de quien sabe que instantes así son necesarios para un filósofo.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—No lo tengo muy claro. Me gustaría enseñarle esta historia a mi editor y que me dé su opinión. Quizá pueda escribir algún tratado sobre la condición humana y ponerlo como ejemplo. De verdad que me encantaría que otros pudieran leerlo.

—Tendrías que explicar todo esto que hemos hablado y defender la existencia de la bondad ante los que pensamos que no es todo tan sencillo.

Carlos miró a su amigo, sonrió y se encogió de hombros. Se puso en pie y miró hacía la Gran Vía recorrida por un buen puñado de personas. Unos segundos después volvía a mirar a su amigo.

—Yo tampoco pienso que es sencillo ser bueno, pero mi hijo me ha demostrado que defender la existencia de la bondad en mucho más fácil de lo que pensamos. Gracias por todo, Abraham.

—Gracias a ti, amigo mío. Espero que nos veamos pronto.

—Eso seguro.

Carlos cogió su portafolios, se lo colocó debajo del brazo y comenzó a caminar en dirección hacia la Plaza de España. Un poco antes de llegar entró en uno de los portales que tenía la cancela abierta y donde un hombre regaba unas pocas plantas. Se acercó a los ascensores y apretó el botón de subida. Poco después entraba en una de las oficinas de la planta séptima donde una mujer de mediana edad, pelo oscuro y recogido en un moño, lo saludó con educación y lo invitó a sentarse mientras avisaba a su editor. Un hombre grueso, de pelo engominado y gafas de alta graduación salió de uno de los despachos con la mano ya tendida y, en cuanto lo vio, se acercó a él y lo saludó.

—Carlos, ¡qué sorpresa! ¿Qué te trae por aquí?

—Quería que leyeras algo.

—¿Ahora?

—Será solo un momento.

El editor le hizo un gesto a Carlos con la mano para que entrara en su despacho y, una vez allí, le entregó el cuaderno. A pesar del ceño fruncido del editor, Carlos lo invitó a leer. Ambos se sentaron y, mientras el editor recorría cada una de las frases del cuaderno, Carlos esperó pacientemente. Al terminar, el editor cerró el cuaderno, lo dejó sobre la mesa de su despacho y miró al escritor con extrañeza.

—¿De qué va esto? Es una historia bonita, pero escrita de una forma muy rara. Cada capítulo parece escrito por una persona diferente.

—Es que han sido escritos por personas diferentes.

Carlos le explicó a su editor con pelos y señales todo lo ocurrido desde que hablara con Abraham en la Facultad de Filosofía dos meses antes y decidiera poner en práctica el experimento del cuaderno olvidado. Quizá una mente más obtusa no hubiera visto más allá de lo que parecía una absurda historia pero el editor estaba más que acostumbrado a distinguir la simple morralla de lo que realmente podía ser vendible en el mundo literario. Carlos Bonachía era un escritor admirado y respetado y cada uno de sus escritos era analizado

por infinidad de compañeros de profesión y estudiado por otros tantos que se veían reflejados en una mente privilegiada como la suya. Quizá la historia que escondía el cuaderno olvidado no fuera la mejor del mundo en lo que a calidad literaria se refería, pero lo que Carlos quería mostrarle al mundo era mucho más de lo que parecía. Se sentía intrigado pero no quería que la historia escondida quedara parapetada tras un tratado sobre la bondad humana por lo que tomó una decisión arriesgada sobre la marcha. Rumió durante un par de minutos lo que daba vueltas en su mente antes de compartirlo con el escritor.

—He pensado una cosa. Me gustaría publicar esta historia, pero no como acompañamiento de un tratado o algo así. No me gustaría que pasara sin pena ni gloria.

—¿No es demasiado corta?

—Bueno, puede serlo, pero me da igual. Tú escribe un buen prólogo para esta historia donde hables de la bondad y del experimento y yo me encargo del resto.

—¿Y si no se vende?

—Bastante hemos ganado contigo como para no poder arriesgarnos con esto. Trabaja un poco con la historia y, cuando la tengas, me la muestras.

—Ya empecé anoche. Estoy en ello.

—Entonces, ¿nos vemos la semana que viene?

—Perfecto.

Carlos guardó de nuevo el cuaderno en el portafolios, se despidió de su editor, salió del despacho y abandonó el edificio poco después. Una vez en la Gran Vía pensó en dar un paseo pero otra idea fugaz cruzó por su mente como un relámpago. Sin darse cuenta de lo que hacía sonrió y comenzó a caminar a toda velocidad hacia la estación de tren de Sol. Una vez allí cogió el primero de los trenes que iban hacia la Sierra de Madrid, se sentó con el codo apoyado en una de las ventanillas y volvió a sacar el cuaderno del portafolios. Leyó una vez más la historia de Gabriel y Verónica y se maravilló de lo que la mente humana podía llegar a crear. Esa historia de los jóvenes y de sus familiares le devolvía la confianza en el género humano que había perdido hace mucho y, por encima de todo, las ganas de vivir y de compartir cada segundo que pudiera con sus seres queridos. Bajó en la estación de Torrelodones, salió de la estación y caminó a toda prisa hasta el colegio donde cada mañana su esposa dejaba a Ezequiel. Llamó al timbre y una de las cuidadoras de refuerzo salió a abrir la puerta.

—Buenos días.

—Buenos días. Venía a recoger a mi hijo. Ezequiel Bonachía.

—¿De qué curso?

—Tercero de infantil.

—Ahora lo traigo. Mientras tanto rellene esto, por favor.

Carlos escribió sus datos y los de su hijo en la hoja de autorización y esperó con paciencia durante unos minutos. Poco después vio a su hijo llegar de la mano de la cuidadora con su mochila a la espalda y el corazón se le encogió de gozo. Su hijo, con los ojos blancos como la nieve, se detuvo un instante, movió la cabeza de forma casi imperceptible y echó a correr hacia donde su padre se encontraba.

—¡Papi!

Carlos cogió a su hijo al vuelo y lo abrazó con fuerza. Sin mirar atrás salió del colegio con Ezequiel agarrado de la mano y con la sensación de haber hallado en él a su mejor amigo. Lo miró de reojo con infinito amor y suspiró sintiéndose feliz como nunca. La historia escondida en el cuaderno olvidado le había tocado el alma, y su corazón, al fin, había comenzado a latir al compás del de su hijo.

Un año después…

Irene

Un nuevo paseo, una nueva carga, la misma responsabilidad de cada día… A pesar de continuar con el mismo trabajo denigrante e insufrible, la decisión de retomar las clases de inglés en la Escuela Oficial de Idiomas había sido lo mejor que le había pasado en los últimos dos años. No tenía relación con ninguno de sus compañeros de clase, pero la ilusión con la que había comenzado las clases podía competir con cualquier intercambio social con el que alimentar las tardes tristes y solitarias.

Día trás día repetía la misma pauta hasta convertirla en rutina, pero no le molestaba lo más mínimo, ya que le entregaba un mínimo atisbo de equilibrio en su vida. Nada más salir del centro comercial donde continuaba trabajando, subía al tren donde aprovechaba el tiempo leyendo y dejándose transportar a lugares remotos en los que vivir historias maravillosas. Visitaba a su madre todos los días y allí pasaba unas pocas horas que solían ser unos escasos minutos de empatía, risas y amor y muchos de gritos, dolor y una distancia infranqueable. El Alzheimer había hecho de las suyas en el cerebro de su madre y ahora apenas la reconocía, aunque para Irene cualquier mínimo instante de reconocimiento por parte de su madre significaba un mundo.

Cada tarde, tras dejar a su madre con una de tantas cuidadoras que habían ido pasando por un hogar difícil, tomaba de nuevo el tren y volvía al pueblo donde vivía para asistir a la Escuela Oficial de Idiomas. Una hora de inglés para continuar con su tarea en la habitación que tan solo había sido usada para conciliar el sueño, pero que ahora se había convertido en un lugar de estudio decorado con pósteres de Londres, Escocia e Irlanda. El Big Ben aparecía junto a las ruinas de Urquhart Castle en el lago Ness y ambos carteles se veían enfrentados por otro de los acantilados de Moher donde la verde y frondosa Irlanda quedaba representada.

El mundo anglosajón había entrado en su vida con tal fuerza que se había convertido en un estilo de vida. A falta de algo con lo que motivar su existencia, la rutina de tomar el té a las cinco de la tarde y alguna que otra pinta de cerveza en un pub irlandés del pueblo se habían implantado en su vida como si siempre hubieran estado allí.

Soñaba con viajar a Inglaterra, recorrer las islas británicas y perderse en las verdes praderas de los Highlands o en los pueblecitos pintorescos y acogedores de la península de Howth. Ahorraba cada euro que ganaba y que no utilizaba en el día a día y dedicaba horas y horas al estudio del inglés, idioma que veía como herramienta con la que acercarse a su sueño.

Pero, a pesar de todo, se sentía sola y añoraba poder compartir ese sueño con alguien que realmente significara algo para ella. Su madre había dejado de ser una persona comunicativa y los compañeros de trabajo tan solo eran personajes que compartían con ella su particular cuento de terror y que desaparecían en cuanto las páginas de ese cuento volvían a cerrarse un día sí y otro también. Había esperado encontrarse en la Escuela de Idiomas con jóvenes en la misma situación que ella, pero los únicos que iban a clase eran adolescentes frustrados a los que parecían obligar a asistir a las clases de inglés y que perdían el tiempo de tal forma que a la propia Irene le daba rabia por el esfuerzo que ella había tenido que hacer para matricularse en la escuela. Chicos a los que, con toda seguridad, sus padres obligaban a asistir a clases de inglés, pero que no veían en ellas más que un tiempo perdido y no una oportunidad para aprender un idioma con el que abrirse infinidad de puertas y, en el mejor de los casos, lograr un sueño lejano pero realizable.

Esa misma mañana había acudido a una agencia de viajes ubicada en el centro comercial donde trabajaba y se había hecho con una buena cantidad de catálogos y folletos que llevaba guardados en la mochila y que estaba deseando extender en una de las mesas del pub irlandés para regodearse en un sueño lejano, pero posible. Llegó al pub a media tarde y miró el reloj antes de sentarse frente a una de sus mesas. Pidió una cerveza tibia y sacó los catálogos y folletos de la mochila. Junto a ellos dejó una agenda con su nombre por si necesitaba anotar algo importante. Uno de aquellos catálogos llamaba poderosamente su atención. En la portada se veían unas vastas extensiones de terreno rocoso adornado por el verde típico de las tierras sajonas y el mar al fondo con la línea del horizonte acariciada por un sol a punto de desaparecer. Acarició la portada plastificada con la punta de los dedos y abrió el folleto por la primera página con la respiración entrecortada por la emoción. Sabía que su comportamiento era algo infantil, pero no podía evitarlo. Aquella sensación le recordaba a la misma que había experimentado de niña la noche de Reyes por el juguete a punto de recibir, pero que aún no había llegado y no podía encontrar debajo del árbol. Sabía que le quedaba mucho tiempo hasta poder disfrutar del sueño de viajar a las islas británicas pero también tenía muy claro que, cada día que pasaba, le quedaba una jornada menos para cumplir ese sueño.

El camarero le trajo la cerveza y ni tan siquiera se preocupó por lo que estaba haciendo. Su aspecto distaba mucho del que ella imaginaba en cualquier británico y su sensación se reafirmó cuando el joven camarero saludó a un cliente y dejó claro su acento sudamericano. No le importaba quién trabajara y quién no en un pub pero, en cierta medida, se sintió engañada por el hecho de que el camarero de un pub irlandés no fuera británico. La campanilla de la puerta sonó y un joven pelirrojo entró en el local y se sentó en una de las sillas próximas al lugar que ella ocupaba. Le echó una rápida mirada y, además de por su aspecto, supo que era británico en el momento en el que sacó un libro con el título en inglés y comenzó a leerlo. A él también le trajeron una cerveza y, mientras saboreaba el líquido algo más oscuro que el de Irene, se entretuvo leyendo el libro de la portada en inglés.

Irene volvió a echarle un vistazo rápido y le dio la sensación de conocerlo de algo. No sabía de dónde pero tenía claro que lo había visto en algún otro sitio. Era un joven interesante, aunque no podía decir que fuera especialmente guapo. Sus ojos azules y algo tristes le recordaban a los de Hugh Grant pero el aspecto era mucho más parecido al del príncipe Harry al que había visto en televisión, tiempo atrás, el día de su boda. Intentó no pensar más en ello para centrarse en los folletos de viajes y en la cerveza tibia a la que había logrado acostumbrarse después de mucho tiempo de insistencia. Por alguna extraña razón, intentaba adoptar las rutinas y costumbres anglosajonas de la cultura que tanto le apasionaba.

Fue pasando página a página por cada uno de los circuitos recomendados por la agencia de viajes y se detuvo en uno que le llamaba poderosamente la atención. Una ruta de casi un mes de duración para recorrer buena parte de la campiña inglesa, los terrenos del norte hasta llegar a las tierras altas escocesas, sin olvidar los paisajes inolvidables de País de Gales y su adorada Irlanda, sin discusión, la isla donde le gustaría vivir y un lugar para perderse y volverse a encontrar. Intentó no desplazar su vista hacia el lugar donde el precio del circuito se mostraba con letras rojas como si de la corrección de un examen se tratara. Las fotografías eran espectaculares y la descripción de la planificación diaria del viaje no podía ser mejor, pero muy lejos quedaba la cifra de lo que ella podía permitirse. Ya había investigado y sabía que los vuelos no eran demasiado caros pero alojarse en las islas británicas era otro cantar. Las posibilidades infinitas que se daban en la Península Ibérica contrastaban con la escasa oferta de alojamientos baratos en Inglaterra o en Irlanda.

Con la mirada fija en la revista y con sus dedos resbalando por cada una de las páginas dio buena cuenta de la cerveza tibia. Reclamó

la atención del camarero y pagó la consumición. Miró el reloj y comprobó que quedaba poco más de media hora para su clase de inglés por lo que se puso en pie, guardó las revistas de viajes en la mochila y salió del pub irlandés no sin antes dirigir una última mirada al chico pelirrojo que parecía observarla con cierto interés. No supo por qué, pero percibió que su mirada era penetrante y se sintió algo incómoda. Salió del local y comenzó a caminar en dirección al rio para cruzar por debajo de las vías del tren y enfilar la cuesta que conducía hasta la Escuela Oficial de Idiomas. Unos pasos más allá escuchó a su espalda la campanilla de la puerta del pub irlandés y se dio la vuelta como si llevara un resorte en la cintura. El chico pelirrojo acababa de salir del bar y comenzaba a caminar hacia donde ella se encontraba. Se puso de nuevo en marcha, pero con el corazón latiendo a mil por hora en su pecho. Normalmente se cruzaba a esa hora con unos pocos vecinos del pueblo que paseaban despreocupados, pero aquella tarde los avatares del destino o, sencillamente, la casualidad más cruel quiso que las calles parecieran desiertas.

Para asegurarse de que el chico de pelo cobrizo recorría el mismo camino que ella giró a la izquierda en la primera calle que encontró tras cruzar la plaza donde cada martes y cada viernes se instalaba el mercadillo ambulante y después volvió a girar a la derecha en la glorieta del ambulatorio. La calle comenzó a descender en dirección hacia las vías del tren y el río que recorría el pueblo de punta a punta y ella aprovechó uno de los pasos de peatones para detenerse y echar un rápido vistazo a su espalda. El chico pelirrojo caminaba a unos cuantos metros detrás de ella y parecía seguirla. Todas las alarmas se le encendieron y, en cuanto cruzó el paso de peatones, pasó por debajo de las vías del tren y aceleró el paso en dirección a la Escuela Oficial de Idiomas. Las farolas de la vía acababan de encenderse, pero aún no iluminaban lo suficiente como para luchar contra la penumbra que había comenzado a levantarse a su alrededor tras la puesta de sol.

Llegó a la última glorieta antes de enfilar la cuesta que llevaba hasta la escuela y, junto a uno de los colegios de la zona, vio a un hombre que permanecía inmóvil apoyado en uno de los coches aparcado frente al centro educativo y con un cigarrillo encendido en una de sus manos. Miró hacia atrás, pero no vio al joven pelirrojo que, o bien había cambiado de recorrido, o se había entretenido. Le luz verde de uno de los semáforos se encendió y el rostro de la persona que esperaba apoyada en el vehículo se iluminó. Irene estuvo a punto de soltar un grito y pensó en echar a correr en dirección al pueblo, pero no quería mostrar temor ante el hombre que había arruinado su vida. El encargado del centro comercial la miraba con un brillo extraño en los ojos y se dio cuenta de que la estaba esperando en una

calle solitaria y oscura. Era evidente que había investigado su rutina y sabía que cada jueves tomaba una pinta de cerveza en el pub irlandés y que a media tarde caminaba hasta la Escuela Oficial de Idiomas por esas calles poco transitadas y mal iluminadas. Al llegar a su altura aceleró el paso, pero el encargado del centro comercial dio un paso rápido y la obligó a detenerse.

—Al fin solos —dijo en un susurro y logrando que a Irene se le pusiera la carne de gallina—. En el trabajo parece que me rehúyes, pero ahora no estamos en el trabajo. ¿A qué no?

Irene intentó dar media vuelta para huir del hombre que la había violado unos años antes destrozando la poca dignidad que le quedaba y la seguridad que una mujer parecía poder mostrar en un mundo masculino y machista donde la violencia de género se consideraba el pan nuestro de cada día. Apretó los dientes al ver cómo un hombre que paseaba a su perro cerca de donde ellos se encontraban, en lugar de ayudarla, tiraba de la correa de su mascota para alejarla de allí y, de paso, alejarse él mismo del problema. Pasó junto al encargado y olió el aroma dulce e inconfundible del *whisky* barato que tenía por costumbre guardar en una de las mesas de su pequeño despacho. No pudo ni alejarse un metro de él antes de sentir una zarpa fuerte agarrar su brazo derecho y apretar sin lástima alguna. Irene hizo todo lo posible por zafarse del encargado pero le fue imposible. Pensó en gritar pero nadie podría escucharla en una calle desierta donde los vecinos parecían haberse confabulado para dejarla sola y abandonarla a su suerte. Se vio acorralada entre el cuerpo del encargado y la pared que separaba la vía pública del patio del colegio. Todo estaba perdido y creyó morir.

Harry

Las verdes praderas se veían remarcadas por el refulgente sol del atardecer y una niña del pelo cobrizo como el suyo corría hacia él con los brazos alzados. Llevaba un vestido blanco que se movía ondeado por el viento al igual que su larga cabellera y su sonrisa brillaba bajo el sol al igual que sus ojos turquesa como el mar que rompía en los acantilados. Harry dio un paso hacia ella con los ojos inundados por las lágrimas y balbuceó su nombre sin ser capaz de romper el lazo que atenazaba su garganta. Se sintió renacer y la felicidad que le había resultado esquiva en los últimos años volvió a él y lo acarició como una sábana de seda. Miró las manos de la joven y sintió el deseo de tomarlas entre las suyas para sentir su piel suave y los latidos de su corazón.

—Liz…

La joven de pelo rojo se detuvo a pocos pasos de donde él la esperaba y volvió la cabeza hacia los acantilados. Harry abrió la boca para llamarla de nuevo, pero ella no le dio oportunidad. Antes de poder reaccionar corrió hacia las rocas y se lanzó al mar sin tan siquiera mirar atrás. Harry se dejó caer sobre el frío suelo y, de rodillas, comenzó a temblar.

—Liz. Liz. ¡Liz!

Abrió los ojos y se encontró sobre la misma cama donde llevaba durmiendo un año. Se incorporó e intentó que su corazón latiera a menor velocidad. Parecía que quisiera salírsele por la boca y no pudiera hacer nada para remediarlo. La puerta de su habitación se abrió y entró una niña como un torbellino. Tomó carrerilla y se lanzó sobre la cama.

—¡Qué voyyyyy!

Harry se encontró con una cría que, nada más aterrizar sobre la cama, se lanzó a por él e intentó agarrarse a su cuello. Él se puso en pie, sujetó a la niña por uno de sus tobillos y la levantó todo lo que le permitieron los veinticinco kilos que pesaba. Nayara intentó revolverse pero, al ver que no podía hacer nada desde esa posición con la cabeza hacia abajo, cruzó los brazos y esperó.

—¿Las paces? —preguntó Harry que ya conocía cómo debía tratar a la niña. Pasara lo que pasase, la única forma de que se

calmara era ofrecerle la paz aunque no tuviera culpa de nada.

—Las paces. —Nayara se sentó sobre la cama y cruzó las piernas en plan indio—. ¿Por qué gritabas?

—¿Yo gritaba? No gritaba.

—Si gritabas.

—No gritaba.

—Estabas llamando a tu hermana.

Harry levantó la cabeza al escuchar la última afirmación en un tono algo más grave y vio que provenía de la más sensata de las tres hermanas que, como solía ser costumbre, no era otra que Roberta. La chica, en ese último año, se había acostumbrado al nombre puesto por sus padres de tal manera que había decidido que todo el mundo la llamara de ese modo. Cuando alguien le decía que su nombre era feo o raro ella respondía utilizando los mismos argumentos que Harry le había mostrado el día que se habían conocido.

—Es verdad que estaba soñando con ella.

—¿Y qué soñabas? —preguntó Roberta al tiempo que se sentaba en la cama junto a su hermana.

—Que estábamos en Irlanda y ella corría hacia mí. Yo la esperaba con los brazos abiertos pero, en el último momento, ella daba la vuelta y se lanzaba al mar desde lo más alto de los acantilados.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé. Nunca he entendido el mundo de los sueños y mucho menos cuando tiene algo que ver con mi hermana. La echo mucho de menos, pero no comprendo por qué querría tirarse al mar. Ella nunca hubiera huido de mí.

—Quizá lo que quería era volar.

—No seas tonta, enana.

—No soy una enana.

—Sí que lo eres.

—Ya tengo seis años.

Harry carraspeó y las dos chicas detuvieron su discusión en el preciso instante en el que una joven mayor que sus dos hermanas hacía acto de aparición.

—Tengo claro lo de tonta y lo de enana pero no lo de quién quería volar —preguntó Brenda dejándose caer sobre la cama del irlandés con la misma confianza que habían mostrado sus hermanas.

—Harry ha soñado con su hermana pero ella se lanzaba por un acantilado —explicó Roberta—. La enana dice que lo mismo quería volar.

—No soy una enana.

—Puede ser —argumentó Brenda que solía jactarse de entender de esoterismo—. El mundo de los sueños es muy complejo. Si sueñas

con que tú vuelas puede ser que quieras huir de algo pero si otra persona vuela para alejarse de ti también puede significar que quiere darte libertad.

—¿Y eso qué quiere decir? —inquirió Harry algo confuso.

—Que esta es más tonta que Pichote.

—A que te meto.

—A que no.

—Chicaaaas.

Las dos hermanas mayores se callaron y Brenda resopló un par de veces antes de continuar recitando su teoría.

—Yo creo que tu hermana quiere que te liberes de esa carga emocional que llevas sobre los hombros. Parece que tú te culpas de algo, pero ella no lo ve así allá donde esté.

Brenda guardó silencio y sus hermanas la miraron como si el cerebro no le funcionara correctamente. Harry meditó un instante la explicación de la joven y se encogió de hombros sin atreverse a reconocer que ella podía tener mucha más razón de la que podría imaginarse. De alguna forma, él se culpaba por la muerte de su hermana, pero, por encima de todo, por no haber estado a su lado el día en el que su corazón dejó de latir. Una locura de adolescente que lo llevó con una tienda de campaña y acompañado de dos amigos lejos de su hermana para desconectar del dolor que inundaba su casa, pero sin saber que no iba a volver a verla nunca más. Decidió que podía ser un buen momento para cambiar de tema.

—¿Y tú que tal en el instituto? —le preguntó a Brenda sin saber si ella deseaba contar algo sobre el lugar donde pasaba la mayor parte del día.

—Pues resulta que Amanda ha comentado que Miguel no quiere saber nada de mí porque un día lo vieron agarrado de la mano de Raquel, pero ella se defiende porque dice que es Cristian el que le gusta y que Lorena va detrás de él aunque yo sé que Lucas es el que le gusta. A mí lo que me queda claro es que a Sebas le gusta Raquel, pero ella piensa que la que está loquita por él soy yo, aunque a mí me gusta Miguel pero está lo de María que es para mear y no echar gota…

—Bueno, yo tengo deberes del cole.

—Yo tengo que ver los dibujos.

—Yo tengo que irme porque llego tarde a la Escuela Oficial de Idiomas.

Brenda se levantó de la cama con el ceño fruncido, pero no tardó en volver a su antigua expresión al ver que Harry se detenía en la puerta de la habitación para darle uno de sus sabios consejos.

—No sé qué es lo de María, pero creo que deberías dedicarle más tiempo a Miguel y menos a los demás. Por lo que me has contado, parece un buen chico.

Brenda sonrió y le dio un beso tierno en la mejilla. Harry tenía por costumbre racionalizar los problemas de la joven y su cabeza alocada que solía funcionar como un molinillo de café se ralentizaba y de esos momentos de inspiración salían sus mejores ideas.

Harry se despidió de la madre de las chicas que trabajaba en el salón y salió de la urbanización caminando tranquilamente. Le había soltado a Brenda la mentira piadosa de su retraso cuando la realidad era que le gustaba ir un poco antes para tomarse una cerveza en el pueblo antes de dirigirse a la escuela. Llegó a la estación en el preciso instante en el que llegaba uno de los trenes que conducían a Collado Villalba. Se sentó junto a una de las ventanillas y, como solía pasarle desde hacía poco menos de un año, buscó en los asientos un cuaderno de tapas de color negro. Sacudió la cabeza y sonrió con cierta añoranza. Cada día recordaba aquella jornada en la que se había mudado a la casa donde ahora vivía y de lo ocurrido con las chicas cuando sus padres habían decidido echarlo a la calle. Ahora había abandonado el sistema de intercambio y pagaba un alquiler religiosamente. Los padres de las tres chicas habían descubierto en él a un gran conversador que se preocupaba mucho por sus hijas y que, en las ocasiones en las que ellos decidían salir a cenar o a ver algún espectáculo, se transformaba en una niñera de fiar.

Veinte minutos después bajaba en la estación de Villalba desde donde se dirigió a una de las plazas en la que le gustaba detenerse para tomar una buena pìnta en uno de los locales de moda del pueblo de la sierra. A aquella hora de la tarde, el local se encontraba casi vacío. Tan solo una joven sentada junto a uno de los escaparates y que parecía desenganchada del mundo con la vista fija en unos folletos de viajes. Al pasar a su lado se dio cuenta de que ella observaba con detenimiento una página dedicada por completo a Irlanda. No pudo evitar pensar en que no creía en las casualidades y que cosas como aquella sucedían por algo como si se tratara de un faro en una tormenta que sirviera para guiar a un barco a resguardo. Se sentó unos metros más allá y pidió una *Guiness* como llevaba haciendo media vida. No podía dejar de mirar a la joven de los folletos. Le resultaba una mujer interesante pero que parecía buscar en los folletos de viajes algo más que unas simples vacaciones. Parecía llevar una pesada carga sobre los hombros y quizá por ello daba la sensación de necesitar un lugar a dónde huir en lugar de un páramo donde disfrutar de unos días de asueto. Ella miraba de reojo de vez en cuando hacia donde él se encontraba por lo que sacó un libro de la mochila y lo abrió por la página que tenía marcada. Le costaba concentrarse en la lectura por lo que, cuando la joven se puso en pie, recogió los folletos y pagó la consumición, él apuró la cerveza de un solo trago y se puso también en pie.

Pagó la cerveza en la barra y salió a la calle. En cuanto sonó la campanilla de la puerta ella se dio la vuelta y lo miró con los ojos de un cervatillo asustado. Harry no pretendía comportarse como un acosador por lo que, al comprobar que la desconocida de los folletos comenzaba a caminar por el mismo camino que él recorría cada tarde, se puso en marcha a cierta distancia de ella como si ese hecho fuera lo más natural del mundo. Vio que, tal y como se iban acercando al río, la joven parecía ponerse algo nerviosa lo que hizo que Harry cambiara de acera y atravesara la glorieta a la que acababa de llegar por el lado contrario al que había elegido ella. Al llegar a la altura de la puerta de uno de los colegios de la zona, Harry apuró el paso al ver que la joven desconocida se detenía a la altura de un hombre grueso que parecía esperarla resguardado en la sombra que proyectaban los árboles y que aún no podían iluminar las farolas recién prendidas. Desde el otro extremo del paso de peatones pudo escuchar la voz melosa y repulsiva del extraño desconocido.

—Al fin solos. En el trabajo parece que me rehúyes pero ahora no estamos en el trabajo. ¿A qué no?

Desde donde se encontraba fue capaz de distinguir el gesto de pavor que apareció en el rostro de la joven del pub al escuchar las palabras claramente obsesivas del desconocido. Ella dio un par de pasos para alejarse del hombre pero este fue más rápido y logró engancharla del brazo con su mano ruda y fuerte. La acorraló contra la pared del colegio y acercó su rostro al de ella.

Harry no se lo pensó dos veces y se puso en movimiento en cuanto vio cómo el desconocido acorralaba a la chica de los folletos. No se consideraba un hombre especialmente valiente, pero no podía con las injusticias y tenía claro que no debía quedarse de brazos cruzados. Mientras cruzaba el paso de cebra trazó un plan descabellado en el que él agarraba a la chica y ambos salían corriendo mientras que el agresor se quedaba con un palmo de narices pero nada ocurre como uno imagina. Se aproximó a la escena y se detuvo a un metro de donde ellos de encontraban.

—Irene, ¿ocurre algo? —preguntó con voz serena.

El agresor se separó al instante de la joven y se puso con los brazos en jarra en mitad de la acera como si lo que él estuviera llevando a cabo fuera lo más normal del mundo y el que estaba fuera de lugar fuera el propio Harry.

—¿Y tú quién eres?

Harry dudó un instante hasta que la respuesta correcta visitó su cerebro. Frunció el ceño, apretó los puños e intentó convertirse en un hombre fiero y peligroso.

—Soy su novio. ¿Te parece buena razón para que te parta la cara ahora mismo?

El hombre miró a Irene de reojo, volvió la vista de nuevo hacia Harry y se fijó en los puños apretados. No quería pelea y era evidente que la fuerza se le iba por la boca.

—Yo… lo… lo siento —se disculpó en un balbuceo—. No volverá a pasar.

—Y que no me entere yo de que no la tratas bien en el trabajo. Tengo amigos y son peligrosos.

—De acuerdo. No... no volverá a pasar.

El agresor dio la vuelta y echó a correr en dirección al pueblo sin volver la vista atrás. Harry se acercó a la joven del pub y tendió una mano hacia ella, aunque la retiró al instante.

—¿Estás bien? —preguntó con una franca sonrisa en los labios.

—Sí. Gracias por… aparecer. Creía que tú me estabas siguiendo y al final…

Una lágrima apareció en una de las mejillas de la joven y Harry le tendió un paquete de pañuelos de papel que siempre llevaba en la mochila.

—La verdad es que me fijé en ti en el pub, pero lo de seguirte ha sido casualidad. Soy profesor en la Escuela de Idiomas desde no hace mucho.

—Por eso me sonaba tu cara. Yo voy a clase de inglés.

—Yo doy clases de español para ingleses. La verdad es que soy irlandés.

—¡Me encanta Irlanda! —exclamó ella sin poder disimular su entusiasmo—. Estoy ahorrando para ir allí de viaje.

—Pues ya tienes a un amigo de ese precioso país. Podrías ahorrarte el alojamiento.

Ella frunció el ceño al escuchar lo que evidentemente resultaba una proposición, pero él volvió a sonreír con tal limpieza que ella bajó de nuevo las defensas.

—Allí no tengo casa. Vivo con mis padres, pero ellos seguro que estarían encantados de cederle una de las habitaciones a una chica española.

Ella sonrió a su vez, pero, al recordar un hecho acaecido unos minutos antes, torció los labios en un gesto que no pasó desapercibido para Harry.

—¿Qué ocurre?

—Hace un rato me has llamado Irene. ¿Cómo sabes que me llamo así?

Él sonrió de nuevo y ella se relajó incluso antes de escuchar la respuesta.

—Tienes tu nombre en la agenda. Lo vi en el pub al pasar a tu lado. ¿Ya estás más tranquila?

—Pues sí.

—Por cierto, ¿te apetece tomar un café conmigo?

Ella sonrió y no pudo evitar ruborizarse.

—Tengo clase.

—Yo también. ¿Quedamos dentro de dos horas en este mismo lugar?

—Me parece bien.

Ambos sonrieron al mismo tiempo y se pusieron en marcha como si estuvieran perfectamente coordinados. Harry sabía que había encontrado en esa joven a alguien especial que podía llegar a significar algo en su vida e Irene, que no creía demasiado en las casualidades, sintió que su corazón se encabritaba como un caballo de carreras al ver al irlandés a su lado. Dos corazones que habían comenzado a latir al unísono.

Selene

—Quiero que os portéis muy bien.

El padre de Selene caminaba de un lado a otro de la estación y se le veía muy nervioso. Por el contrario, Beatriz parecía la estabilidad ante la tormenta, el refugio en el que guarecerse cuando el mar amenazaba con golpear con fuerza. Un mar al que habían mentido y al que todos temían. Esa persona no era otra que la madre de Selene.

—Tan solo espero que tu madre no haya visto la nota todavía.

—Antonio, eres un miedica.

Él miró a la mujer con la que se había casado un mes antes y le dio un beso tierno en los labios. Intentó serenarse, pero, a pesar de las palabras significativas de Beatriz, seguía mirando a un lado y a otro y temiendo que su ex mujer hubiera leído la nota que su hija le había dejado sobre la encimera de la cocina. Tenía claro que la mujer que le había hecho la vida imposible durante varios años seguidos era capaz de plantarse en la estación de Atocha para montar una escena.

—Solo quedan veinte minutos para que salga el tren— avisó Javier que parecía aún más nervioso que Antonio—. Deberíamos pasar el control de seguridad.

—¡Hombres! —exclamó Beatriz con el brazo sobre los hombros de su hijastra—. Estáis los dos atacados. Solo os vais unos días a Valencia de camping.

—No es por el viaje sino por el miedo a la bruja piruja.

Antonio se llevó las manos a la cara y puso una cara de pánico total con el que consiguió que las dos mujeres de su vida se echaran a reír. Javier, a pesar del momento distendido, parecía mucho más nervioso que el padre de Selene.

—Es que nunca he visto el mar y estoy un poco…

—¿Ansioso?

—¿Cómo un flan?

—Supongo que todo eso y un poco más.

Selene se acercó a él y le dio un beso en los labios con el que logró que el chico siguiera igual de nervioso y además de avergonzara por besar a la chica delante de su padre. Cogió su maleta y dio un par de pasos hacia el control de la policía. Selene observó esa maniobra y comprendió que su chico necesitaba estar en el tren sentado a su lado

para comenzar a serenarse.

—Os escribimos un whatsapp en cuanto lleguemos al camping.

—Si quieres escribirnos antes de llegar tampoco pasa nada.

—No seas agonías, Antonio. Deja que los chicos se diviertan y tengan un poco de libertad.

—Pues ya verás cuando se entere su madre.

—Tú no te preocupes por ella.

—Solo quedan quince minutos.

—Papá, tranquilo que yo hablo con ella y le explico todo.

—¿Has visto como no es tan complicado?

—Catorce minutos.

—Beatriz, tú eres una mujer valiente pero yo…

—Tú eres un cacho de pan y por eso te quiero.

—Trece minutos.

—Ya nos vamos.

Selene repartió los últimos besos y, cuando estaba a punto de cruzar el control de seguridad, vio a una joven de su misma edad que corría hacia ellos. Sofía logró llegar a la estación de tren a pesar de tener cita con el médico y, sin explicar nada, le dio un beso y le tendió una cajita envuelta en papel de regalo.

—Que lo disfrutes.

Se dio la vuelta y echó a correr en dirección a la entrada al Metro para regresar de nuevo a su casa donde su madre la esperaba para acompañarla a la consulta. La noche anterior habían quedado para despedirse pero Sofía no había podido convencer a sus padres para que le permitieran ver a su amiga ya que estaba castigada debido a las malas notas en el instituto. Selene se despidió con un gesto de la mano y, justo en el instante en el que desaparecían dentro del gran vestíbulo que conducía a los andenes del AVE, una mujer hizo acto de aparición en la estación de Atocha moviendo los brazos en señal de protesta.

—¿Dónde está la niña? —preguntó nada más ver a Antonio.

—La niña ya está en el tren.

—Voy a hablar con el jefe de estación para que detengan ese tren y me devuelvan a mi niña.

Antonio, al ver el movimiento de su ex mujer en dirección hacia los miembros de las fuerzas del orden, se colocó delante de ella y la detuvo.

—No vas a hacer nada de eso. Vas a dejar que la niña se divierta con su novio.

—Solo tiene dieciséis años.

—Estás equivocada. Ya tiene dieciséis años.

—¡Es una niña!

Antonio, al notar la presión que Beatriz ejercía con la mano en

su brazo, tomó aire un par de veces y comenzó a hablar con una calma chicha que en cualquier momento podía dejar su lugar a una tormenta desatada.

—Llevas ignorándola desde hace mucho tiempo y ahora te preocupas por ella.

—Es menor de edad y no tiene permiso para viajar.

—Lo tiene porque yo se lo he firmado. Solo es un fin de semana. Llama a tus amigas para ponerme verde o haz lo que te apetezca para entretenerte, pero como me entere de que molestas a mi hija te vas a enterar.

La madre de la chica resopló con fuerza y se congestionó al escuchar las palabras de su ex marido, pero, sin añadir nada más, dio media vuelta y desapareció de la estación dejando a dos personas algo más tranquilas.

—No sabía que le ibas a firmar un permiso a tu hija.

—Yo tampoco lo sabía porque no lo he hecho.

Beatriz sonrió y se enganchó del brazo de su marido mientras ambos se ponían en marcha hacia los andenes de cercanías.

—¿Crees que tu ex hará algo?

—Nada de nada. Tan solo quería montar el espectáculo. Te apuesto lo que quieras a que ni se digna en llamar a su hija en todo el fin de semana. Ya sabes que es muy soberbia.

—Cierto, pero, por si acaso, no acepto tu apuesta.

Mientras la pareja salía de la estación de Atocha en un tren de cercanías en dirección hacia la estación de Pinar de las Rozas, otra pareja se alejaba de Madrid en un tren de alta velocidad. Selene no podía apartarse de Javier ni un centímetro y, cuando él dijo que necesitaba ir al baño, ella resopló y frunció el ceño.

—¿Qué te pasa?

—Que ya te echo de menos.

—Pero, si todavía no me he levantado del asiento.

—Me da igual.

Selene puso morritos y Javier se echó a reír al ver el gesto de su novia. Llevaban un año juntos y todavía se comportaban como lo que eran: dos adolescentes sin miedo a mostrarse como una pareja de enamorados inocentes que desean disfrutar de cada día sin marcarse metas u objetivos.

Aunque sabían el tiempo de duración del viaje se les hizo mucho más corto de lo que imaginaban. No dejaron de hablar de sus planes para el futuro, de sus recuerdos de adolescentes y de su propia relación. Como si se tratara de un tema tabú, ninguno de los dos habló sobre lo ocurrido un año antes cuando el novio de Selene intentara propasarse con ella. Había sido un pacto de silencio que se había creado a partir del amor puro, de la comprensión y del respeto y

ahora, pasado ese tiempo, sus conversaciones siempre acababan en una sonrisa o en un beso. Incluso su amiga Sofía siempre que tenía oportunidad intentaba burlarse de una relación en la que no había tenido cabida ni una efímera discusión y que parecía un verdadero cuento de hadas.

Bajaron del tren en la estación de Valencia y, una vez en la vía pública, se sentaron en un banco para planear el resto del día. Tenían claro que lo primero que debían hacer era dirigirse al camping donde el padre de Selene se había encargado de reservarles un *bungalow*, pero otra idea rondaba por la cabeza de Javier.

—Quiero ir a la playa.

—¿Ya?

—Sí. Lo que para ti es lo más natural del mundo, para mí es algo con lo que llevo soñando desde que era un crío. Necesito ver el mar.

Selene meditó durante unos segundos y, pasado ese tiempo, sonrió. Comprendía lo que su novio intentaba trasmitirle. Era bien cierto que ella había ido a la playa todos los veranos y tenía la misma necesidad que él, pero sabía cómo se sentía.

—No tenemos prisa por ir al camping.

Javier la miró a los ojos y la quiso aún más si aquello era posible. Sabía que era una joven increíblemente inteligente y sensible y no quería perderla por nada del mundo. Llevaban un año juntos y aún no habían tenido relaciones, pero él se sentía alguien distinto a todos esos jóvenes que veían el sexo como una montaña que escalar y donde el único objetivo era clavar una bandera en la cima. La confianza que había depositado en él el padre de Sofía era tal que no quería defraudarlo.

Tras preguntarle a un policía por la playa de la Malvarrosa, comenzaron a caminar por una ancha avenida que los condujo hasta el parque de Gulliver donde se entretuvieron en contemplar las gigantescas construcciones que pretendían reflejar lo escrito en la novela de *Jonathan Swift*. No se entretuvieron más de la cuenta ya que los dos deseaban ver el mar, aunque los motivos podían ser bien distintos. Para Javier era una necesidad, pero para Selene se convertía en un ejercicio de relajación donde la inmensidad de la extensión del mar la hacía sentir pequeña y a la vez equilibrada.

El paseo fue mucho más largo de lo que ellos esperaban y más de una vez se vieron en una encrucijada que siempre resolvían preguntando a los peatones con los que se cruzaban. Algunos los miraban con extrañeza, pero otros veían en ellos a dos jóvenes enamorados que deseaban fundirse con la gran masa de agua.

Javier vio por primera vez el mar junto al edificio del reloj y, sin poder evitarlo, las lágrimas afloraron en sus ojos y comenzaron a recorrer sus mejillas. Selene lo vio de reojo y tan solo fue capaz de

abrazarlo y acompañarlo en un instante que no olvidaría en toda su vida. De alguna manera, se alegró de ver el mar con diecisiete años porque así sabía que sería un momento que podría contarle a sus hijos cuando fuera mayor y ellos frivolizaran con las vacaciones familiares como él había escuchado a muchos chicos de su edad que, sin reparar en su presencia, charlaban animosamente sentados en un banco de la urbanización mientras criticaban a sus padres por obligarlos a ir a la playa en verano. Él no había tenido la suerte de vivir en una familia donde lo más natural era gastar el dinero en las vacaciones y ahora, tras ahorrar cada euro ganado en el último año, se veía frente al mar cumpliendo uno de sus sueños.

—¿Te gusta? —preguntó Selene con un nudo en la garganta.

—Es lo más bonito que he visto nunca. —Javier bajó la cabeza y carraspeó—. Lo segundo más bonito.

Ella suspiró de amor, elevó la cabeza y lo besó al tiempo que lo apretaba con fuerza como si temiera perderlo. Se sentaron en un banco frente al mar y, mientras Javier miraba al horizonte y sonreía, Selene aprovechó para mandarle un mensaje a su padre, otro a su madre y el tercero a Sofía. Su amiga fue la primera en contestar y aprovechó para echarle en cara que no hubiera querido llevarla con ellos. Acompañó el mensaje con la imagen de un perrito con cara triste y arrancó una sonrisa de su amiga. Su padre contestó un par de minutos después y le deseó un fin de semana de diversión y descanso, aunque no pudo pasar por alto enviarle una advertencia sobre lo de dormir juntos y alguna cosa más que hizo que Selene se ruborizara.

—¿Qué ocurre? —preguntó Javier al ver el rubor en las mejillas de su novia.

—Una tontería. Mi padre me recuerda que nos ha dado permiso con la condición de dormir en camas separadas, con cinturón de castidad y, a ser posible, en ciudades distintas.

Javier soltó una carcajada al escuchar las advertencias del padre de Selene, pero se percató de la preocupación que había hecho acto de aparición en el rostro de su chica. Tenían tal conexión que al momento supo lo que le ocurría.

—Ya sabes que no tengo ninguna prisa. Yo lo que quiero es pasar un fin de semana tranquilo y sin que la cabeza nos traicione. Lo de las ciudades distintas lo veo complicado, no sé si te has traído el cinturón de castidad, pero quiero dormir contigo. Mejor dicho, quiero dormir a tu lado y que tu rostro sea lo primero que vea nada más abrir los ojos.

Selene tomó la mano de Javier y la sujetó con fuerza entre las suyas.

—¿No quieres que lo hagamos?

—No he dicho eso. Lo que te he dicho es que no tengo ninguna

prisa. Tengo diecisiete años y tú dieciséis. Tenemos toda una vida por delante y muchas cosas que hacer más importantes que el sexo.

—¿Cómo qué? —preguntó ella con tono burlón al ver que Javier sonreía como un niño travieso.

—Como bañarnos en el mar, por ejemplo. Ahora no lo cambio por nada del mundo.

Se pusieron en pie y comenzaron a caminar cogidos de la mano y sin poder apartar la vista de la inmensidad del Mediterráneo. Cuando la playa de las Arenas apareció ante sus ojos, Javier soltó una exclamación se sorpresa y, sin esperar la reacción de Selene, echó a correr como un niño pequeño y se lanzó en plancha sobre la arena donde comenzó a mover los brazos y las piernas hasta recrear en la superficie perlada el contorno de un ángel.

—Mira, como los ángeles de nieve.

Selene se echó a reír y se contagió de la felicidad de su novio al verlo comportarse como un niño pequeño en su primer día de playa. Se quitó las zapatillas y comenzó a mirar de un lado a otro de la vacía playa.

—¿Qué buscas?

—Un lugar donde cambiarme. No llevo el bañador encima. ¿Tú, sí?

Javier sonrió de nuevo como un crío travieso y comenzó a bajarse los pantalones vaqueros para dejar al descubierto el bañador de color rojo que llevaba puesto desde Madrid.

—Pues como no te des prisa, no voy a poder compartir mi primer baño contigo.

—¿Esas tenemos?

Selene, para sorpresa de Javier que siempre la había visto como una joven recatada y algo tímida, la vio sacar su bañador y una toalla de la mochila y, tras enrollársela alrededor del cuerpo se quitó la ropa y se puso el bañador en un santiamén.

—Eso ha sido bastante erótico —comentó Javier con los ojos como platos.

—Anda, no seas tonto. Esto es de todo menos erótico.

—Es verdad.

Selene puso morritos al escuchar el comentario de Javier y se llevó las manos a la cara antes de comenzar a sollozar. Él se quedó de piedra sin comprender su reacción.

—¿Qué… qué te pasa?

Se acercó a ella para consolarla y, cuando estaba a punto de abrazarla, Selene bajó las manos que cubrían su rostro y le sacó la lengua.

—¡Tonto el último en llegar al agua!

—¡Me cago en…!

Javier echó a correr en pos de su novia y logró alcanzarla a pocos metros de la orilla, pero, en lugar de adelantarla, le tendió la mano y ella, tras comprender el mensaje, le correspondió de la misma forma. Unos segundos después compartían el primer baño de Javier en el mar y reafirmaban el amor que ambos sentían.

Pasaron el día jugando dentro del mar y sobre la superficie caliente de la arena. Llevaron las toallas a una zona cubierta bajo unas sombrillas de paja oscura y allí comieron los bocadillos que Beatriz había preparado para los dos esa misma mañana. Selene no había visto que la mujer de su padre había metido al fondo de la mochila un *tupper* lleno hasta el borde de sandía cortada en daditos y que habían mantenido la frescura suficiente como para convertirse en un manjar para los chicos. Para redondear el almuerzo, Javier abandonó la playa y regresó a ella con dos helados de chocolate que había comprado en una tienda de alimentación cercana.

—Esto es el paraíso —comentó una vez había dado buena cuenta del helado—. Creo que podría vivir aquí para siempre.

—Pues no es ninguna tontería —confirmó Selene para sorpresa del chico.

—¿Te gustaría vivir junto al mar? Nunca me lo había dicho.

—La verdad es que no lo había pensado hasta ahora, pero es verdad que esto te carga las pilas.

—Bueno, no creo que sea igual en invierno. Me imagino que debe de ser mucho más triste.

—Aun así…

—Pues nada. Acabamos nuestros estudios y buscamos trabajo junto al mar.

Selene lo vio tan serio que no pudo evitar sentir que él haría cualquier cosa por ella y se enamoró aún más del chico que se había convertido en parte de su existir. Ambos se tumbaron sobre las toallas y cerraron los ojos con la intención de descansar tras el viaje, la larga caminata y, sobre todo, los juegos en la playa. Disfrutaron de la puesta de sol junto al mar e incluso se plantearon pasar la noche en la playa, aunque la cabeza ordenada y algo analítica de Javier los devolvió a la realidad. Se pusieron en pie, sacudieron las toallas y las guardaron en las mochilas. Dejaron la playa atrás, pero, una vez en el paseo marítimo, se dieron la vuelta y, abrazados como una pareja de enamorados, clavaron su vista en el horizonte donde el astro rey se despedía del día con una última caricia a la superficie aterciopelada del mar.

—Tenemos una promesa —recordó Selene con la voz entrecortada.

—Tenemos una promesa.

Y allí, frente al mar Mediterráneo, se declararon amor eterno y

dieron el primer paso del resto de sus vidas. Un paso con el que comenzar a crear un futuro que les pertenecía por derecho propio. Abrazados y fundidos en uno solo se alejaron del mar con la firme promesa de hacerlo suyo para siempre.

Dolores

Un día más el sol brillaba por la ventana y Dolores comenzaba el ritual matutino que se había convertido en parte de su ser. Abrió los ojos y la primera mirada la dirigió a la cama vacía que, junto a la suya, permanecía como un triste recuerdo de lo sucedido unos meses antes. Su marido había fallecido en aquella misma cama junto a su esposa, la mujer que había sido su compañera durante más de medio siglo. La última sonrisa dirigida a Dolores fue como un bálsamo con el que intentaba sanar su corazón roto en mil pedazos. No le quedaba nada por lo que vivir, pero se agarraba a su existencia con la fuerza de quien ha sobrevivido a las calamidades de la vida con la cabeza bien alta y el orgullo por bandera.

A pesar de que los responsables de la residencia habían insistido en trasladar la cama que había sido de Juan a otra habitación, Dolores había insistido en que quería seguir sintiendo a su marido como si aún estuviera a su lado. El ritual de dirigir la primera mirada al lecho vacío y acariciar las sábanas lisas como el mármol no era otra cosa que una muestra de amor hacia el hombre que ya no estaba a su lado, pero que perduraría para siempre en lo más profundo de su alma.

Se lavó concienzudamente en el baño y se vistió con una falda de color marrón y una blusa blanca con pequeños dibujos de tonos pastel, una prenda que siempre había gustado a su marido y con la que Dolores se sentía muy a gusto. Bajó al comedor y, como cada mañana, se sentó frente a la mesa en la que siempre había desayunado con su marido. Un café con leche, un par de magdalenas bajas en azúcar y el silencio como únicos compañeros. Mojó uno de los bollos en el café y dio un pequeño bocado a la magdalena antes de que cayera en el líquido humeante.

Dio buena cuenta del desayuno en soledad antes de salir al jardín para dar su paseo matutino. Una celadora se ofreció para acompañarla pero ella rehusó con educación. Le gustaba caminar sola por el gran jardín, aunque sabía que la melancolía solía hacer acto de presencia cuando ella menos lo esperaba. Cada mañana repetía el mismo recorrido que durante el último año había hecho con su marido mientras hablaban de sus cosas y dejaban que los recuerdos los bañaran al tiempo que el sol acariciaba sus rostros y caldeaba sus

corazones. Casi siempre, en uno de los últimos recuerdos, aparecía el rostro alegre de un niño de cuatro años que no había podido sobrevivir a la neumonía que acabó con su vida y que se llevó a cientos de personas que no habían tenido los recursos para luchar contras las crueles enfermedades que parecían haberse cebado con los perdedores de la Guerra Civil y, en especial, con los niños que no habían tenido nada que ver en un cruento enfrentamiento entre amigos y hermanos. Aquel niño los había unido de tal forma que su pérdida estuvo a punto de separarlos. Sin nada por lo que luchar y con la ilusión perdida, dejaron que el amor los abandonara y que se secaran las lágrimas con las que habían regado el pequeño túmulo.

Ni las actividades al aire libre, ni las horas de costura o los juegos de mesa… Nada podía hacer que su mente no viajara al lugar donde su marido aún vivía a su lado y ella podía sentir que su vida era algo más que el simple paso del tiempo en busca del momento final, alegrado con la idea de un reencuentro en el más allá. Se sentía triste e intentaba dejarse ir, pero su cuerpo se aferraba a la vida como si ese organismo inteligente no creyera en la existencia de un lugar mejor donde reencontrarse con los seres queridos que ya no se hallaban entre nosotros.

El tiempo fue pasando y la mañana se consumió lentamente entre agujas hilvanadas, fichas de parchís movidas con desgana y las charlas insustanciales de los tertulianos de televisión. La llegada de la hora del almuerzo fue para Dolores un bálsamo con el que paliar las horas anodinas que parecían lastrar el reloj con su desidia. La sopa caliente templó sus ánimos y la permitió volar a uno de esos lugares que había compartido con su marido y donde, inevitablemente, habían sido felices. La mirada fija en el jardín y en las pequeñas motas de polvo que revoloteaban junto al cristal y que brillaban bajo los rayos inclinados del astro rey. La soledad… De nuevo, la indecible soledad.

A punto estaba de llevarse una cucharada de sopa a la boca cuando una mujer llamó su atención. Acababa de entrar en el comedor y se la veía perdida como ella se hubiera encontrado en la residencia de no haber estado su marido. Sabía que la conocía de algo, pero, por más esfuerzo que hacía, no lograba ubicarla en el tiempo y en el espacio y sentía que la frustración comenzaba a crecer en su interior. Siempre se había jactado de tener una memoria especial y ahora se veía incapaz de relacionar a la recién llegada con un pasado que sabía lejano.

La mujer parecía cohibida aunque vestía de manera elegante al estilo de todas esas personas que muestran una suficiencia ganada a golpe de talonario. La recién llegada levantó la cabeza con cierto orgullo y escrutó el interior del comedor con la vista fija en cada una de las mesas. Al llegar a la altura de la que ocupaba Dolores, la mujer

detuvo el movimiento de su cabeza y frunció el ceño. Dio una par de pasos dubitativos hacia ella, pero no tardó en acelerar el paso en su dirección con el rostro sonriente y un brillo especial en la mirada.

—¿No te acuerdas de mí?

Dolores entrecerró los ojos como hacía siempre que intentaba acordarse de alguna fecha o del nombre de una persona, pero, por más que lo intentaba, no lograba ubicar a esa mujer de rostro sereno que la miraba con una enorme sonrisa en los labios. Tenía claro que la conocía de algo pero su memoria le estaba jugando una mala pasada.

—Te lo voy a poner fácil —comentó la recién llegada sin perder la sonrisa—. Hace más de cincuenta años tú y yo jugábamos a las casitas entre las piedras del Valle de los Caídos,

Dolores abrió los ojos de par y en par y la imagen de una niña sonriente, de trenzas perpetuas y vestido elegante para la época apareció en su cerebro como por arte de magia. Los años más felices de su vida, a pesar del hambre y las penurias, salieron del baúl de sus recuerdos y se volvieron tan reales como si se hubiera transportado a esa época.

—Tú eres la hija del maestro de escuela.

—Exacto. Soy la hija de don Basilio, como lo llamaba todo el mundo.

Dolores se puso en pie y, por primera vez desde la pérdida de su marido, sonrió con franqueza. Sin que hiciera falta invitación, la mujer se sentó en el lugar que siempre había ocupado Juan, pero, por alguna extraña razón, ese gesto no molestó a Dolores.

—Te llamas, Clara, ¿no?

—Ya veo que te acuerdas de mí.

—Ha pasado mucho tiempo y no éramos más que unas niñas.

—Lo sé, pero tú eras mi mejor amiga y, en cuanto te he visto, te he reconocido.

Las dos mujeres guardaron silencio al mismo tiempo y sus mentes viajaron, al unísono, a un lugar que podría haberse convertido en una cárcel para los presos políticos, pero que, por el contrario, no fue otra cosa que una segunda oportunidad para todos aquellos desafortunados que perdieron una guerra, su futuro y, en muchas ocasiones, a su familia. Dolores fue una de esas niñas que se crio en el Valle de los Caídos, lugar que fue su hogar durante muchos años y donde conoció y compartió su infancia con otros muchos niños, algunos de su misma clase social, pero otros, como en el caso de Clara, pertenecientes al bando ganador, aunque compañeros, al fin y al cabo, de todos aquellos prisioneros de guerra.

—¿Y qué fue de tu vida? —preguntó Clara con evidente curiosidad.

—Nada interesante. Al salir del valle, me casé con Juan. ¿Te

acuerdas de Juan?

—Claro, era un chico muy guapo. Me acuerdo de que me tiraba de las coletas siempre que podía.

—Eso era porque le gustabas.

—¿En serio? —preguntó Clara con su eterna sonrisa en los labios —. Yo pensaba que me odiaba.

—Para nada.

Dolores recordó al niño rubio de ojos azules que se entretenía molestando a la hija del maestro de escuela a pesar de que aquello podía reportarle malas consecuencias. Ella sabía que a él le gustaba la niña de las coletas, pero no cejó en su empeño y acabó por conquistar su corazón.

—¿Y cómo está Juan? —preguntó Clara con interés.

—Murió hace dos meses en la residencia.

—¡Vaya! Lo siento mucho.

—Bueno, hemos estado más de cincuenta años juntos. Lo echo mucho de menos, pero hemos tenido una buena vida juntos. ¿Y tú?

Clara sonrió con cierta picardía.

—Yo me he casado cuatro veces y he tenido siete hijos. No puedo quejarme. ¿Tú tienes hijos?

—Tuvimos un hijo, pero murió de neumonía con cuatro años — explicó Dolores con el rostro serio.

—Otra vez he metido la pata. Lo siento mucho.

Ambas mujeres guardaron silencio y una de las celadoras les trajo la comida en un carrito. Se detuvo al ver a Clara sentada en el sitio de Juan, pero, al ver cómo las dos mujeres charlaban con ánimo, dejó los platos sobre el blanco mantel y retiró el de Dolores donde la sopa ya se había quedado fría. Clara comenzó a comer la sopa con los buenos modales que le habían inculcado desde niña y su compañera de mesa cortó en trozos pequeños el filete de ternera que suponía, junto con una menestra, el segundo plato del menú de la residencia.

—¿Acabas de llegar a la residencia? —preguntó Dolores entre bocado y bocado.

—Pues sí. Mi último marido murió hace un año y mis hijos se han puesto de acuerdo por primera vez en su vida. Tenían claro que no querían ocuparse de una vieja como yo así que…

Dolores pensó un instante en lo que Clara acababa de contarle y sintió pena por ella. No podía imaginar lo que se sentiría al comprobar que, con el paso del tiempo, te habías convertido en una carga incluso para tus propios hijos. Ella no había tenido la oportunidad que a su antigua amiga se le había brindado, pero lo hubiera dado todo porque su hijo hubiera sobrevivido a la neumonía, aunque el precio a pagar fuera tan elevado como verse relegada al olvido en una residencia de ancianos. Ahora preferían llamarlo hotel para la tercera edad, pero

ella sabía que no dejaba de ser el último y triste refugio antes de desaparecer de este mundo.

—¿Y qué hacéis aquí para entreteneros? —pregunto Clara para cambiar de tema hacia algo más alegre.

—Bueno, podemos coser, jugar a juegos de mesa, ver la tele, pasear por el jardín y poco más. De vez en cuando nos llevan de excursión, pero yo no suelo ir.

—¿Y eso por qué?

Dolores se encogió de hombros y no quiso contarle a Clara que había perdido la ilusión por todo lo que había llegado a compartir con su marido. Esas efímeras salidas de la residencia se habían convertido en el único contacto con el mundo exterior que acababa de abandonar y, quizá, la única sensación de sentirse vivos. Con la falta de Juan, esa necesidad de contacto con la sociedad había desaparecido y Dolores se había enclaustrado en la residencia como tantas monjas de clausura que decidían dedicar sus días a la contemplación y al recogimiento. Pasaba las horas y los días entretenida observando una y otra vez la película ajada por el paso del tiempo que ella misma había creado con cientos de recuerdos, unos maravillosos y otros no tanto, pero todos suyos por derecho propio.

Al terminar el almuerzo dieron un paseo por el jardín en completo silencio y, pasado ese momento de relax con el que Dolores intentaba bajar la pesadez de una comida ya de por sí dietética, le comentó a Clara que solía echarse una cabezada después de ese paseo. La recién llegada a la residencia asintió y se despidieron en la entrada al edificio. Dolores subió a la habitación, se echó en la cama y cerró los ojos, aunque tuvo que abrirlos de nuevo al escuchar una voz en la puerta de la habitación.

—¿Te apetece ver unas fotos?

Clara entró en la habitación de Dolores con un álbum de fotografías en las manos, se sentó en la cama junto a su amiga de la infancia y abrió el gran volumen agrietado por el paso del tiempo. Dolores frunció el ceño al ver la imposibilidad de cumplir con su rutina, pero, al ver la primera imagen que Clara le señaló con el dedo, sonrió de nuevo y se animó. Una fotografía en blanco y negro, rota en una esquina y algo amarillenta, pero donde se podía distinguir a la perfección a dos niñas de unos siete años de edad, cogidas por el brazo y, lo más importante, felices y tranquilas.

—¿Y esa foto? —preguntó Dolores con el dedo acariciando la superficie de la imagen—. No la recuerdo.

—Nos la sacó mi padre. Aquel día estaba de buen humor.

—No era lo normal.

—La verdad es que no. Era un hombre con mucho genio y tenía a los chicos firmes con velas.

—Y nosotras, mientras tanto, a coser. Bueno, las que no teníamos posibles.

Clara miró a Dolores y vio cierto rencor en sus ojos. Recordó que su amiga de la niñez quería estudiar como todos los chicos del valle, pero no tuvo forma de hacerlo. Su padre era un prisionero de guerra y ella era una niña por lo que las posibilidades de estudiar menguaban hasta desaparecer. Ella, por el contrario, había estudiado una carrera siempre apoyada por su padre y por los recursos económicos con los que contaban aquellos que, por avatares del destino, habían resultado victoriosos en la guerra civil.

—Siento que no pudieras estudiar.

—No fue culpa tuya. Por lo menos, pude aprender un oficio y eso nos dio de comer cuando a Juan lo echaron de la constructora donde trabajaba. Y, a pesar de todo eso, hemos sido muy felices.

Clara sonrió con cierta tristeza que no pasó desapercibida para Dolores. No podía entender cómo una mujer de éxito y con un nivel económico como el suyo había alcanzado la felicidad.

—¿Sabes una cosa? —preguntó Clara que, sin esperar respuesta, continuó hablando—. Te envidio. Lograste encontrar al amor de tu vida y yo no he tenido más remedio que aguantar a hombres que solo me querían por mi dinero y poco más. Y ahora, mis hijos me meten en esta residencia…

—Que no está a tu altura —le interrumpió Dolores.

—Yo elegí venir aquí. Está cerca de donde vivía y no necesito mucho más.

Ambas mujeres guardaron silencio y Clara, sin pedir permiso, se tumbó en la cama donde Juan había pasado los últimos meses de su vida. Dolores la miró de reojo y vio tan natural aquel movimiento que no sintió la necesidad de enfadarse. Incluso vio aparecer en su cerebro una idea que había germinado en los últimos minutos, pero que se había arraigado en su mente como un cactus en pleno desierto.

—¿Por qué no te mudas a esta habitación? Podríamos compartirla.

Clara levantó la cabeza y miró a su amiga de la infancia con renovado interés.

—No parece muy mala idea.

—Así ninguna de las dos estaríamos solas y podríamos charlar de nuestras cosas y de nuestros recuerdos.

—Pues que sepas que yo tengo televisión en la habitación y tengo por costumbre verla por las noches antes de acostarme.

Dolores sonrió.

—Un punto más a tu favor. Cuando vivía en casa me encantaba ver la tele antes de acostarme, pero aquí no me dejan hacerlo.

—Entonces, me mudo.

Clara se incorporó de la cama y, sin añadir nada más, salió de la habitación de Dolores para comenzar a trasladar sus escasas pertenencias desde la habitación que le habían asignado esa misma mañana. Dolores se tumbó de lado en su propia cama y miró a la que había sido de su marido. Suspiró con fuerza y los ojos se le anegaron de lágrimas.

—Yo sé que no te importa que Clara duerma en tu cama —explicó sin saber si Juan podría escucharla desde el lugar donde descansaba eternamente—. Te voy a echar de menos hasta el último de mis días, pero necesito algo de compañía y Clara, aunque habla por los codos, es buena persona. Además, le dejan tener televisión en la habitación.

Dolores sonrió e imaginó el rostro de su marido, con los ojos azules como el color del mar y el brillo en la mirada que siempre lo acompañaba y que lo convertía, de cara a los demás, en un hombre divertido y chispeante. Dolores era la única que conocía su interior melancólico y lo había mantenido en el más absoluto de los recuerdos.

—Te quiero con toda mi alma y sé que hemos sido muy felices juntos, pero esto se está volviendo cuesta arriba. Me siento sola y tú no estás ahí para darme las buenas noches ni para consolarme cuando algo me aflige.

Como si se tratara de una señal divina, Clara entró en la habitación con una televisión pequeña en una de sus manos que dejó sobre el aparador donde Dolores guardaba su ropa. Se levantó de la cama, colocó sus pertenencias en dos de los cajones y dejó los otros dos para que Clara pudiera guardar su ropa.

—Luego sigo con la mudanza. Ahora están echando «Saber y ganar» y no me lo quiero perder.

Las dos mujeres se tumbaron en sus respectivas camas y disfrutaron del programa cultural en absoluto silencio. Dolores tan solo observaba la televisión, pero sin prestar demasiada atención. Su mente recorría cada una de las lomas del Valle de los Caídos y, tras una de ellas, se encontró con un chico un par de años mayor que ella, de ojos claros y vivaces, que levantaba una mano para tirarle una piedra como era costumbre en esos lares. Al verla, el joven abrió la boca de par en par y, antes de volver a cerrarla sin emitir sonido alguno, bajó la mano y dejó caer la piedra con la que pretendía espantar a la niña de las coletas. La pequeña se acercó al chico de los ojos claros, le sonrió y le tendió la mano como si eso fuera lo más natural. Para su sorpresa, el joven correspondió al gesto y agarró la mano tendida al tiempo que ambos comenzaban a caminar acompasando el movimiento de sus piernas.

Con ese recuerdo feliz que hinchó su corazón y alimentó su alma, Dolores cerró los ojos y, acompañada por un suspiro que nadie

fue capaz de escuchar, tendió su mano en la dirección de su amado Juan que ahora la observaba con el rostro ajado pero los mismo ojos azules que la enamoraron años atrás. Y volvieron a estar juntos.

María Jesús

Con el documento en la mano daba vueltas de un lado a otro del salón. Había recibido la oferta de empleo unos días antes pero aún no había sido capaz de tomar una decisión. Tenía claro que era una oportunidad inigualable, pero algo intangible la unía al lugar donde vivía. A pesar del año trascurrido, no podía dejar de pensar en el que había sido el amor de su vida. Tras el accidente de Luis en la carretera había luchado por rehacer su vida, aunque nada tenía sentido para ella sin el hombre por el que había luchado y que lo había significado todo. Cada tarde se acercaba al cementerio para visitar la tumba de Luis y allí pasaba las horas muertas charlando consigo misma o, sencillamente, contemplando el atardecer sobre los túmulos y los nichos de mármol.

Sus padres estaban preocupados y Chus lo sabía. Su madre la visitaba todas las mañanas y se encargaba de llenarle la nevera porque sabía que, de no ser por ella, no hubiera vuelto a comer. Pero el que peor lo estaba llevando era su progenitor, el hombre que había dudado de su relación con Luis, pero que había visto cómo su hija se consumía tras su muerte. Como tenían por costumbre hacer, se presentaron en la casa de Chus sin previo aviso, aunque a su hija no le molestaba en absoluto. De hecho, sabía que, de no ser por ellos que se habían encargado de todo, se encontraría en la calle sin hogar y sin un triste trozo de pan que llevarse a la boca.

—Buenos días, hija. ¿Cómo estás?

—Hecha un lío, mamá.

—¿Y eso por qué?

Chus le tendió el papel con el email impreso y ella se lo acercó a su marido para que lo leyera en voz alta, una costumbre que tomara desde que se viera esclavizada al uso de las gafas que tanto odiaba. Esteban tomó el papel y le echó un vistazo rápido antes de comenzar a leer desechando los preámbulos y las presentaciones cordiales.

—Seguimos interesados en contar con usted en nuestra modesta empresa —comenzó a recitar—. De momento, no podemos mejorar las condiciones económicas, pero, con el tiempo y el trabajo duro, podría llegar a formar parte de nuestro bufete. Esperamos su respuesta lo más pronto posible.

—¿Y esto qué es? —preguntó Celia con el ceño fruncido y sin acabar de comprender o sin querer hacerlo.

—Mamá, es una oferta de empleo para volver a trabajar.

—¿De abogada?

—Claro, mamá. Por si no te acuerdas, soy abogada.

Celia guardó silencio y salió de salón con la cabeza gacha. Tanto Chus como su padre escucharon el sonido de las tazas al chocar unas con otras y supieron que había comenzado el ritual de la taza de té, como ellos lo llamaban. Cada vez que algo superaba a Celia, se refugiaba en la cocina durante unos minutos para preparar unas tazas de té con las que llevar mejor la situación. Nunca lo había dicho, pero todos tenía claro que ese ritual tenía mucho más que ver con los minutos de soledad en la cocina que con el hecho de tomar una taza humeante de agua saborizada. Regresó unos minutos más tarde con una bandeja en las manos y tres tazas de té recién hecho. El ritual continuó y todos se sentaron en el sofá mientras Celia echaba unas cucharadas de azúcar en cada taza y un buen chorreón de anís, como era costumbre en su pueblo natal andaluz.

—¿Cuánto te pagarían? —preguntó con el pragmatismo al que tenía acostumbrada a su familia.

—Unos dos mil euros brutos al mes más incentivos.

—¿Qué incentivos?

—Es un bufete laboralista. Nos llevamos un porcentaje de las indemnizaciones y de ahí se recibe una comisión por cada caso ganado. Puede ser un buen pico.

—¿Y lo de formar parte del bufete? —inquirió Esteban aún con el papel en la mano.

—Me comentaron que son como una cooperativa —explicó Chus tan seria como si se encontrara en el juzgado—. La mayoría de los abogados del bufete también son socios, pero, cuando eres nuevo, prefieren esperar un tiempo para ver si te involucras con la empresa. Es normal.

—Supongo que sí.

Estaban sonrió al fin, dejó el papel sobre la mesa y se giró hacia su esposa que todavía permanecía seria a pesar de las explicaciones convincentes de su hija. Había algo que no acababa de cerrarle y no tardó en confirmar sus sospechas.

—Solo hay un pequeño problema —anunció Chus con un hilo de voz—. El bufete no está en Madrid.

—¿Y dónde está?

—En Valencia. Tendría que mudarme.

Chus cerró los labios y esperó la reacción de sus padres. El silencio más exasperante se había cernido sobre ellos tres y amenazaba con congelarlo todo a su alrededor. Esteban miró de reojo

a su mujer y vio cómo ella fruncía el ceño y daba vueltas a la información recibida. No sabía cómo se lo podía tomar. Por una parte, ambos sabían que era una gran noticia que su hija volviera a tener ilusiones y regresara al mundo laboral. Era una oportunidad única que le permitiría recuperarse de la pérdida de Luis y devolverle una mínima parte de la alegría que siempre le había pertenecido por derecho propio. Pero, por otra parte, a ninguno de los dos les gustaba lo más mínimo que su hija se alejara del lugar en el que se había criado.

—Mamá, sé que es una decisión difícil y os voy a echar mucho de menos si decido aceptar el trabajo, pero no aguanto más en este piso. Me trae muchos recuerdos y no puedo seguir aceptando que paguéis el alquiler mientras yo me dedico a lloriquear por las esquinas.

—Hija…

—No, mamá, tengo claro que me vas a decir que lo hacéis de mil amores y que no quieres que me vaya porque en ningún sitio estaría mejor que aquí a vuestro lado, pero creo que ha llegado el momento de que busque y me labre mi propio futuro.

—Hija…

—Mamá…

—Creo que lo mejor es que aceptes el trabajo y que te vayas a Valencia.

Tanto Esteban como Chus se miraron extrañados para, pasados unos segundos de aceptación, volver sendas cabezas hacia la mujer que acababa de sorprenderlos una vez más. Celia parecía triste, pero, al mismo tiempo, se la veía orgullosa por la decisión de su hija y por comprobar que ese último año de crudeza y soledad había servido para algo.

—¿Estás segura, mamá?

—Claro que sí, hija. Ten por seguro que te vamos a echar mucho de menos, pero, con el AVE, podemos plantarnos allí en muy poco tiempo. Además, hay playita y ya sabes que a tu padre le gusta mucho el sol.

Tanto Esteban como Chus se miraron algo asombrados, pero no tardaron en sonreír. No se esperaban la reacción de Celia y mucho menos que apoyara a su hija hasta el punto de animarla a mudarse a Valencia con lo que conllevaba la distancia.

—Ya sé lo que estáis pensando —añadió la madre de Chus—. Os sorprende que me lo tome tan bien. ¿A qué sí?

—Un poco, mamá.

—Hija, he estado a tu lado todo este año y he visto cómo te ibas consumiendo. Es lo peor que puede llegar a vivir una madre. Quiero que salgas de este bucle en el que estás y si tiene que ser en Valencia,

allí será. Además, no está tan lejos y vamos a vernos más de lo que piensas.

Chus no pudo soportarlo más y, al escuchar las palabras tan sinceras de su madre, se derrumbó y comenzó a llorar a moco tendido. Sus padres la abrazaron al mismo tiempo y no se separaron de ella hasta que se tranquilizó. Celia, al ver a su hija más serena, se levantó del sofá y le hizo un gesto a su marido para que se pusiera también de pie.

—Vamos a dejar a la niña tranquila que tiene que contestar a un correo electrónico.

Chus sonrió al comprobar lo moderna que se había vuelto su madre y lo único que pudo hacer fue volver a abrazarla. Los acompañó hasta la puerta y allí su madre se volvió hacia ella y comenzó a rebuscar en su bolso.

—Te va a venir bien para el viaje. El otro día compré un libro y seguro que te gusta y te anima.

Sacó del bolso de buen tamaño un libro mucho más fino de lo que Chus esperaba y en el que pudo ver en la portada un libro difuminado como si el tiempo lo hubiera arrastrado hasta un lugar perdido en ninguna parte. Lo primero que le llamó la atención fue el título.

—La historia escondida.

—Ya verás cómo te gusta. Es sencillo pero te deja muy buen sabor de boca. Además, es del escritor ese tan famoso que tiene un programa de radio.

Chus se encogió de hombros, dejó el libro sobre el aparador de la entrada y se despidió de sus padres con la promesa de visitarlos antes de viajar a Valencia para construir su vida desde cero. Una vez se hubo quedado sola se sentó frente al ordenador y abrió la aplicación de correo para contestar a la oferta de empleo. Colocó los dedos sobre el teclado pero no pudo continuar. Algo le impedía escribir y no sabía cómo luchar contra ello. Giró la silla sobre su eje y observó con detenimiento la habitación que había compartido con Luis durante un par de años antes de que falleciera. Por alguna extraña razón no le resultaba familiar ni podía experimentar empatía alguna con un lugar que ahora se le hacía extraño y cuyas paredes se le venían encima. En ese momento supo lo que debía hacer.

Se levantó de un salto de la silla, bajó una maleta de gran tamaño del altillo del armario y comenzó a llenarla, sin orden ni concierto, con la ropa que tenía en el armario, en la cómoda y en una de las mesitas de noche. Acto y seguido cogió una de las cajas de cartón que desde hacía años acumulaba polvo en la terraza y, tras montarla y afianzarla con cinta americana, comenzó a llenarla con las posesiones que iban a acompañarla a Valencia en una decisión ya

tomada de antemano. Unos minutos después se detuvo y se sintió mucho más viva de lo que lo había estado en el último año. Se sentó de nuevo frente al ordenador y comenzó a teclear con un frenesí impulsivo que hacía que sus dedos volaran sobre el teclado.

Buenos días. Les escribo con la idea de aceptar la oferta de empleo ofrecida por su bufete. Me siento honrada por tal ofrecimiento y desearía incorporarme lo antes posible. Muchas gracias y un cordial saludo.

Una vez hubo terminado de escribir el email apretó el botón de enviar sin detenerse ni un instante a sopesar el millón de dudas que revoloteaban por su cabeza, pero a las que deseaba espantar con todas sus fuerzas. Experimentaba en su cuerpo la ilusión por un proyecto nuevo y el cosquilleo en el estómago de quien se ve frente a una aventura insospechada y tan solo puede avanzar hacia su meta.

Estuvo entretenida guardando cosas en otras dos maletas y en alguna caja de cartón más durante una hora que se le pasó como un suspiro hasta que un pitido la hizo detenerse. La llegada de un nuevo correo parecía más la visita de un buen amigo al que llevaba tiempo sin ver que unas pocas palabras escritas a cientos de kilómetros de allí.

Nos produce una inmensa alegría que quiera formar parte de este bonito proyecto con el que queremos crear un bufete competitivo a la vez que familiar. Si no es demasiado pronto, la esperamos mañana a las doce en las oficinas de la empresa. Esperamos confirmación. Un saludo.

La cabeza de Chus comenzó a dar vueltas como un tornado y se vio obligada a sentarse de nuevo en la silla para evitar desplomarse en el suelo por la emoción que la embargaba. Leyó varias veces la respuesta del bufete y sintió cómo las piernas le temblaban. Debía viajar a Valencia para acudir la mañana siguiente a una cita ya programada y a la que no quería faltar. Con un supremo esfuerzo para contener los nervios se sentó de nuevo en la silla giratoria y contestó al último email con una sencilla frase.

Allí estaré. Un saludo.

Nada más. Tan solo un último gesto para apretar el botón de enviar y su futuro quedaría grabado con letras de imprenta en la pantalla de un ordenador. Aunque no deseaba hacerlo, meditó durante unos segundos el siguiente movimiento hasta que su mano actuó a la par que su cerebro. Envió el correo y sintió que debía echar a correr y contarle a los cuatro vientos que volvía a sentirse viva y que el futuro se había construido frente a ella pero no como un castillo de naipes sino como una sólida fortaleza. Se puso en pie, miró a su alrededor y, al tiempo que una lágrima furtiva resbalaba por una de sus mejillas, supo que no deseaba proclamarlo a los cuatro vientos. Por el contrario, tan solo necesitaba contárselo a una persona. Se puso la cazadora y salió de su casa, aunque, en el último momento, volvió a entrar y cogió con un rápido movimiento el libro que le había

regalado su madre.

El autobús de línea que conducía al cementerio no tardó en llegar. Le quedaba casi una hora de trayecto por lo que se sentó en uno de los asientos junto a la ventanilla y echó la cabeza hacia atrás. La imagen de Luis la visitó en ese mismo instante. Estaba muy guapo vestido con un chaqué y con una flor violeta en la solapa que hacía juego con el tocado de flores que ella llevaba en la cabeza. Daba un paso cada vez y avanzaba hacia él por el pasillo que separaba a las personas que más quería y con las que habían decidido compartir uno de los días más felices de su vida.

Abrió los ojos en el momento en el que miraba a Luis frente al altar y sintió que el corazón galopaba en su pecho a toda velocidad. Respiró hondo un par de veces e intentó regresar del mundo de los recuerdos donde, de tanto en tanto, se perdía como un niño abandonado para regresar poco tiempo después agotada y triste. Intentó evadirse de esa sensación y el libro que llevaba entre las manos le produjo un curioso cosquilleo en la punta de sus dedos. Volvió a mirar la portada y sonrió antes de abrir la primera página y leer un prólogo esperanzador en el que el autor defendía la bondad de las personas y la necesidad de una felicidad que, en muchas ocasiones, resultaba esquiva. Hablaba de una novela corta pero intensa escrita como un experimento por varios desconocidos que habían decidido, sin conocerse, participar en dicho experimento. Algo de lo explicado en el prólogo le resultaba familiar por lo que, cuando leyó las primera líneas de la historia, la sangre se le congeló en las venas.

—Ruido. Ruido ensordecedor. Ruido que taladra hasta lo más hondo de la mente y que se adhiere como una sanguijuela a la piel del subconsciente para recordarle que es por lo que vive, por lo que permanece en este mundo.

Leyó esa primera frase en voz alta y le resultó mucho más familiar que la sensación que le había provocado el prólogo escrito por Carlos Bonachía, el conocido escritor que se había hecho famoso por sus novelas de apoyo y su programa de radio. Comenzó a pasar las páginas a toda velocidad hasta llegar al capítulo que ella misma había escrito un año antes.

—Verónica no dejaba de dar vueltas de un lado a otro del salón nerviosa como no lo había estado en mucho tiempo.

Comenzó a leer la historia sin poder obviar ni una coma y a punto estuvo de pasarse de parada. Bajó en la puerta del cementerio, se sentó en un banco junto al primero de los mausoleos y supo que no podría levantarse hasta terminar de leer la historia. Casi dos horas después Chus cerró el libro y, con la sensación de haber participado en algo grande, se puso en pie y caminó por las anchas y arboladas avenidas del camposanto hasta llegar a la tumba de Luis donde unas

pocas flores habían sido colocadas sobre el mármol pocos días antes y aún mantenían cierta frescura.

—Hola, mi vida.

Chus tragó saliva antes de continuar como si realmente Luis se encontrara frente a ella y tuviera que enfrentarse a una cruel despedida. Tomó aire con fuerza antes de continuar hablando.

—Sé que tú querrías que yo fuera feliz y ahora no lo soy. Te echó mucho de menos y cada vez estoy más hundida, pero me han ofrecido un trabajo en un bufete de Valencia y he aceptado.

Dio varias vueltas al libro en sus manos antes de continuar con el discurso que había preparado mentalmente mientras llenaba las maletas en su casa.

—No voy a poder venir a verte cada tarde, pero siempre te llevaré en mi corazón. Ya sabes que te amo con toda mi alma. En cuanto vuelva a Madrid vendré a verte.

Dio media vuelta y se alejó de la tumba, pero unos pasos más allá se detuvo y regresó junto a la lápida donde el nombre completo de su marido le hacía pensar en un pasado no muy lejano.

—¿Te acuerdas del cuaderno aquel que recogiste en el tren? Te conté que escribí mi parte de la historia. Lo más gracioso de todo es que mi madre me ha regalado hoy este libro y es esa historia que quedó escondida en aquel cuaderno olvidado. Te la dejo aquí para que la leas. Siempre será tuya y mía.

Chus le lanzó un beso imaginario que voló desde su mano hasta el lugar desde donde él la observaba y sonreía al verla avanzar con más ilusión que nunca. Se volvió una vez más desde la puerta del cementerio y, por primera vez desde que enterraran a su marido, se despidió de él con una sonrisa.

—Siempre te amaré.

FIN

LA HISTORIA ESCONDIDA

Prólogo

Es indudable que vivimos en la era de las redes sociales y eso conlleva una serie de ventajas y más responsabilidad de la que, en ocasiones, somos capaces de gestionar. A pesar de lo que los medios nos muestran cada día y repiten hasta la saciedad, esta época que nos ha tocado disfrutar no es especialmente violenta, pero recibimos cada noticia como si nos perteneciera por derecho propio. Tras recorrer siglos de nuestra historia en los que las matanzas y la barbarie han estado a la orden del día, podemos gritar a los cuatro vientos que vivimos en una sociedad en la que la bondad y la empatía ganan por goleada a la maldad y la venganza. Si bien es cierto que un día sí y otro también escuchamos en los medios realidades que son capaces de romper en añicos el corazón más duro, quiero defender a todos aquellos que, de forma altruista y anónima, velan por la justicia y el buen hacer. Pero no desde los escaños corruptos de la política o desde los asientos acomodados de los juzgados, sino por las calles que nos pertenecen por derecho propio y que son nuestro hogar y no de los malditos que intentan romper ese equilibrio que nos sustenta.

Una bondad que nos es desconocida porque no se aplaude en los estadios de fútbol, porque no se vota en ninguna reunión plenaria o porque, sencillamente, no nos otorga ningún beneficio económico. Pero está ahí, reptando entre nosotros como si necesitara esconderse para no ser destruida. Bondad reflejo de una sociedad endémica que intenta luchar contra esa enfermedad que tiende a una putrefacción sin fin, pero que habita en nuestros corazones e ilumina nuestras almas. No hablo de una aparición espectral ni de un milagro más propio de otros tiempos sino de un bien que nos ha sido otorgado y que no utilizamos todo lo que deberíamos por miedo a ser juzgados como bondadosos o heridos por las armas de los que viven por y para el mal.

Pero existe y es mucho más fuerte de lo que somos capaces de imaginar. Incluso en los momentos más duros de nuestra vida podemos buscar una mano tendida que nos arrastre y nos saque de las arenas movedizas de la soledad y el dolor. Personas que ni tan siquiera saben que esa bondad impregna cada uno de sus poros actúan de forma inconsciente y son capaces de reflotar un barco hundido en

el mar del egoísmo y la mezquindad.

Esta historia no es más que el reflejo de lo que unos pocos miembros de nuestra esperanzadora sociedad pudieron llegar a crear apoyándose en el compromiso y la confianza. Compromiso ante un simple cuaderno olvidado en el vagón de un tren cualquiera y en el que se invitaba a continuar la historia a la persona que lo encontrara. Confianza frente a lo que podría plantearse como inevitable e inherente a nuestro entorno que no es otro bien que la falta de empatía ante lo evidente.

Pero no fue así y las pocas personas que decidieron continuar la historia que yo mismo comencé en ese cuaderno de tapas negras me demostraron que en la condición humana hay mucho más que autoprotección y egocentrismo. Personas anónimas que dedicaron unos minutos de su valioso tiempo a un proyecto que, por suerte para la bondad que yo defiendo, ha podido ver la luz y abrirse paso en la oscuridad que pretende aposentarse en nuestro día a día.

Os invito a entrar en una corta pero intensa historia de esperanza, entrega y bondad que decidí bautizar como «La historia escondida», pero no porque sea el segundo plato de un banquete literario sino por el hecho de estar formada por pequeños recuerdos y sensaciones escondidas en lo más profundo de ese desván que todos llevamos en nuestro interior y en el que, de tanto en tanto, necesitamos refugiarnos para no caer en la desesperanza más profunda y oscura.

Tan solo confío en que este proyecto que decidí poner en marcha tras una conversación en la que la bondad no parecía tener cabida haya servido para que las personas que le dieron vida se vieran identificadas en esos seres de carne y hueso imaginarios que siempre formarán parte de nuestro ser y de nuestra esencia. Si con esta historia escondida en lo más profundo de nuestras almas logro que un corazón apagado vuelva a brillar con luz propia, me sentiré el ser más feliz de un mundo en el que creo y donde esa felicidad puede llegar a dominar a la maldad humana.

Goethe dijo que los pecados escriben la historia pero que el bien es silencioso. Y es en ese silencio en el que tenemos que apoyarnos si deseamos que la bondad derroque a todos los poderosos que juegan con nuestras vidas como si fuéramos unas tristes marionetas. Grandes aspavientos con los que pretenden escribir una historia oscura y perversa pero que puede ser cambiada con nuestro bondadoso silencio. Un silencio cimentado en una guerra de guerrillas donde esa bondad que yo defiendo a capa y espada y la comprensión humana reinarán por encima de la corruptela que intenta aplastar nuestro bien más preciado: la felicidad.

Una historia escondida, una verdad que nos pertenece, una vida

por vivir y disfrutar… Todo ello y más que nos invita a luchar con las armas de los buenos y los gentiles. Tiende una mano a todo aquel que de verdad lo necesite y hazle el vacío al poderoso, al narcisista, al perverso, y a todos aquellos que buscan su enriquecimiento por encima de todas las cosas.

Defiendo la bondad por encima de todas las verdades que nos rodean. ¿Qué verdad quieres defender?

El chico ciego

Ruido. Ruido ensordecedor. Ruido que taladra hasta lo más hondo de la mente y que se adhiere como una sanguijuela a la piel del subconsciente para recordarle que es por lo que vive, por lo que permanece en este mundo. Una soledad rayana en la locura más absurda y alimentada por la perpetua oscuridad que lo acompaña un día sí y otro también.

Sus padres fallecieron en el mismo accidente en el que Gabriel perdió la vista. Todo por comportarse como lo que era: un adolescente díscolo y rebelde que tan solo sabía luchar contra el sistema con una estúpida guerra de guerrillas en la que el hecho de no ponerse el cinturón de seguridad en el coche suponía una pequeña victoria; pequeña e inútil. El parabrisas frenó su vuelo y lo sumió en la más profunda oscuridad. Postrado en una cama de hospital, no pudo despedirse de sus padres y ellos dejaron este mundo abandonados por la única persona que los debería haber acompañado en el último vuelo hacia la eternidad. Pero no, su estupidez le hizo perder la vista y el consuelo de la despedida y con ello perdió su inocencia.

Aterrizó en el hogar de sus tíos para compartir una existencia con dos adultos que no lo querían en sus vidas y con dos adolescentes que decidieron dedicar su tiempo y sus habilidades innatas para el mal en hacerle la vida imposible a su primo, al que ya habían bautizado como el ciego. Sillas que se movían como por arte de magia cuando Gabriel estaba a punto de sentarse, piernas que aparecían en su camino y lo animaban a besar el frío suelo y objetos que cambiaban de lugar de una forma fantasmagórica cuando lo que él necesitaba para poder llevar una vida normal era conocer la posición de los objetos y ser inflexible en ello.

El mismo día que cumplió los dieciocho años salió de la casa de sus tíos, no sin antes dejar sobre la repisa de la chimenea una nota que rezaba un simple «gracias», llevó a cabo el trayecto hasta la notaría donde sus padres habían firmado el testamento. Un recorrido que había realizado varias veces en los últimos dos años con la esperanza de la llegada de aquel día, una jornada en la que su vida estaba a punto de comenzar. El notario le entregó una copia del testamento y, con una carta dirigida a la entidad bancaria donde sus padres tenían

las cuentas, salió del despacho acompañado de un servil secretario que lo puso en manos de uno de los gestores de la entidad.

Ahora, cinco años después, vivía en la casa que había sido de sus padres, era poseedor de una cuenta corriente con más dinero del que nunca podría gastar y podía dedicarse a lo que más le gustaba, a lo único que le llenaba y le hacía feliz. Salió del apartamento situado en pleno centro de Madrid y escuchó el ruido de una puerta cerrarse muy cerca de donde él se encontraba. Se detuvo y agudizó los sentidos que aún le funcionaban. El sonido sordo de la plancha de madera chocando con el cerco era muy similar en todos los pisos pero el ligero tintineo que lo acompañó le dio a entender que la puerta que se había cerrado era la más cercana a la de su propio apartamento. Solo le quedaba saber quién había abandonado el territorio vecino por lo que aspiró con fuerza y esperó la llegada de las suaves moléculas que estaba deseando oler. Cruzó los dedos y la vainilla le acarició el rostro como la suave brisa primaveral en un día soleado del mes de mayo. Sonrió y su corazón se aceleró de tal forma que temió que ella pudiera escucharlo desde donde se encontraba.

—Buenos días —saludó la joven al ver a su vecino con la mano apoyada en el pomo de la puerta de su casa—. ¿Necesitas ayuda?

En ocasiones, ese ofrecimiento servicial podía llegar a molestar a Gabriel, pero acompañado por la voz dulce y melódica de su vecina se convertía en la más bella de las tonadas que nadie pudiera crear jamás; ni tan siquiera él.

—Bu… buenos días —logró balbucear en un alarde de timidez impropia de su edad—. Muchas gracias. Estoy bien.

Podría haber sido mucho más original con su contestación. Podría haberle dicho que soñaba con ella, aunque no sabía cuál era su aspecto. Podría haberle dicho que cada vez que olía a vainilla, su corazón se encogía durante un breve espacio de tiempo para explotar de emoción poco después. Podría haberle dicho que anhelaba contemplar su rostro aunque su alma le gritaba que era la mujer más bella sobre la faz de la tierra. Pero solo pudo contestar con unas pocas y vacías palabras.

—¿Vas a tocar? —preguntó ella con un pie sobre el primero de los peldaños que conducía a la planta inferior.

—Sí, tomaré algo en la cafetería y después tocaré un rato.

—Pasaré a verte.

—Estaría genial.

Pocas palabras, escuetas frases con las que ambos pretendían aproximarse el uno al otro, pero que solo servían para demostrar una timidez que se había levantado entre ellos como un muro infranqueable, como una barrera de coral en el mar de su existir. Ella desapareció escaleras abajo y él no pudo ver cómo le dedicaba una

última mirada acompañada de la sonrisa de una joven de diecinueve años, tan solo dos años menor que él. Gabriel se atusó el pelo corto y negro como si con ello pudiera hacerla volver y, tras colocar la guitarra en su espalda, siguió la estela de vainilla hasta la vía pública donde se mezcló con un sinfín de aromas, unos agradables –los menos– y otros tan desagradables como las personas de las que emanaban. Gabriel intentaba cada mañana distinguir el aroma del café recién hecho y del pan que se dejaba dorar en el interior de un horno de leña en la tahona próxima, pero el centro de la gran ciudad no permitía tales lindeces y no le quedaba otra que recordar la suave fragancia de vainilla hasta llegar a la cafetería donde los granos recién molidos hacían acto de presencia y se colaban por su nariz sin pedir permiso.

—Buenos días, Gabriel. ¿Lo de siempre?

—Buenos días, Remi. Lo de siempre.

Tradición, rutina, estabilidad, equilibrio y medio diccionario para definir cómo se sentía cada vez que podía abandonarse a los demás, personas anónimas de las que ni siquiera conocía su nombre completo pero que le hacían la vida más fácil con algo tan sencillo como el hecho de recordar lo que desayunaba cada mañana desde hacía varios años y que le permitía relajarse en un lugar que no fuera su casa. La camarera que lo atendía cada mañana le indicaba la mesa que estaba libre y le llevaba el café y la ración de churros recién fritos al tiempo que él pagaba lo que iba a consumir y dejaba una propia de un euro, excesiva para cualquiera, pero razonablemente lógica para él que veía barato pagar un euro cada mañana por su estabilidad.

Saboreó el café con lentitud y se recreó con cada uno de los churros como si le fuera la vida en ello. Escuchó el crujido de la rueda de un carrito y supo con claridad que tras él podía hallarse una joven de trece años que reconoció por la colonia algo infantil que se echaba cada mañana antes de ir al instituto. A pesar del aroma que distinguía a la perfección, no escuchó la voz de la hija de los panaderos que, como cada sábado, llevaba los churros y los bollos recién hechos a la cafetería. Gabriel aguantó la respiración y abrió las manos para sentir en la palma cualquier corriente de aire que le indicara el movimiento de una persona próxima a él. Una suave brisa que le acarició el rostro y la palma de las manos cuando, con un rápido movimiento de una de ellas, palmeó el brazo de la hija de los panaderos justo cuando estaba a punto de agarrar el último churro que aguardaba frente a Gabriel.

—¡Eh! ¡Me has hecho daño!

—No te he hecho daño, Alba. No seas mentirosa.

—Vale, no me has hecho daño.

Gabriel cogió el último churro y se lo tendió a la joven que lo agarró con la diligencia de los adolescentes que no ven más allá de su

propio interés. Alba se sentó frente a él mientras devoraba el churro y sorbió un poco de café del vaso de Gabriel.

—¿Tus padres te dejan tomar café?

—Ya tengo trece años. Eres peor que mi padre.

—No seas exagerada.

Gabriel se puso en pie, cogió su guitarra y se la echó al hombro bajo la atenta mirada de la chica de trece años que suspiró al verlo frente a ella con la mirada perdida como un náufrago en una isla desierta que no es capaz de ver más allá del horizonte. Como cada sábado, recorría las calles del centro de la ciudad en busca del joven cantautor que deleitaba los oídos de quien quisiera detener su caminar en una sociedad en la que velocidad y la premura parecían haberse adueñado de todo. La joven hija de los panaderos se sentaba en un poyete de piedra al otro lado de la calle y observaba al joven ciego sin saber que ella también era observada por otra persona, por un adolescente enamorado de una compañera de clase que, con toda seguridad según pensaba él, se reiría de su ortodoncia y de su físico desgarbado que, poco a poco, tomaba la forma de un adulto, aunque ella no pudiera verlo.

Se despidieron frente a la cafetería y, mientras la joven de trece años lo observaba alejarse, Gabriel fijaba su vista glauca en algún lugar del horizonte que no podía contemplar pero que, con todos los sentidos alerta, le servía de estímulo y le permitía avanzar y no quedarse encogido en una esquina como le sucedió nada más perder la vista. De vez en cuando recordaba aquellos primeros días en los que el simple hecho de avanzar en la oscuridad le provocaba tal pavor que se encogía en una esquina de su dormitorio y no se veía capaz de abandonar aquel refugio en el que se sentía seguro; seguro y solo.

Llegó a su esquina pocos minutos después y, tras sacar la guitarra de su funda, se sentó en el suelo frente a la funda que serviría como recordatorio a los transeúntes de que, aunque no lo necesitara, no componía ni cantaba por amor al arte sino por unos pocos euros con los que tenía por costumbre comprar unas barras de pan y algo de embutido que entregaba a los pocos mendigos que, desde hacía muchos años, pedían en las puertas de la iglesia. Deseaba que su música sirviera para algo más que para entretener a los transeúntes anónimos y por ese hecho decidió convertir su arte en viandas para los más necesitados. Afinó la guitarra como el mejor de los cirujanos comprueba el filo de su bisturí y arrancó unas pocas notas con las que pretendía llamar la atención. Una bonita melodía que comenzó a recorrer las calles como una plaga que buscara a sus víctimas y que las arrastrara hasta el punto de origen. Poco a poco, algunas personas se fueron congregando a su alrededor y, cuando pudo sentir algunas respiraciones, tomó aire con suavidad y comenzó a cantar con su voz

modulada y una afición perfecta.

Sería mejor verte marchar,
mi alma te acompañaría
y mi corazón sería tuyo,
tuyo por siempre jamás.

Varias estrofas más en las que hablaba de amor, desamor, abandono y reencuentro. Una canción profunda y triste acompañada por una bella melodía con la que acarició el alma de los pocos transeúntes que, a aquella hora temprana y con los comercios recién abiertos, se habían detenido a sabiendas de que aquel chico tenía algo especial que lo convertía en un ser auténtico y único.

Fueron pasando las horas y el sol consiguió elevarse lo suficiente como para ser capaz de eludir los altos edificios y templar el cuerpo de Gabriel que, al sentir los rayos del astro rey en su rostro, sonrió y comenzó a entonar para dejar paso a una canción alegre y esperanzadora con la que terminó de conquistar a los que lo escuchaban.

Mirad a vuestro alrededor
y no os dejéis engañar,
no estáis solo, recordad
que lo más bonito es la amistad.

Letras sencillas y melodías pegadizas que lograban arrancar más de una sonrisa y con las que lograba unos buenos euros que, poco después, intercambiaría por el almuerzo de los indigentes que lo conocían y lo adoraban. De vez en cuando alguno de ellos desplazaba su lugar de mendicidad cerca de donde él se encontraba cantando para deleitar su mente y dejarse acariciar el alma por el joven ciego que lograba, a partes iguales, reconfortar sus corazones y llenar sus estómagos. Pocos minutos después una joven de trece años se sentó en el poyete de piedra al otro lado de la calle mientras un joven moreno y algo desgarbado la contemplaba desde la lejanía y suspiraba de amor. Gabriel no fue consciente de este hecho pero sí del aroma a vainilla que se aproximaba y que logró que su corazón comenzara a latir como un potro desbocado. No se lo pensó dos veces. Rasgueó un par de veces las cuerdas de la guitarra y comenzó a cantar a viva voz pero con la templanza de quien controla el instrumento que ha recibido como un don.

Aquella mañana te vi partir,
el aroma a vainilla siguió junto a mí,

mi corazón dejó de latir
y mis ojos, de nuevo, vieron en ti.

Ella se detuvo frente a él y suspiró al tiempo que las siguientes estrofas se convertían en una auténtica declaración de amor. La joven de diecinueve sintió cómo su pecho se quebraba al escuchar aquellas palabras de amor que ahora lograba hacer suyas, justo el mismo día en el que supo que tenía que alejarse de él, que nunca volvería a verlo y que aquella melodía lo acompañaría mientras continuara respirando, No se lo pensó dos veces. En cuanto Gabriel dejó de cantar y algunos lanzaban unas monedas al interior de la funda de la guitarra, ella los rodeó, se acercó al cantautor y lo besó con ternura en los labios.

—Gracias —susurró.

Sin añadir nada más echó a correr y dejó a Gabriel sin habla, sin que su guitarra fuera capaz de lanzar ninguna nota más a los cuatro vientos. La joven de trece años se levantó del poyete de piedra, se encogió de hombros con resignación, como quien es capaz de ver la realidad más allá de los deseos, y fijó su vista en un joven moreno y algo desgarbado que la observaba desde la lejanía.

En el momento en el que Gabriel guardaba la guitarra en la funda y se ponía en pie para marcharse, un hombre rubio, de pelo corto y pulcramente cortado, dejó su escondite cercano a la hija de los panaderos, sonrió con amargura y miró al cielo antes de desaparecer.

(Es un cuaderno olvidado pero no perdido. Te invito a continuar con esta historia y a hacerla tuya. No olvides que en las palabras está la fuerza y la razón. Escribe tu parte, deja un trocito de tu alma en ella y deposita el cuaderno olvidado allá donde lo encontraste. Otro continuará tu historia si se lo pides. Carlos.)

Tristeza

Lágrimas de desamor pero no por el novio perdido o por una triste historia de amor. Lágrimas de desamor por la inocencia que se le resbaló entre los dedos como una niña que juega con un pez al borde del agua. Lágrimas de rencor, de apatía, de crueldad… Lágrimas que resbalaban por sus mejillas cuando aún sus ojos no se habían acostumbrado a la poca luz que entraba por las rendijas de la persiana.

Verónica permaneció tumbada en la cama durante unos minutos mientras su cerebro le anunciaba al resto del cuerpo que había llegado el momento de ponerse en marcha, de dejar atrás una noche de pesadillas y llantos desconsolados y, por encima de todo, de tirar de un carro que, de no ser por ella, permanecería con las ruedas clavadas en al fango del camino. Su hermana pequeña la necesitaba y, aunque se negara a admitirlo, su padre también. Aquel hombre duro y tosco se había transformado en unas pocas semanas en un despojo de lo que había sido, en un muñeco desmadejado que había perdido el motor que alimentaba su existencia y que se sentía vacío como un títere sin cabeza.

Su esposa, la mujer que había cambiado su vida y le había regalado dos hijas maravillosas, había fallecido tres semanas antes tras perder la insufrible batalla contra el cáncer y el domicilio alegre y repleto de vida se había convertido en un túmulo de tristeza donde una joven de diecinueve años luchaba por sacar adelante a su hermana de doce y al hombre que siempre se había mostrado inflexible con ella pero que ahora parecía depender de sus atenciones como un niño pequeño.

Se levantó con el mismo nudo en la garganta que todos los días hacía acto de presencia y que le recordaba que había perdido a su madre, pero no podía ni quería regodearse con su tristeza. De no ser por su fuerza y entereza, Marta ni tan siquiera se levantaría para acudir al colegio. Una joven preadolescente que comenzaba a mostrar cierta rebeldía cuando su madre aún estaba junto a ellas pero que, desde su muerte, había dejado paso a una niña oscura y gris que luchaba contra el mundo y contra todo aquel que se mostrara contrario con lo que ella pensaba.

—Marta, levántate. Tienes que ir al instituto. Tienes partido.

—Paso.

La voz apagada y rota de su hermana llegó desde debajo de las sábanas y, aunque entraba dentro de lo previsible, Verónica sintió que su alma se rompía en mil pedazos. No sabía cómo luchar con su hermana y cómo lograr que saliera de la burbuja en la que se había escondido. Pensó en lo que haría su madre en una situación como aquella pero no encontró la respuesta idónea ya que, cuando ella vivía, Marta era una niña feliz y sonriente que adoraba ir al instituto y que soñaba con llegar muy lejos. Quería ser pediatra para cuidar de los niños enfermos pero ahora, tras tres semanas de tristeza, tan solo pedía que la dejaran en paz. Verónica tomó aire un par de veces para serenarse en espera de cualquier contestación fuera de lugar por parte de su hermana.

—¿Qué hubiera dicho mamá de verte así?

—Mamá está muerta. Déjame en paz.

Verónica volvió a tomar aire para entrar de nuevo al trapo, pero no tenía más energía para ello y, sobre todo, tenía claro que no iba a conseguir levantar a su hermana de la cama. En el pasillo se cruzó con su padre y este ni tan siquiera la miró en su camino hacia la cocina. Verónica calentó un poco de leche en un cazo y le preparó a su padre un café como había visto hacer a su madre durante todos esos años en los que la cocina se había convertido en el centro neurálgico a la hora del desayuno. Pero ahora, solo era el lugar donde rumiar las propias desgracias.

—¿Dónde está tu hermana?

—No quiere ir al partido.

Verónica aguantó la respiración y esperó la reacción desmedida de su padre, un hombre autoritario que nunca permitiría que sus hijos fueran unos fracasados y mucho menos que abandonaran los estudios, pero el muñeco desmadejado volvió a hacer acto de presencia. El hombre que había decidido dedicar su vida a las tres mujeres que ocupaban su casa dejó atrás los tristes recuerdos y, tras lanzar con furia la taza del desayuno contra el fregadero, salió de la casa dando un portazo. Verónica, encogida en una esquina, se incorporó y recogió los pedazos de porcelana esparcidos por la encima, el fregadero y el suelo. Una vez hubo terminado, regresó a la habitación de su hermana con un vaso de leche caliente con cacao. Pensó que, si no podía utilizar la fuerza con ella, intentaría aplicar la empatía. Una vez más se equivocaba.

Tras dejar el tazón sobre la mesita de noche, subió unos centímetros la persiana para iluminar el cuarto que en los últimos días se había trasformado en una cochiquera, como diría su madre, y regresó junto a su hermana. Comenzó a acariciarle el cuero cabelludo

como llevaba haciendo desde que era una cría y sentía el terror nocturno a la oscuridad que todos los niños padecen, pero ella agitó la cabeza y se desplazó dentro de la cama lo más lejos que pudo de Verónica. La joven, con las lágrimas aflorando a sus pupilas, alargó de nuevo la mano hacia su hermana, pero a mitad de camino cambió de opinión y la volvió a posar sobre las sábanas.

—No puedes seguir así. —Verónica guardó silencio unos segundos esperando una respuesta por parte de su hermana, aunque el silencio seguía copando cada rincón de la habitación—. Tienes que ir al instituto. Tus amigas te esperan.

—Me da igual.

—A mamá…

—Deja a mamá en paz.

Verónica guardó silencio de nuevo y apretó los dientes con fuerza. Una parte de su mente y de su corazón le instaban a que fuera paciente con su hermana pequeña, pero el rincón más pragmático de su cerebro le pedía a gritos que la sacara a rastras de la cama y la llevara al instituto a la fuerza, aunque Marta no quisiera. No sabía qué hacer y se sentía perdida. Su padre, más que una ayuda o un consuelo, se había convertido en una verdadera tortura que había transformado a su hija en su sparring particular.

Volvía todas las noches apestando a alcohol y chocándose con cada rincón de su casa por lo que Verónica había optado por evitarlo en la medida de lo posible. En cuanto escuchaba la llave en la cerradura, se echaba a temblar y cada rincón de su cuerpo se encogía de temor. Intentaba aprovechar cada instante que se encontraba a solas en su casa para recordar cómo era antes de que su madre desapareciera dejando atrás un hondo vacío. Escuchó a su hermana salir de la habitación para ir al baño y aguantó la respiración. La ilusión por ver de nuevo a la joven alegre y dispuesta desapareció en cuanto Marta salió de baño y se encerró en su habitación. Tomó aire con fuerza y, tras echarse unas gotas del perfume con olor a vainilla que su madre le había regalado en navidades, cogió las llaves de casa y llegó al vestíbulo. Allí reparó en un objeto que ni tan siquiera había visto en las últimas tres semanas que no era otra cosa que un trocito de papel enganchado en el espejo de la entrada. Lo cogió con mucho cuidado como si pudiera hacerle daño y se encontró con la letra inconfundible y algo alocada de su madre que, semanas atrás, había escrito un simple recordatorio para ir a recoger algo a la papelería del barrio. Una lágrima rebelde afloró a una de sus pupilas pero se la enjugó con una de sus manos. No deseaba abandonar la casa con la sensación de tristeza que ahora amenazaba con asfixiarla. Tomó aire una vez más, guardó el trozo de papel en el bolsillo trasero de los vaqueros y salió al rellano donde, para su sorpresa, se encontró con su

vecino.

Habían hablado unas pocas veces, pero siempre utilizando frases escuetas como si el tiempo fuera un bien preciado para los dos o como si un rubor adolescente pudiera hacer acto de presencia en sus mejillas revelando su verdadero sentimiento. No quería ponerse nerviosa delante del chico del que se sentía profundamente enamorada y mucho más porque sabía que tenía un don y que podía sentir la vergüenza en su voz. Gabriel era un chico ciego que había perdido a sus padres años atrás y ahora, tras la muerte de su madre, se sentía mucho más cerca de él de lo que jamás había experimentado hacia ningún chico. Cuando se enteró de la muerte de su madre y se la encontró en el rellano, tan solo fue capaz de pronunciar un breve «vaya» que a ella le llegó a lo más hondo de su alma. No deseaba de él una palabra de consuelo o de pésame y lo que recibió fue una muestra de empatía que logró que se enamorara aún más de él. Era un chico atractivo y su ceguera, para ella, lo hacía todavía más interesante.

—Buenos días —saludó Verónica nada más cerrar la puerta tras ella y ver a su vecino—. ¿Necesitas ayuda?

Nada más preguntar ya se estaba arrepintiendo. Tenía muy claro que su vecino, a pesar de su ceguera, era un joven autónomo que no necesitaba ayuda de nadie. A pesar de ello, ella deseaba ayudarlo tan solo por sentirlo próximo y por disfrutar de la posibilidad de entrar en su vida.

—Bu… buenos días —correspondió él al saludo con un ligero tartamudeo que Verónica no quiso interpretar como un síntoma de nerviosismo—. Muchas gracias. Estoy bien.

Agachó la cabeza en cuanto escuchó la contestación de Gabriel y un nudo se apoderó de su garganta. No quería separarse de él pero la escueta frase la invitaba a comenzar a bajar las escaleras en el sentido contrario al que ella deseaba. En un alarde de atrevimiento impropio de su forma de ser decidió continuar con la conversación.

—¿Vas a tocar? —preguntó ya con un pie en el primer peldaño de las escaleras, pero con la intención de no dejar que el otro pie continuara su camino.

—Sí, tomaré algo en la cafetería y después tocaré un rato.

—Pasaré a verte.

—Estaría genial.

Había sido una conversación como las que siempre mantenían cuando se encontraban en el rellano de la escalera o en el portal. Aun así, Gabriel le había dicho que le parecía genial que ella se acercara a escucharlo tocar y a ella aquello le sonó a música celestial. Con una alegría renovada en su interior continuó su camino hacia la vía pública. Cuando llegó a la calle se dejó acariciar el rostro por los rayos cálidos del astro rey que intentaba abrirse camino entre las nubes que

copaban el cielo a esa hora de la mañana. Giró hacia la izquierda en dirección a la plaza y, en su camino, se detuvo en la pequeña tienda de ultramarinos, que llevaba toda la vida en el barrio, y compró un par de cartones de leche y media docena de huevos. Había decidido hacer para la comida el famoso pastel de primavera que solía cocinar su madre todos los domingos pero, al mirar en la nevera, descubrió que no contaba con la materia prima necesaria. En la charcutería pidió doscientos gramos de jamón de york y se percató de que en todas las tiendas a la que acudía la miraban con pena, pero sin atreverse a comentar nada. Su madre había sido una mujer conocida y muy querida en el barrio y su muerte había conmocionado a más de un vecino. Durante la primera semana no le quedó otra que hacer de tripas corazón y tragar saliva cada vez que se encontraba con un conocido y el nudo en la garganta hacía acto de aparición como el peor de los males que le tocara sufrir. Tres semanas después todos se habían acostumbrado a su presencia en los quehaceres típicos de su madre, pero todavía la contemplaban con la tristeza de quien ha perdido parte de su alma.

Cuando estaba a punto de regresar a su casa se acordó de la nota que había encontrado en el espejo del vestíbulo y donde su madre había escrito un recordatorio. Dio media vuelta y regresó a la plaza que cruzó con cierta desidia. No quería dar de lado el encargo de su madre, aunque, por otra parte, tampoco deseaba encontrarse con el reflejo de la realidad que había dejado tras de sí su madre a la que la muerte le había pillado por sorpresa, por mucho que supiera que la Parca la había elegido para el último viaje. Llegó a la puerta de la librería y se apoyó en una señal de tráfico para recobrar el aliento que ni tan siquiera sabía que había perdido, más por los nervios que por el tranquilo paseo. Se decidió y abrió la puerta con una decisión mal construida. En cuanto se encontró frente al mostrador el corazón se le encogió en el pecho y las lágrimas hicieron acto de aparición durante un breve lapso de tiempo. En cuanto escuchó la voz en la trastienda de la mujer que regentaba la librería desde hacía más de veinte años, la realidad regresó a su vida como un manotazo recibido en pleno rostro.

—Buenos días, Verónica.

—Buenos días.

—¿Qué se te ofrece?

Por suerte para ella, ya se había encontrado con la librera en plena calle varios días atrás por lo que las muestras de dolor y las condolencias ya habían sido puestas sobre la mesa y podían dejarse llevar por una serie de preguntas y respuestas de lo más profesional.

—Mi madre había encargado algo. Vengo a recogerlo.

La dependiente y dueña del negocio abrió un libro de cuentas y comenzó a recorrerlo con el dedo mientras su ceño se fruncía en un

gesto de esfuerzo mental que Verónica había visto en muchas personas. Unos segundos después que a ella le parecieron horas, el dedo de la librera se detuvo junto al nombre de su madre y, por primera vez desde que entrara, sonrió.

—Lleva varios días aquí. Ahora recuerdo que tu madre me dijo que era para ti.

Verónica abrió la boca pero ningún sonido abandonó su garganta. La mujer regresó a la trastienda y volvió con un paquete en una de sus manos. Lo dejó sobre el mostrador y Verónica supo, por la forma, que se trataba de un libro de gran tamaño.

—¿Tengo que pagarlo?

La dependiente miró de nuevo el libro de cuentas y negó con la cabeza.

—No, ya lo pagó tu madre.

—Muchas gracias.

Salió de la tienda con el paquete en una de sus manos y el alma rota en mil pedazos. No tenía ni idea de lo que iba a encontrar dentro del papel que envolvía el libro, pero el solo hecho de que fuera un objeto comprado por su madre le hacía echarla mucho más de menos, si ello era posible. El nudo, el maldito nudo que parecía formar parte de su garganta volvía a aparecer con más fuerza que nunca y no tuvo más remedio que sentarse en un banco donde intentó no derramar ni una lágrima, pero donde fracasó en su empeño. Rodeado de una bolsa con viandas y un libro envuelto en papel de regalo de color rosa, dejó que su alma sangrara el dolor eterno con cada una de las lágrimas que comenzaron a recorrer sus mejillas como si de una cascada se tratara. Estuvo así durante unos minutos en los que algunos transeúntes hacía amago de detenerse al verla en ese estado pero donde volvió a encontrarse en el mismo centro de una sociedad que miraba mucho más por su propio ombligo que por el de un desconocido. No quiso pensar en ello.

Por tercera vez en lo que llevaba de mañana tomó aire con toda la fuerza de sus pulmones y cogió el paquete para desenvolverlo. Intentó quitar cada trocito de celo con mucho cuidado tal y como le había enseñado su madre y, en cuanto acabó esa labor y pudo ver el interior, el nudo de la garganta apretó con la fuerza de un titán. A su mente llegó una conversación mantenida con su madre varias semanas atrás.

—¿Qué vas a querer para tu cumpleaños?

—No lo sé, mamá.

—Piénsalo. Algo que te guste.

—Quizá un libro. El de los personajes de Harry Potter.

Y allí se encontraba delante de ella con su portada de color azul y los adornos dorados que lo convertían en una auténtica joya. Lo

acarició con sumo cuidado y se dispuso a abrirlo con la imagen de su madre en su mente cuando un mensaje fugaz cruzó por su mente y la hizo sonreír con amargura.

—¿Qué vas a querer para tu cumpleaños? —le había preguntado su madre con el amor de quien ha entregado su vida por un hijo.

Sacó el móvil de su bolsillo y miró junto a los números que indicaban que ya eran casi las once de la mañana. La fecha actual explotó en su cerebro como si una bomba de relojería emocional se hubiera alojado en el interior de su corazón y acabara de estallar. Era su cumpleaños.

Se sintió más agotada que nunca y con el corazón destrozado por el dolor. A pesar de la laxitud que se había apoderado de todo su ser se puso en pie en cuanto escuchó en una callejuela cercana el sonido de una guitarra y de la voz más bonita que jamás había rozado su alma. Recorrió la escasa distancia que lo separaba del hombre del que se había enamorado y supo que no podía traspasarle su tristeza, que no debía entregarle un corazón repleto de heridas sin sanar. A cada paso que la acercaba a él más claro tenía que comenzaba a alejarse, que no debía volver a verlo, que él necesitaba ser feliz junto a una joven alegre y entregada. Y ella era un despojo de lo que había sido.

Llegó a la altura de la calle donde Gabriel tocaba su guitarra rodeado de unas pocas personas y ella se detuvo muy cerca de donde él se encontraba. El cantautor, en ese preciso instante, detuvo su mano y elevó el rostro hacia donde ella se encontraba antes de sonreír. Un gesto que pareció regalarle y que ella hizo suyo al instante. En cuanto él abrió la boca supo que la canción le pertenecía.

Aquella mañana te vi partir,
el aroma a vainilla siguió junto a mí,
mi corazón dejó de latir
y mis ojos, de nuevo, vieron en ti.

Una primera estrofa que hablaba de ella y de lo que había ocurrido esa misma mañana en el rellano de la escalera. Una muestra de que ella no le había pasado desapercibida y que, de alguna forma, había calado en su corazón.

Mi alma te pertenece,
Niña, no te alejes de mí.
Lo que siento por ti
no me deja mentir.

Soy todo tuyo y tú eres mía,
somos dos en mi oscuridad.

El olor a vainilla me vuelve loco.
Bendita locura, bendito amor.

Somos dos…
Solos tú y yo.

Bendita locura... y bendito amor.

No se lo podía creer. En una movimiento reflejo llevó la muñeca a su nariz y aspiró el suave aroma de la vainilla. Ella era ese olor que volvía loco a Gabriel. Ella era esa locura y ella era ese bendito amor. Supo que nunca podría enamorarse de nadie de esa manera pero también tuvo la certeza de que no podía ni debía jugar con él. No quería hacerle daño y ella era un polvorín emocional. Tomó la decisión de no volver a verlo aunque con ello traicionara a su propio corazón. Aun así, le debía una última y única muestra de amor. Se acercó a él con el corazón encogido y, sin pensárselo dos veces, se inclinó y le dio un beso tierno en los labios.

—Gracias.

Echó a correr en dirección a su casa sin volver la vista atrás y sin dejarse llevar por sus deseos. Su corazón le pedía a gritos que volviera junto a él, su alma se lamentaba por la decisión tomada pero su cabeza aplaudía la decisión que le había rasgado hasta lo más hondo de su ser. Junto al portal se detuvo, elevó la cabeza hacia el cielo y se preguntó lo que habría hecho su madre. En ese preciso instante comenzó a llover y supo que ella lloraba por su tristeza.

(Es un cuaderno olvidado pero no perdido. Te invito a continuar con esta historia y a hacerla tuya. No olvides que en las palabras está la fuerza y la razón. Escribe tu parte, deja un trocito de tu alma en ella y deposita el cuaderno olvidado allá donde lo encontraste. Otro continuará tu historia si se lo pides. Irene.)

El verdadero amor

Como cada mañana, el sol entraba por su ventana a raudales y no tardó mucho en saltar de la cama y ponerse en movimiento. Le gustaban los sábados a pesar de que no le quedaba otra que ayudar a sus padres en la panadería durante un par de horas. Pero después de repartir los bollos de la mañana y los deliciosos churros podía dedicarse a lo que más le gustaba. Además, estaba la posibilidad de encontrarse con Gabriel, un hombre mucho mayor que ella pero que, a pesar de su ceguera, demostraba con su voz que tenía un corazón enorme y un alma de artista, como ella misma se sentía.

Adoraba bailar a pesar de que sus padres no veían en ello mucho más que una simple afición de una cría de trece años, pero aquella mañana tenía una audición, su primera audición, en el centro de la ciudad y para ello no le había quedado otra que falsificar la firma de sus progenitores. Ellos eran dos personas que habían luchado por salir de la pobreza gracias al trabajo duro y a la capacidad de su padre para crear un negocio de la nada. Ambos estaban orgullosos de la panadería tradicional, pero no querían que su hija Alba siguiera sus pasos por lo que la instaban a estudiar para, como ellos decían siempre que alguien escuchaba en la tienda, sacarse una buena carrera y labrarse un porvenir.

Aunque Alba tenía un sueño y estaba convencida de que debía luchar por ello y, para lograrlo, se había dejado convencer por su amiga Karina que había aparecido un día en el instituto con un folleto que le habían dado la tarde anterior en el centro y donde se pedían bailarines y cantantes de todas las edades para un musical que se pretendía estrenar en otoño. Por si acaso aquello no era poco, también incluía en el regalo el documento de inscripción a las pruebas junto con una autorización que debía firmar uno de los progenitores en caso de tratarse de un menor. La primera idea de Alba había sido la de tirar el anuncio a la papelera, pero Karina se había pasado toda la mañana comiéndole la oreja, como ellas decían, con que debía ir a la audición y que no podía dejar que sus padres controlaran su vida porque ya tenía trece años y no podía permitir que los demás vivieran su vida en lugar de hacerlo ella. Un discurso que a Alba le había parecido preparado de antemano y con el que su amiga no dejó ningún

resquicio a las dudas o los temores. Esa misma tarde, Alba cogió uno de los albaranes de la panadería y, con mucho cuidado, pero con pulso tembloroso, copió la firma de su padre en el espacio reservado para tal fin y, un poco más abajo, escribió con una grafía distinta a la suya el número del documento nacional de identidad de su padre. Una vez hubo terminado, respiró hondo y guardó el papel en su mochila en el preciso instante en el que su madre salía del horno y entraba en la tienda.

—¿Qué haces, hija?

—Deberes.

Sin esperar contestación alguna por parte de su madre, se levantó y salió corriendo de la tienda en dirección a la parada del autobús donde había quedado con Karina. Su amiga había insistido en acompañarla porque no confiaba demasiado en que Alba se atreviera a entregar el documento de inscripción en el teatro.

De aquello habían pasado más de dos meses y un par de días antes había recibido un email en su móvil en el que se la invitaba a acudir a una prueba, a realizar en el mismo teatro, para decidir el elenco del musical. No tenía ni idea del argumento de la representación, pero tenía claro que, de pedir bailarines de todas las edades, habría un puesto para una chica de trece años. No sabía cuántas jóvenes de su edad se presentarían pero tenía claro que las academias de baile estaban llenas de cabezas alocadas y soñadoras como la suya y de cuerpos fibrosos y atléticos esculpidos por horas y horas de prácticas. Su academia había sido su habitación, su único espectador el espejo del armario y sus profesores los vídeos que descargaba de internet y que veía constantemente intentando perfeccionar su estilo. Aunque había comenzado a aprender baile español, en cuanto vio la película *Step up*, se enamoró de lo que los jóvenes llamaban baile callejero y comenzó a practicarlo en la soledad de su habitación siempre que sus padres no se encontraban en casa, que era bastante a menudo.

Como no podía llevar la ropa a la audición en una bolsa de deporte por si la veían sus padres por la calle, se vistió con un top de color gris que le había prestado Karina y logró ponerse un pantalón de chándal sobre otro militar que se había comprado en El Rastro con sus ahorros. Cuando llegó a la panadería a las nueve de la mañana, su madre ni tan siquiera reparó en el chándal que no solía ponerse un sábado si no era absolutamente necesario.

—Llegas tarde, hija. Hay que repartir los churros y los bollos.

Alba no contestó porque tenía la cabeza en otro sitio y sus pies ya habían comenzado a moverse al compás de la coreografía que había ideado y con la que pretendía impresionar a los responsables del musical. Cogió el pequeño carrito con el que solían transportar los

churros y la bollería y dejó la panadería con la única idea de terminar lo antes posible con su cometido. Entregó unos cruasanes en el bar de la plaza y unos donuts en el puesto de la esquina para, una vez terminada esas primeras entregas, desandar lo andado en dirección a la cafetería de Remi donde debía entregar la mayoría de los bollos hechos por su padre y una buena ración de churros y porras. Entró por la puerta de atrás y, tras cruzar la cocina, comenzó a dejar bandejas sobre la barra con cruasanes, caracolas y otros bollos deliciosos. Los churros y las porras los sacó de su envoltorio de papel y los colocó con mucho cuidado en uno de los expositores.

—Ya era hora— comentó la dueña de la cafetería con cara de malas pulgas, aunque Alba sabía que detrás de esa expresión siempre había una palabra amable—. Ya sé que es sábado y que deberías estar durmiendo.

—Da igual. Me gusta levantarme pronto.

Alba dejó el albarán de entrega sobre la encimera y Remi lo adornó con una rúbrica lanzada al aire. La chica dio media vuelta para marcharse, pero su corazón se detuvo al encontrarse con Gabriel que esperaba sentado frente a una de las mesas de la cafetería. Remi colocó en un plato media docena de churros y los llevó junto con un café a la mesa del cantautor que, con la guitarra junto a sus pies, movía la cabeza de un lado a otro como si con ese gesto pudiera ver todo lo que le rodea. Alba sonrió al ver cómo el joven también sonreía pero de placer al paladear el primero de los churros de su desayuno. No se lo pensó dos veces y decidió gastarle una broma por lo que, cuando tan solo quedaba un churro sobre el plato, se acercó a él con mucho cuidado y, en cuanto vio que él separaba las manos del plato y parecía poco concentrado, estiró su brazo para hacerse con el último churro. Gabriel dio un palmetazo sobre su extremidad como si la hubiera visto y ella se echó hacia atrás sobresaltada.

—¡Eh! ¡Me has hecho daño!

—No te he hecho daño, Alba. No seas mentirosa.

—Vale, no me has hecho daño.

A pesar de todo y con la idea clara de tratarse de una broma, el cantautor cogió el último churro y se lo entregó a Alba. Ella lo cogió sin pensárselo dos veces y, mientras saboreaba el churro como si le fuera la vida en ello, se sentó frente a Gabriel y, sin pedir permiso, tomó el vaso de café y le dio un sorbo.

—¿Tus padres te dejan tomar café?

—Ya tengo trece años. Eres peor que mi padre.

—No seas exagerada.

Gabriel se puso en pie, cogió su guitarra y se la echó al hombro. Alba observaba cada uno de sus movimientos y no pudo evitar suspirar al ver cómo él miraba hacia el horizonte sin poder observar

nada que no existiera en su imaginación. Abandonó la cafetería tras pagar la consumición y Alba no tardó en ponerse en pie y salir a la calle con el carrito para regresar a la panadería. Tras prometerle a su madre que haría los deberes y que estudiaría para los exámenes del siguiente trimestre, echó a correr en dirección a la plaza, pero no pudo evitar detenerse y sentarse en un poyete de piedra para escuchar la voz dulce y melodiosa de Gabriel. Pasados unos minutos tuvo la sensación de que alguien la observaba y, al mirar hacia la plaza, se encontró con los ojos azules y vivarachos del hijo de los dueños del quiosco. Era compañero suyo de clase pero tan solo había intercambiado con él un par de palabras en lo que llevaba de curso. Era un chico larguirucho y algo desgarbado muy alejado de los chavales que intentaban conseguir su corazón, atletas y ególatras a partes iguales pero con menos cerebro que un pajarito.

Miró el reloj y comprobó que solo quedaban unos minutos para encontrarse con su amiga Karina por lo que hizo ademán de levantarse cuando reparó en la presencia de otra de las chicas del barrio que miraba a Gabriel con los ojos de quien está profundamente enamorado, pero cree que todo está perdido. Cuando el cantautor terminó una canción que Alba nunca había escuchado, la joven de pelo rubio se acercó a él y le dio un beso tierno en los labios antes de desaparecer. Al ver el rostro bobalicón de Gabriel, se incorporó del poyete de piedra y, tras encogerse de hombro con la idea de no encontrarse en la misma liga que los demás, se puso a caminar en dirección a la plaza. Su vista se cruzó un instante con la del chico que la observaba intentando disimular y que se puso en marcha en cuanto ella lo hizo. Llevaba una bolsa de deporte sobre uno de los hombros y, nada más atravesar la plaza, se colocó junto a ella en la marquesina del autobús donde ya esperaba Karina.

—Llegas tarde como siempre.

—Son las diez y media.

—Pues eso.

Karina miró por encima del hombro de su amiga y se fijó en el chico de pelo negro y ojos azules. Estaba a poco más de un metro de ellas pero le resultó evidente el hecho de que, por alguna extraña razón, estaba nervioso.

—Creo que le gustas a ese chico —susurró Karina—. No hace más que mirarte.

—No digas tonterías.

—No las digo.

Alba hizo como que tosía y aprovechó el movimiento convulso para mirar de reojo al chico. No era especialmente guapo ni interesante, pero de él emanaba algo que ella no fue capaz de interpretar. Se alejaba mucho de los chicos musculosos y algo

estúpidos con los que alguna vez había salido, aunque tenía que reconocer que sus ojos azules eran muy bonitos y la franca sonrisa que había lanzado al aire durante una fracción de segundo era sincera y cautivadora. Ella no estaba interesada en los chicos porque no podían ofrecerle lo que a ella le atraía que no era otra cosa que un alma de artista más allá de un simple físico o una promesa de amor eterno. A sus trece años tenía las cosas muy claras y quizá por ello le gustara tanto Gabriel.

Tardaron algo más de media hora en llegar al centro de la ciudad. El hijo de los del quiosco se había sentado en la última fila del autobús de línea por lo que no podían verlo, pero ambas chicas estaban pendientes en cada parada por si lo veían bajar. Su sorpresa fue mayúscula al encontrarlo junto a ellas en la misma parada existente junto al teatro donde se hacían las pruebas para el musical. Pero la sorpresa fue mucho más allá. Tal y como comenzaron a caminar hacia el teatro, el chico acompasó el paso al de ellas hasta que Karina, algo mosqueada, se detuvo de repente y lo miró con los brazos en jarra y cara de pocos amigos.

—¿Nos estás siguiendo?

El chico reparó en el rostro serio, pero, cuando volvió la cabeza hacia Alba, su cara se tiñó del color de la sangre y no pudo evitar mostrar su rubor.

—Yo… no… No os estoy siguiendo.

—Y yo voy y me lo creo —replicó Karina con chulería.

—Voy a la prueba para el musical.

El hijo de los sueños del quisco señaló hacia el teatro al tiempo que extraía del bolsillo un papel idéntico al que Karina le había llevado a Alba para mostrarle que había una convocatoria para un musical en el centro de la ciudad. Karina se encogió de hombros y Alba sonrió de oreja a oreja.

—Yo también voy a la prueba. Voy a bailar. Y tú.

—Voy a cantar, aunque también me defiendo bailando.

Alba, al escuchar que el chico sabía cantar, miró a su amiga de reojo y esta se encogió de hombros y comenzó a caminar hacia el teatro mientras su amiga continuaba el recorrido, pero con el chico a su lado.

—¿Cantas desde hace mucho?

—Desde siempre.

—¿Y tú? ¿Desde cuándo bailas?

—Supongo que desde siempre.

Los dos chicos guardaron silencio y, al cruzar sus miradas durante un breve espacio de tiempo, sintieron una corriente eléctrica recorrer sus cuerpos desde los pies a la cabeza. Esa sensación desapareció en cuanto llegaron al teatro y se dieron de bruces con la

realidad de cientos de jóvenes que hacían cola frente a las puertas esperando su turno. Alba se temió lo peor, pero, pasados unos minutos, una joven con el pelo rubio y largo hasta la cintura, salió y levantó las manos para pedir silencio.

—¡A ver! ¡Sé que sois muchos pero debéis tener paciencia! ¡En el email que os mandamos os asignábamos un número! ¡Ahora pasaréis los del uno al cien!

La joven entró de nuevo en el teatro y Alba abrió a toda rapidez en el móvil el correo recibido por parte de la organización y comprobó, para su alegría, que el número que le habían asignado estaba dentro de los cien primeros.

—Tengo el veintiuno.

—¡Qué guay! —respondió Karina—. Menos nervios y volveremos antes.

—Yo tengo el cincuenta y tres.

Las dos amigas se despidieron y Karina, tras desearle toda la suerte del mundo a su amiga, despareció calle arriba con la idea de hacer tiempo en algún centro comercial de la zona mientras Alba hacía la prueba.

—¿Vamos? —preguntó el chico con la vista fija en Alba que observa cómo su amiga desaparecía calle arriba—. Por cierto, me llamo Sergio.

—Yo soy Alba.

—Lo sé.

Los chicos entraron en el teatro rodeados de muchos otros jóvenes y no tan jóvenes que intentaban demostrar su valía a unos perfectos desconocidos. Les asignaron una sala donde podían calentar los músculos y Sergio no tardó en dirigirse a una de las esquinas más alejadas de la sala donde pudo calentar la voz sin que nadie lo escuchara. No era especialmente tímido en lo que a cantar se refería, pero le gustaba la tranquilidad y necesitaba concentrarse. Cuando escuchó a la joven de pelo rubio llamar al número veintiuno, se acercó a Alba y le deseó mucha suerte.

—Seguro que lo conseguimos —añadió ella con una sonrisa sincera en los labios y con la sensación de encontrarse muy a gusto junto a ese chico al que, prácticamente, acababa de conocer y con el que parecía compartir su gran pasión por la música.

—Voy a ver si puedo subir a verte.

Alba, sin pensar en lo que hacía, le guiñó el ojo y salió de la sala bajo la atenta mirada del chico al que se le había acelerado su corazón. Él abandonó la sala tras la joven de pelo rubio y, sin que nadie pudiera verlo, tomó un ascensor hasta la planta primera y allí entró en uno de los palcos donde se escondió entre los asientos, En cuanto vio a Alba en el escenario su corazón se detuvo. La música

comenzó a sonar y se extrañó de escuchar los primeros acordes de una melodía evidentemente clásica. Alba empezó a bailar al ritmo de la música y resultó evidente que lo suyo era el ballet clásico que no parecía gustar a los miembros de la compañía. Sentados en la platea lo observaban todo con mucho detenimiento y hablaban entre ellos. Sergio pudo ver que el que parecía llevar la voz cantante se acercaba a la mesa y cogía el micrófono para, con toda seguridad, dar las gracias a Alba y desearle mucha suerte como despedida, pero, en ese preciso instante, la música se detuvo y la bailarina cayó al suelo como un muñeco de trapo. La mujer de la compañía sentada junto al hombre del micrófono le hizo un gesto para que se detuviera y él obedeció. La música volvió a copar la sala pero esta vez era bien distinta y Alba acompañó ese cambio drástico con una modificación en su forma de bailar que dejó a todos los presentes con la boca abierta. Tras una demostración sencilla, pero emocionante de lo que podía ser el ballet clásico, entregó una muestra brutal de baile callejero por toda la sala y para acabar con una pincelada de danza española con tal fuerza que, cuando acabó su prueba, nadie se veía capaz de respirar.

Alba se despidió de todos y salió del escenario. Sergio, desde su escondite, pudo ver cómo los tres miembros de la organización asentían tras una breve charla y dejaban el documento de acreditación de Alba separado de los demás. Sonrió y regresó a la sala de calentamiento donde encontró a Alba intentando recuperar el resuello.

—¡Ha sido…! ¡Guau!

—¿Me has visto? —preguntó ella emocionada.

—No me lo hubiera perdido por nada del mundo. He cogido un ascensor hasta la primera planta y me he escondido en uno de los palcos. He visto a los de la organización y estaban encantados contigo.

—¿Tú crees? Estaba muy nerviosa.

—Ha sido maravilloso. De verdad.

Los dos chicos se miraron y ambos se sonrojaron a la vez. Por alguna extraña razón, se sentían muy cerca el uno del otro y sabían que aquello que les estaba pasando era único. Alba estaba deseando escuchar cantar a Sergio y, en cuanto él abandonó la sala detrás de la joven rubia, no se lo pensó dos veces y salió al pasillo en busca del ascensor que encontró en un rincón oscuro del teatro. En la primera planta salió del elevador y entró en el palco más próximo donde, como había hecho Sergio unos minutos antes, se escondió detrás de los asientos.

—Buenos días —saludó la mujer de la organización—. ¿Eres Sergio Fernández?

—Sí, soy yo.

—Aquí pone que bailas y cantas.

—Sí.

—Adelante.

La música comenzó a sonar y Alba aguantó la respiración. Para su sorpresa y para la de los jueces, el chico desgarbado y algo descoordinado al andar, se transformó en una máquina de bailar *breakdance*. Llevaba un chándal holgado de color gris que se movía de un lado a otro mientras él parecía sacudirse como una batidora. Un instante después, sacó del interior de la chaqueta una gorra, se la puso hacia atrás y comenzó a rapear al ritmo de la música mientras con su letra criticaba a los chicos que hacían *bullying* en los institutos y colegios.

Tú no puedes conmigo,
porque tú no eres nada,
eres como una mierda
una mierda sin cara.

Tú te metes conmigo,
y me partes la cara,
pero a mí no me importa
porque yo tengo alma.

Las estrofas se fueron repitiendo una tras otras y dejaron una huella profunda tanto en la organización como en la propia Alba que supo que el chico moreno de los ojos azules cantaba con conocimiento de causa. Ella nunca había acosado a nadie en el instituto pero sabía que la mayoría de esos chicos guays con los que solía salir sí lo hacían. Se sintió fatal y una lágrima rebelde surcó su mejilla y mucho más cuando Sergio, a sus quince años, dejó a todos helados con una representación impresionante de un tema de Jacques Houdek con el que había encandilado a Europa en Eurovisión mostrando su voz aguda y templada para el pop mezclada con el registro grave de un tenor lírico. Al acabar, los miembros de la organización le preguntaron algunas cosas a Sergio en relación a su educación musical y le dijeron que estuviera muy pendiente del teléfono.

Justo cuando iba a abandonar el palco, se fijó en que uno de los miembros de la organización cogía la autorización de Sergio, la separaba de todas las demás, y la colocaban sobre otra, separada con anterioridad, y que reconoció desde la distancia por la firma alocada de su padre que tan bien había falsificado. Sonrió al verse separados de los demás y tuvo que apretar los dientes para no gritar con todas sus fuerzas. Regresó a la sala de calentamiento al mismo tiempo que Sergio y no tuvo más remedio que dejarse llevar y abrazarlo.

—Ha sido precioso. Yo… lo siento —dijo ella con la voz entrecortada.

—¿Qué sientes? —preguntó él rígido como una escoba al sentir el cuerpo fibroso de la joven junto al suyo.

Alba se separó de él, pero le cogió las manos antes de continuar hablando.

—Ese rap… Yo… no sé si alguna vez te he maltratado en el instituto. Si lo he hecho, lo siento.

—No te preocupes. Para eso ya están tus amigos. Pero yo sé que tú eres distinta.

Alba sintió el pulso del chico en sus propias manos y su corazón comenzó a latir a mil por hora. No podía entender lo que estaba ocurriendo, pero se sentía más unida a ese chico de lo que jamás habían sentido por nadie que no fueran sus padres o su amiga. Tenía claro que aquello era una locura, aunque, sin pensar muy bien lo que hacía y dejándose llevar por lo que le gritaba todo su ser, se puso de puntillas para alcanzar el rostro de Sergio y lo besó en los labios con ternura. Él no supo cómo reaccionar, pero ella se acercó a él y le condujo sus brazos largos alrededor de su cintura. Unos segundos después se separaron y ambos se miraron con el rostro teñido de carmesí y un brillo especial en la mirada.

—Vamos a tomar algo —sugirió Alba con la voz entrecortada—. Tenemos mucho que celebrar.

Él asintió y, tras coger su bolsa de deporte y echársela al hombro, se situó junto a Alba sin atreverse a rozarla. No hizo falta. La joven de trece años dio la vuelta a la tortilla y tomó las riendas de la situación. Cogió la mano de Sergio de nuevo, le dio un beso en los labios y tiró de él en dirección a la calle donde tuvieron que hacer un esfuerzo para poder atravesar la barrera de adolescentes que, como ellos, pensaban sorprender a los miembros de la organización. Al llegar a la acera se encontraron con Karina que los esperaba con evidente nerviosismo.

—¿Qué tal? ¿Alguna novedad?

Alba miró de reojo a Sergio y sonrió al tiempo que él volvía a sonrojarse.

—Una novedad muy grande.

Alba levantó su mano y Karina pudo ver cómo sus dedos entrelazaban los largos y huesudos de Sergio. El chico se encogió de hombros y ambos comenzaron a caminar en dirección hacia la plaza de Callao con la idea de tomar algo para celebrar que la prueba parecía haber sido un éxito para los dos, pero también para celebrar que el amor aparece donde menos te lo esperas. Karina se quedó quieta en la acera sin saber si seguirlos o no, aunque, al ver a los dos tortolitos tan acaramelados, se alegró por ellos dos y continuó su marcha.

—Entonces, ¿os han cogido?

(Es un cuaderno olvidado pero no perdido. Te invito a continuar con esta historia y a hacerla tuya. No olvides que en las palabras está la fuerza y la razón. Escribe tu parte, deja un trocito de tu alma en ella y deposita el cuaderno olvidado allá donde lo encontraste. Otro continuará tu historia si se lo pides. Selene y Sofía.)

Esperanza

Alba regresó al barrio cuando la panadería estaba a punto de cerrar. Todos los sábados, la chica preparaba la comida para sus padres y así ellos podían dedicarle más tiempo al negocio familiar, pero aquel día todo era distinto y no le quedaba otra que apechugar con las consecuencias de su supuesta rebeldía. Se bajó del autobús junto a Sergio y ambos se detuvieron frente a la marquesina.

—Bueno, yo me voy —comentó Karina en voz alta para hacerse escuchar por los dos tortolitos que tan solo tenían ojos para ellos mismos—. Luego nos vemos. Bueno, no os interrumpo más. ¡Vaya dos!

A pesar de los intentos por llamar la atención de su amiga, Karina comprendió que ni nada ni nadie podría separar sus ojos de los de Sergio por lo que, tras sonreír como una chica que se alegra por su mejor amiga, se despidió con un movimiento de la mano, dirigido al limbo, y atravesó la gran avenida en dirección a los bloques altos donde ella vivía con sus padres, su abuela y su hermano pequeño.

Alba bajó la vista un instante pero Sergio no podía ni quería perder el contacto visual. Los ojos de la chica le parecían los más bonitos que jamás había visto y se sentía atraído por su preciosa mirada y su increíble y abierta sonrisa. Tenían que despedirse porque ambos tenían cosas que hacer y padres a los que mentir, pero no querían que su aventura terminara tan pronto. Sergio tuvo una idea para calmar su ansiedad.

—¿Quieres que vayamos al cine esta tarde? —preguntó con cierto nerviosismo y con el temor de quien cree haber pasado una línea invisible y traicionera.

Alba meditó un instante antes de responder. Sus padres eran muy estrictos y, con toda seguridad, estarían enfadados con ella por no haber preparado la comida pero tampoco quería perder la oportunidad de pasar la tarde con un chico maravilloso al que nunca habría mirado en otras circunstancias, pero que se había ganado su amor con su preciosa voz y su gran corazón. No se lo pensó más de la cuenta, aunque sabía que debería enfrentarse a sus padres.

—De acuerdo.

—¿En serio? —pregunto Sergio medio incrédulo y medio feliz—. ¿Vas a venir conmigo al cine?

—Sí. No sé cómo voy a hacerlo para que mis padres me dejen, pero iré contigo al cine.

Sergio se separó de Alba y comenzó a dar vueltas por la plaza como un bailarín aunque con ello demostró que era mucho mejor cantando que bailando. Alba se echó a reír al ver al chico feliz y saltando de un lado a otro pero no le quedaba otra que irse por lo que llamó la atención de Sergio y este volvió a ella en un suspiro.

—Tengo que irme. ¿Quedamos aquí a las seis?

—Fantástico. Seré puntual como un reloj austriaco.

—¿No era puntual como un reloj suizo?

—Bueno, supongo que los relojes austriacos también serán puntuales.

Alba se echó a reír de nuevo ante las ocurrencias del chico, se despidió de el con un movimiento de la mano e hizo ademán de correr hacia su calle pero él la detuvo en el último momento. Ella se acercó a Sergio para ver qué tenía que decirle, pero él la recibió con un beso tierno y sincero en los labios. Por un instante sintió el impulso de protestar ante la ocurrencia del chico, aunque, al ver los ojos enamorados de él, su corazón comenzó a latir a toda velocidad y tuvo la certeza de que ella también necesitaba ese beso como el comer. Colorada como un tomate sonrió al chico, dio la vuelta y cruzó la plaza a toda velocidad. Junto a la librería se volvió y suspiró al ver a Sergio plantado junto a la parada del autobús sin poder apartar la vista de ella. Le hizo un gesto con la mano en alto y ella correspondió antes de desaparecer en la pequeña callejuela que conducía al portal y donde Gabriel, el chico ciego, continuaba cantando con una voz tan dulce como la de Sergio. Al llegar a su altura se detuvo y comprobó que su corazón ya no golpeaba en su pecho con la misma fuerza que aquella mañana. Por alguna extraña razón, su corazón tan solo tenía cabida para Sergio y Gabriel se había convertido en un buen amigo y un compositor maravilloso.

El chico terminó la canción y recibió las últimas monedas y los últimos aplausos de la mañana. A pesar de su situación económica acomodada, esas pocas monedas significaban para él el reconocimiento a una carrera musical que podría haber llegado a algo de no haber sido ciego. Las cogió de la funda de la guitarra y se las guardó en el bolsillo con la idea de comprar con ellas el pan y el embutido con el que pensaba alimentar a los mendigos del barrio.

—Iba a ir ahora a la tienda de tus padres a por un bollo —comento con la mirada vacía en dirección a Alba que no pudo evitar sobresaltarse—. ¿Me acompañas?

—Nunca me acostumbraré a tu súperpoder —replicó Alba—. Eso de saber quién está cerca de ti es la caña.

—Tú también puedes hacerlo. Es fácil.

—¿En serio? ¿Cómo se hace?

Gabriel se acercó a ella y le dio un tierno golpecito en el hombro antes de ponerse en marcha en dirección a la panadería para comprar el tan ansiado bollo.

—Solo tienes que abrir los ojos y mirar a tu alrededor. No tiene mucho misterio.

—¡Qué gracioso eres! —protestó Alba al ver cómo el chico ciego le había tomado el pelo—. Yo me refería a descubrir quién está a tu lado con los ojos cerrados.

—No necesitas hacer eso porque puedes ver, pero te diré que deberías cambiar de colonia. Con trece años eres un poco mayor para llevar Nenuco.

Gabriel se echó a reír a carcajadas y Alba protestó en voz alta. Era verdad que usaba esa colonia pero no porque se sintiera una cría sino porque, por alguna extraña razón que ella misma no era capaz de comprender, ese aroma le hacía sentir como en casa a pesar de haberse criado rodeada por el aroma del pan recién hecho y de los cruasanes dulces y apetitosos. Nada más entrar en la panadería tronó el vozarrón del padre de Alba.

—¿¡Qué haces que no estás preparando la comida!?

—Ahora voy, papá —se disculpó Alba—. Tenía que hacer unas cosas y me he retrasado.

—Pues no me gusta.

Alba agachó la cabeza y salió de la panadería pero se quedó esperando a Gabriel. Le gustaba charlar con él y no tenía muchas oportunidad por lo que decidió que prefería acompañarlo a casa que no echar a correr ella sola para preparar la comida.

—Tu padre tiene mucho carácter —comentó el chico nada más abandonar la panadería con una palmera de chocolate envuelta en una bolsa de papel—. Ya sé de donde sacas tu mala leche.

Alba le dio a Gabriel un codazo en las costillas y ambos se echaron a reír. Como si fueran amigos de toda la vida, la chica le contó lo de la prueba para el musical y él se alegró mucho al ver que compartía con ella la vena artística y mucho más al tener claro que tenía capacidad para luchar aunque tuviera en contra a sus propios padres que no creían en su talento. Gabriel le habló del interés que sentía por Verónica y del momento en el que ella lo había besado y le había entregado un simple «gracias». Antes de aquella mañana junto a Sergio, a Alba le hubiera resultado doloroso hablar de aquello con Gabriel, pero ahora se sentía una mujer que había dejado atrás los enamoramientos tontos de una niña para vivir el verdadero amor junto a un adolescente que correspondía a sus sentimientos y parecía beber los vientos por ella.

Entraron en el portal entre anécdotas y risas y subieron las

escaleras como lo que eran, dos buenos amigos que se hubieran encontrado de repente en un lugar cualquiera. Alba vivía en el piso superior al de Gabriel y, al llegar a su planta, el chico decidió llamar al timbre de la vivienda de Verónica sin saber qué decir o lo que podía encontrar allí. Nadie contesto y, a pesar de insistir, el silencio parecía copar cada rincón de la casa de su vecina. Cuando estaba a punto de desistir en su empeño, una puerta cercana a la suya se abrió y de ella salió corriendo un perro labrador que, al ver a Gabriel, se puso de patas sobre él y comenzó a lamerle una de sus manos.

—¡Eh, Rocky! ¿Qué haces, chico?

Alba prefirió ignorar al perro de color canela para coger en brazos a un gato persa de pelo largo y del mismo color que el labrador que, nada más verla, se había puesto as ronronear alrededor de sus piernas.

—Buenos días, señora Sánchez.

—Buenos días, chicos —saludó una anciana de pelo blanco y mentón huidizo que, al escuchar los golpes en la puerta de Verónica, se había asomado para confirmar que nada ocurría en su rellano—. ¿Qué hacéis?

—Quería hablar con Verónica —explicó Gabriel sin dejar de acariciar al perro—-. Hoy la he notado un poco rara y me he quedado preocupado por ella. Después de lo que pasó.

—Hay que darle tiempo al tiempo —explicó la anciana—. Estas cosas no se superan en dos días.

—¿Qué le ha pasado a Verónica? —preguntó Alba con el ceño fruncido.

—¿No te has enterado? Pues es raro porque tus padres lo saben —comentó al tiempo que la señalaba—. Hace unas semanas murió su madre y ella es la que está tirando del carro.

Alba abrió la boca de par en par al escuchar la noticia. Se extrañó de que sus padres no le hubieran comentado nada, pero la muerte era uno de los temas que ellos parecían rehuir como si con ello la alejaran de sus vidas. Aun así, estaba más extrañada por el silencio de Gabriel. Sabía que era huérfano y lo perdonó porque comprendía que debía de ser un tema muy duro de tratar para él.

—Por lo visto, Marta, la hermana pequeña, ha dejado de ir al instituto y Verónica no puede hacer nada por animarla. Veo pasar a su padre como un alma en pena y no creo que ella pueda con todo.

La señora Sánchez se despidió de ellos dos tras su cotilleo y tras recuperar a sus dos mascotas y Alba y Gabriel se quedaron en la escalera sin saber bien qué hacer. Guardaron silencio durante unos minutos y decidieron que ambos harían lo posible por ayudar a esa familia a salir del pozo en el que habían caído y del que parecían no poder salir, aunque necesitaban encontrar la manera de hacerlo.

—¿No se te ocurre nada? —preguntó Alba con el desparpajo que tanto gustaba al chico ciego y que le daba a entender que hablaba con una chica de mente mucho más madura de lo que su edad indicaba.

—Esa niña tiene doce años y no creo que yo sea capaz de animarla después de perder a su madre.

—Pero yo tengo trece años…

Gabriel meditó durante un instante hasta que logró encontrar en su interior la respuesta más obvia para una situación como aquella. Tenía claro que no era la solución a todos los problemas de la hermana de Verónica, pero quizá pudiera ayudar a que se sintiera mejor.

—¿Por qué no te acercas a su casa y le preguntas si quiere dar una vuelta contigo?

Alba enarcó una ceja justo antes de fruncir el ceño.

—¿Y tú crees que va a querer salir con una chica que no conoce?

—No tenemos nada que perder.

Alba meditó un instante y no tardó en tomar una decisión. Tras despedirse del chico con la promesa de intentar sacar de su casa a la hermana de su vecina, subió las escaleras a toda velocidad y ya en su casa preparó lo más rápido que pudo unos espaguetis a la carbonara que sabía que encantaban a su padre.

Cuando sus dos progenitores regresaron a su hogar tras una larga y agotadora mañana de sábado en la panadería, su padre se alegró de ver los espaguetis sobre la mesa y su madre, tras quitarse los zapatos y frotarse los pies con cierto deleite, se puso las zapatillas de estar en casa y se sintió una mujer nueva y sin ganas de discutir con su hija. La comida fue como un oasis en el desierto para Alba que vio cómo sus progenitores disfrutaban del almuerzo entre risas y algún que otro comentario divertido. Durante un instante, Alba se vio tentada de preguntar a sus padres por la madre de su vecina, pero no quería romper la atmósfera familiar que se había creado y que se rompió en cuanto su padre se sentó en el sofá, eructó con fuerza y, tras poner la televisión, se quedó dormido como un bendito.

—No hagas ruido. Ya sabes que tu padre lleva en pie desde las cinco de la mañana.

Alba asintió algo molesta por la advertencia de su madre porque ya no se veía como una niña y la siesta de su padre había sido algo sagrado desde que ella tenía uso de razón. Tener un padre panadero hacía que su vida fuera distinta a la de sus amigas porque no podía disfrutar de las vacaciones como ellas y hasta una noche de navidad o fin de año se convertía en algo extraño cuando su padre se acostaba nada más cenar y con la única idea en la cabeza de madrugar para preparar cientos de churros que vendía a todos los jóvenes borrachos que acudían en tropel cuando el alcohol comenzaba a apoderarse de

su voluntad y sentían la necesidad de llevarse algo al estómago. Su padre siempre había dicho que las navidades eran su particular agosto y esa frase estaba grabada a fuego en la cabeza de Alba.

La joven se sentó en el sofá junto a su madre, pero no dejaba de mirar el reloj una y otra vez. A las cinco de la tarde se puso en pie de un salto y despertó a su madre que también se había quedado algo traspuesta en el salón.

—Mamá, me voy a casa de Karina.

—¿Y eso?

—Tenemos que hacer un trabajo para el instituto.

—¿Y por qué no habéis quedado aquí?

Alba sonrió triunfal al comprobar que su madre era más transparente de lo que ella misma podía imaginar. Hizo un gesto con la cabeza hacia su padre dormido.

—No queríamos molestar a papá.

—Eso está bien, hija. Eres muy aplicada y eso me gusta.

Alba besó a su madre y ella sonrió. Se despidió de nuevo desde el sofá, cogió su mochila para no despertar ningún tipo de recelo en su madre y salió al descansillo con una única idea en la cabeza que podía ser descabellada, pero con la que intentaba ayudar a más de una persona. Sabía que lograr que la hermana de Verónica saliera de casa podía resultar beneficioso para la misma niña, para su familia y para Gabriel que con ello podía conseguir que su vecina decidiera acercarse algo más a él. Ella tan solo tenía ojos para Sergio desde lo ocurrido unas horas antes y deseaba que su amigo ciego pudiera disfrutar del amor al igual que ella lo estaba haciendo.

Se detuvo frente a la puerta de la vecina de Gabriel y tomó aire un par de veces antes de apretar el timbre. Guardó silencio e intentó escuchar cualquier ruido que llegara desde el otro lado de la plancha de madera, pero el silencio más absoluto reinaba en la vivienda. Volvió a apretar el timbre y de nuevo guardó silencio. Creyó escuchar un pequeño ruido tras la puerta y, cuando vio un pequeño reflejo dorado allá donde se encontraba la mirilla, supo que al otro lado de la puerta alguien la observaba. Aunque esperaba la callada por respuesta, cuál fue su sorpresa al escuchar la manija y ver que la puerta se abría lentamente. Se encontró frente a Verónica y, por las marcas rojizas que mostraba alrededor de sus ojos azules, supo que había estado llorando.

—Hola, soy Alba, vuestra vecina de arriba.

—Lo sé. Eres la hija de los panaderos.

Alba asintió y, al escuchar la voz entrecortada de su vecina, confirmó la peor de sus sospechas. Era evidente que el dolor se había adueñado de esa familia y en su mano estaba paliarlo de alguna manera. Había llegado el momento de poner en marcha el plan que

había ideado Gabriel y, sin que Verónica pudiera verlo, cruzó dos de sus dedos de la mano izquierda.

—Verás, tenía pensado ir al cine y quería saber si a tu hermana le apetecería acompañarme.

Verónica abrió la boca de par en par sin saber muy bien qué contestar y tuvo que tragar saliva un par de veces para lograr que el nudo que atenazaba su garganta aflojara lo suficiente como para permitirle expresar sus reticencias.

—Yo… Te lo agradezco pero no es un buen momento. Mi hermana está… Mi madre…

—Ya sé lo que le pasó a tu madre y también sé que tu hermana no quiere salir de su habitación. Déjame intentarlo, por favor.

—¿Por qué haces esto por mi hermana? —preguntó Verónica con los ojos llorosos—. Ni tan siquiera la conoces.

—Eso tienes que preguntárselo a tu vecino. Puede ser muy persuasivo cuando quiere.

Alba le guiñó un ojo a su vecina e hizo un gesto con la cabeza en dirección a la vivienda de Gabriel. Verónica miró hacia el lugar que ella mostraba y sonrió con tristeza. Había decidido despedirse del chico ciego incluso antes de poder mostrarle lo que sentía por él y ahora se aparecía ante ella como su ángel de la guardia. Abrió la puerta de par en par y le franqueó la entrada a Alba.

—Lo más seguro es que mi hermana te eche. Desde que murió nuestra madre está… Parece otra.

—No te preocupes. No perdemos nada por intentarlo.

Alba acarició el hombro de Verónica con cariño y la siguió pasillo adelante hasta una puerta cerrada. Verónica golpeó un par de veces y abrió sin esperar respuesta alguna por parte de su hermana. En cuanto entró en el cuarto, Alba se percató de que la hermana de su vecina permanecía escondida debajo de las sábanas. Le hizo un gesto a Verónica para que saliera del cuarto y las dejara solas y la hermana mayor obedeció como si fuera un corderillo camino del matadero.

—Muchas gracias —dijo antes de marcharse.

Alba no respondió. Tan solo se encogió de hombros como si lo que estuviera haciendo fuera lo más normal para una chica de su edad. Dio un par de pasos hacia la cama pero se detuvo al ver que el bulto que se escondía bajo las sábanas se movía.

—Hola, Marta. Soy Alba, vuestra vecina de arriba.

Guardó silencio y esperó la respuesta de la niña, pero tan solo un gruñido salió del montón de ropa. Alba dio un par de pasos más y se plantó junto a la cama. Suspiró con fuerza y se sentó en el borde del colchón.

—Verás, esta tarde voy a ir al cine y me gustaría que me acompañaras.

—Déjame en paz.

La voz áspera de Marta le dio a entender que no era bien recibida en su habitación, pero ella decidió que podía seguir intentándolo hasta que la niña lo permitiera.

—Es que… no tengo muchas amigas y había pensado que podías venir conmigo.

—No quiero ir al cine. Ni contigo ni con nadie.

Silencio absoluto. Alba tragó saliva con fuerza y no vio el camino a seguir. Marta se negaba a salir de entre las sábanas y ella tan solo era una chica que iba a ir al cine con su nuevo novio y que había visto en ello la posibilidad de animar a su vecina. Al pensar en Sergio y en cómo la había tratado y lo bueno y cariñoso que parecía, se abrió una ventana en la más absoluta oscuridad. Se dio cuenta de que quizá esa fuera una buena excusa para convencer a su vecina.

—Es que… necesito tu ayuda.

Esperó la respuesta opaca o el gruñido ronco pero la persona que permanecía escondida bajo las sábanas parecía prestarle toda su atención. Se envalentonó y continuó con su mentira piadosa.

—He conocido a un chico y me ha invitado a ir al cine con él, pero me da cosa. Ya te he dicho que no tengo muchas amigas.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Solo venir con nosotros al cine —explicó con una sonrisa en los labios al ver que su mentira había despertado el interés de Marta —. Parece un buen chico, pero si voy sola creerá que soy una chica fácil.

Une vez más, no hubo respuesta por parte de Marta por lo que Alba pensó en la batalla perdida y se levantó de la cama para salir de la habitación. Dio un par de pasos hacia la puerta y se detuvo de nuevo al escuchar ruido a sus espaldas. Se dio la vuelta y se encontró con los ojos oscuros y el pelo revuelto de la niña de doce años a la que quería ayudar. Ambas se miraron con curiosidad hasta que Marta decidió asentir.

—Te ayudaré, pero me debes una.

—Y una muy grande —respondió Alba sonriente y feliz al ver que su plan había funcionado.

—¿Y cuándo has quedado con él?

Alba miró su reloj de pulsera.

—En veinte minutos.

Marta despegó los labios y Alba pensó en que se iba a negar en redondo a hacer de carabina, aunque de nuevo volvió a sorprenderla.

—Espérame en el salón. Me lavo, me visto y nos vamos.

—Okey.

Alba salió de la habitación y en el pasillo se encontró con la mirada anhelante de Verónica que había intentado escuchar la

conversación, pero sin mucho éxito. Levanto una ceja expectante y, al ver la sonrisa en el rostro de Alba, dio un par de saltos de alegría.

—¿Lo has conseguido?

—Pues, sí.

—¿Y cómo?

—Le he dicho que tiene que hacerme de carabina con un chico. Eso me recuerda que tengo que escribir una nota para Sergio.

Alba sacó una hoja de papel de su cuaderno y, mientras Verónica la observaba con curiosidad, la chica se inclinaba sobre el aparador y garabateaba un par de frases a toda velocidad. Terminó justo en el momento en el que Marta salía de su habitación con unos vaqueros, una camiseta de Snoopy y una cazadora vaquera.

—Vero, me voy al cine con Alba. Tengo que… Bueno, que me voy.

—Me parece bien. Diviértete mucho.

Verónica sacó del bolsillo de sus pantalones un billete de diez euros y se lo metió a su hermana en el bolsillo abotonado de la cazadora. Marta miró a su hermana y, por primera vez en las últimas tres semanas, sonrió. Al pasar Alba a su lado le acarició el brazo con infinita gratitud y ella le sonrió con la misma franqueza con la que había sonreído su hermana. Salieron de la vivienda como dos amigas que lo fueran de toda la vida y, en el camino hacia la parada del autobús situada en la plaza, Alba le fue contando a Marta cómo había conocido a Sergio esa misma mañana en la prueba en el teatro y el miedo que sentía al verse a solas con él. La misma mentira piadosa que le impedía contarle que Sergio en realidad le parecía un cacho de pan incapaz de hacerle daño a una mosca y que iba con él al cine con la seguridad de pasarlo bien y de regresar a casa con una bonita sensación.

—¿Llevas mucho tiempo bailando? —preguntó Marta emocionada al encontrarse frente a una chica poco mayor que ella pero con las ideas tan claras.

—Toda la vida. ¿Y a ti qué te gusta?

—Quería aprender a tocar el piano y mi madre me lo había prometido para el curso que viene, pero ahora…

—Pues lo que tienes que hacer es animarte, seguir en el instituto y seguro que tu padre y tu hermana cumplen la promesa de tu madre.

—¿Tú crees?

—Claro que lo creo. —Alba se detuvo al llegar a la plaza y miro hacia la parada del autobús—. Mira, aquel es Sergio.

Cruzaron la plaza y el chico, al ver a Marta, frunció el ceño durante un instante, pero ese gesto le duró lo mismo que tardó Alba en darle un tierno beso en los labios. Aprovechó el momento para resbalar la nota manuscrita en la mano del chico que, al separarse de

ella, enarcó una ceja.

—Esta es Marta. Es amiga mía desde hace tiempo y le he pedido que venga al cine con nosotros.

Sergio miró a las dos chicas con un semblante serio, aunque, al ver la mirada suplicante de Alba, sonrió y asintió.

—Encantado de conocerte, Marta —saludó con mucha más educación de la que Alba había imaginado en él, que ya era mucha—. Muchas gracias por venir con nosotros al cine.

—De nada —replicó Marta algo azorada al ver los ojos profundos del chico y los hoyuelos que se le formaban al sonreír.

Sergio aprovechó un breve momento de complicidad entre las dos chicas para leer la nota donde Alba le explicaba que la madre de la chica había muerto hacía poco y que quería que saliera de casa. Él miró a Alba una vez más y sus ojos se cruzaron. Él asintió y sonrió de nuevo desmontando de un plumazo las pocas dudas que aún pudiera albergar en su corazón.

Resultó una tarde preciosa en la que Alba y Sergio pudieron disfrutar de su primera película juntos y Marta volvió a sonreír tras mucho tiempo de oscuridad y tristeza. Y esa misma tarde, aunque pudiera parecer mentira, nació una amistad entre dos jóvenes que soportaría el paso del tiempo y se haría más fuerte como el amor entre los dos adolescentes.

(Es un cuaderno olvidado pero no perdido. Te invito a continuar con esta historia y a hacerla tuya. No olvides que en las palabras está la fuerza y la razón. Escribe tu parte, deja un trocito de tu alma en ella y deposita el cuaderno olvidado allá donde lo encontraste. Otro continuará tu historia si se lo pides. Harry.)

Gracias

Verónica no dejaba de dar vueltas de un lado a otro del salón nerviosa como no lo había estado en mucho tiempo. Desde que su padre decidiera refugiarse en su trabajo, ella se había echado a las espaldas la responsabilidad de cuidar y de educar a su hermana pequeña. Sabía que eso era lo que su madre hubiera querido de estar junto a ellas para expresárselo, pero, por otro lado, no se veía con fuerzas para luchar por sanar el corazón de su hermana cuando el suyo estaba hecho añicos.

A pesar de todo ello, encontrar a Gabriel era lo mejor que le había podido pasar y, aunque ya se había percatado del enorme corazón que el chico ponía en todo lo que hacía, ahora era cuando de verdad valoraba a su vecino como a un amigo. Lo que había hecho por su hermana no tenía precio y le hacía cuestionarse todo lo que ese mismo día se había prometido a sí misma. No quería romper el corazón de nadie y no se veía preparada para mantener una relación cuando su madre había fallecido tan solo unas semanas antes, pero necesitaba sentirse viva y también sabía que su madre se alegraría por ella. Siempre les había dicho que lo único que necesitaba un padre para ser feliz era ver reflejada esa felicidad en sus propios hijos y ella lo creía a pies juntillas.

Cuando sonó la llave en la cerradura se sobresaltó e hizo ademán de echar a correr hacia el pasillo, pero prefirió contenerse para que su hermana no creyera que la estaba esperando. Se dejó caer en el sofá y cogió una revista al buen tuntún que dejó sobre su regazo y abrió por una de las páginas al azar. Marta entró en el salón y se sentó en otro de los sillones para, poco después, coger el mando a distancia y poner la televisión en un canal para adolescentes. Verónica respiró hondo un par de veces esperando alguna explicación por parte de su hermana, pero, al ver que ésta no llegaba, se decidió a preguntar en tono neutro, para no mostrar demasiada ansiedad.

—¿Qué tal estás?

—Estoy bien. ¿Por qué?

Verónica resopló al comprobar que su hermana no estaba por la labor de contar nada de la quedada con su nueva amiga y decidió que debía intentarlo de nuevo.

—¿Cómo te lo has pasado?

—Bien.

—¿Qué habéis hecho?

—Hemos ido al cine.

—¿Y te lo has pasado bien?

—Ya me lo has preguntado.

Marta cogió el mando a distancia y apagó la televisión. Se puso en pie y, ante la desesperación de Verónica que necesitaba saber algo más para quedarse tranquila, salió del salón y se fue a su habitación. Esperó el consabido portazo que su hermana se había acostumbrado a dar en las últimas semanas, pero, para su sorpresa, este no llegó. Escuchó las puertas del armario de la habitación de Marta abrirse y cerrarse unas cuantas veces y, cuando oyó las pisadas en el pasillo, aguantó la respiración y esperó pacientemente con los dedos cruzados debajo de la revista.

—Me voy —anunció Marta pasando de largo.

—¿A dónde vas?

—He quedado con Alba —explicó desde el vestíbulo—. Me va a invitar a merendar en la pastelería de sus padres.

Verónica se alegró por su hermana y mucho más cuando la vio asomarse por la puerta del salón con una sonrisa tranquila en los labios. Ninguna de las dos dejaba de pensar en su madre ni un instante, pero Verónica sabía que su hermana necesitaba entretenerse y volver a sonreír.

—¿Sabes que Alba ha conocido a un chico? Está hecha un lío y necesita a una amiga.

Marta despareció y Verónica apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y miró al techo del salón. Tantos años diciéndole a su padre que la casa necesitaba una mano de pintura y ahora se encontraba de frente con uno de los desconchones que tan poco gustaban a su madre y de los que siempre se quejaba.

—Mamá, creo que Marta está mejor gracias a esa chica —explicó sin pensar en lo que hacía—. Parece que ha sido idea de Gabriel y no sé cómo agradecérselo.

Guardó silencio como si con ello pudiera escuchar la respuesta de su madre, pero sabía que era tan absurdo como que hablara con ella en voz alta. A pesar de ese pensamiento, su vista se detuvo en una de las fotografías que descansaba en el aparador y donde podía ver a sus padres felices y sonrientes en la puerta de la iglesia donde celebraron la ceremonia de la boda. Ella era una mujer feliz y él se mostraba satisfecho. Quizá ese era el mensaje que su madre necesitaba transmitirle desde donde se encontrara. Quizá solo quería decirle que continuara con su vida y buscara la felicidad que ella misma había disfrutado junto a su padre. Se puso en pie con cierta dificultad, se

secó con la manga las lágrimas que, sin esperarlo, habían aparecido en sus ojos y salió al rellano de la escalera. Dio un par de pasos en dirección al piso de su vecino, pero a mitad de camino se volvió y pensó en regresar a la seguridad de su hogar. Cuando estaba a punto de cerrar la puerta se dio cuenta de que quizá aquella fuera la única ocasión en la que tenía un motivo claro para ir a ver a su vecino. Volvió a caminar en dirección a su objetivo y apretó el timbre.

Los segundos fueron pasando y cayendo sobre el corazón de Verónica como una losa. Había sacado el suficiente valor para acudir al domicilio de Gabriel pero parecía no estar. Refunfuñó por lo bajo y se alejó de la puerta con la cabeza gacha cuando escuchó unos pasos cercanos, pero separados por un tabique. Su corazón comenzó a latir a toda velocidad en su pecho y, cuando se abrió la puerta y apareció ante ella el chico ciego con el pelo mojado y una toalla en la mano, se detuvo en seco. Aunque sabía que debía presentarse porque su vecino no podía verla, sentía la garganta tan seca que no logró articular palabra. Nunca había visto a Gabriel tan guapo como ahora y supo que, sin haberlo planeado, se había enamorado de él.

—Hola, chica de la vainilla.

Verónica sonrió al recordar que el olfato de su vecino era muy sutil y que la esencia de vainilla que ella utilizaba como perfume era muy significativa.

—Hola, vecino —contestó al tiempo que maldecía por lo bajo su falta de imaginación—. Yo… quería darte las gracias por lo que has hecho por mi hermana.

—No he hecho nada.

—No hace falta que seas modesto. Alba me ha dicho que ha sido idea tuya.

—¿Y ha funcionado?

—Ha funcionado. Ahora están merendando en la pastelería de los padres de Alba.

—Me alegro mucho. De verdad. Bueno, te tengo que dejar porque tengo una prueba en un bar para tocar los fines de semana y no quiero llegar tarde.

Verónica no quiso desaprovechar la oportunidad que se le brindaba de pasar algo más de tiempo con el chico al que había besado unas horas antes y del que había decidido alejarse sin conseguirlo. Tomó aire para armarse de valor y se lanzó a la piscina sin flotador.

—Puedo acompañarte a la prueba.

—Te lo agradezco, pero me puedo apañar.

La joven pensó en su ofrecimiento y se percató de que podía ser ofensivo para un chico ciego que había demostrado con creces que no necesitaba a nadie para sobrevivir. Decidió que necesitaba una

estrategia más decidida si quería pasar más tiempo con él.

—Quiero acompañarte a la prueba.

Gabriel sonrió al cerciorarse de que su vecina había cambiado la primera palabra de su ofrecimiento e incluso el énfasis con el que había pronunciado la frase original. No se lo pensó dos veces y aceptó.

—Tengo que terminar de prepararme. ¿Quieres pasar? Te puedo preparar un café.

—No te preocupes. No quiero nada. Con entrar en tu casa me vale.

Mientras Gabriel regresaba al baño para terminar de secarse el pelo y peinarse lo mejor que podía, Verónica decidió dar una breve paseo por el piso con la idea de conocer un poco más a su vecino. No quería entrometerse en una vida que no era la suya, pero la curiosidad se había apoderado de ella. Al cruzar el pasillo en dirección al salón la luz del baño la atrajo como a una polilla. Al llegar allí vio a Gabriel que luchaba con su pelo y con su ceguera para dejar sus cabellos lo más presentables posible. Verónica entró en el baño y, para sorpresa de Gabriel, le arrebató el cepillo y le acercó un taburete para que se sentara.

—Llevo tiempo luchando con el cabello de mi hermana. No creo que esto sea muy distinto.

Gabriel se sentó en el taburete y echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el vientre de Verónica. La joven no se lo pensó dos veces y, tras poner sus manos en las mejillas de su vecino, se inclinó y lo besó en los labios al igual que había hecho en la calle. Él respondió con el mismo ardor y tuvo que reprimirse para no ponerse en pie y lanzarse a sus brazos.

—Anda, no quiero que llegues tarde a tu prueba.

Verónica dejó el cepillo sobre la encimera, echó una buena cantidad de gomina en una de sus manos y, tras extenderla en las palmas, las pasó por el cabello largo y negro de Gabriel que, al sentir el contacto, se estremeció y experimentó un escalofrío en su columna. La joven fue separando pequeños mechones que se dedicó a colocar de forma estratégica hasta que logró el efecto deseado de un joven roquero a imagen y semejanza de alguno de los cantantes de moda que aparecían en el canal adolescente que su hermana solía ver en la televisión.

—Listo. Estás muy guapo.

—Qué pena que no pueda verme.

—Pues que sepas que estás a la moda. Eso sí, si te contratan, tendré que venir a peinarte cada vez que tengas actuación.

Verónica tragó saliva nada más escuchar su ofrecimiento y se extrañó de la falta de timidez que siempre hacía acto de aparición cada vez que tenía que tomar una decisión que podía cambiarle la

vida. Acababa de hacerle un ofrecimiento muy personal a su vecino y ni tan siquiera sabía si él sentía algo por ella a pesar del beso que acababan de compartir. La inseguridad le pertenecía por derecho propio y ahora estaba más presente que nunca.

—Me apunto. Cada vez que tenga un concierto te llamo para que vengas a peinarme pero tengo una condición…

—¿Cuál?

—Que el peinado incluya un beso como el de antes.

Gabriel sonrió con picardía y Verónica se puso colorada, aunque él no podía verla. Tenía la garganta seca de nuevo y no sabía qué contestar así que decidió que la mejor respuesta a esa petición era una muestra de sus verdaderas intenciones. Pasó una de sus manos por la mejilla de Gabriel y le dio un beso tierno en los labios al que él, de nuevo, correspondió acercándose aún más a ella. Sus lenguas bailaron una danza de amor y solo se separaron cuando sus respiraciones comenzaron a agitarse y se dieron cuenta de que estaban a punto de cruzar una línea que no volvería a aparecer jamás. Como un auténtico caballero que era tal y como se sentía, Gabriel se separó de Verónica y le pidió disculpas por hacerlo.

—No me pidas perdón —replicó ella azorada y feliz al mismo tiempo—. Me gusta lo que has hecho. Además, tienes que llegar a tiempo a la prueba. ¿Nos vamos?

Él asintió y, tras coger la guitarra y echársela al hombro, salieron del apartamento y bajaron las escaleras. Al llegar al primer piso, sus manos se rozaron por accidente y sus dedos se entrelazaron sin que ninguna fuerza de atracción hiciera falta. Fue algo natural y Verónica agradeció la falta de visión de Gabriel. El chico parecía tranquilo, pero ella se encontraba agitada por el contacto. Lo que no podía saber era que el corazón de su vecino latía a toda velocidad y que, por primera vez en su vida, sentía las famosas mariposas del estómago que tan solo habían significado para él una metáfora que incluir en alguna que otra canción.

Salieron a la calle y Verónica insistió en acercarse a la pastelería de los padres de Alba para comprobar el estado de su hermana. Al llegar allí, se asomó a la puerta y se dio de bruces con la madre de la niña que, con un dedo en los labios, la invitó a mirar en la trastienda. Alrededor de una mesa camilla, las dos chicas comían unos cruasanes mientras hablaban de sus cosas como si siempre hubieran sido amigas. Había un año de diferencia entre ambas, pero se veía a la legua que Alba hacía un esfuerzo para ponerse al nivel de Marta y ella se sentía más madura al poder hablar de chicos con su nueva amiga. Verónica regresó a la tienda y, con lágrimas en los ojos, le dio las gracias a la panadera por acoger a su hermana.

—Marta es una buena chica— explicó con un tono dulce que

agradó a Verónica y que le recordó a su propia madre—. Solo necesita que el tiempo cure sus heridas.

—Tu hija está ayudándola a eso y nunca se lo podré agradecer como se lo merece.

La madre de Alba le puso la mano en el hombro y le dio un tierno apretón. La acompañó a la puerta de la pastelería y vio a Gabriel que la esperaba al otro lado de la calle para respetar su intimidad.

—Es un gran chico. Me alegro mucho por los dos.

Verónica asintió y volvió a ruborizarse. Le dio un beso en la mejilla a la mujer y echó a correr en dirección al lugar donde su vecino la esperaba con la espalda apoyada en la pared de uno de los edificios. Sin pensar en lo que hacía, se acercó a él más de lo debido y le dio un beso tierno en los labios que él recibió con sorpresa y satisfacción.

—¿Y esto?

—Esto es porque, como ha dicho la madre de Alba, eres un gran chico.

Como si fuera lo más natural entre ellos se dieron la mano de nuevo y comenzaron a caminar al unísono en dirección a la plaza, pero allí Gabriel se detuvo y Verónica lo hizo a su lado.

—¿Qué ocurre?

—Tengo que ir a otro sitio antes de la prueba.

—¿Puedo acompañarte?

—Claro.

Subieron en el autobús que Gabriel indicó y pocos minutos después descendieron frente a la puerta del cementerio municipal. Gabriel cogió la mano de Verónica y ambos comenzaron a caminar hacia la entrada del camposanto. Una vez en su interior, Gabriel condujo a la joven hasta una plazoleta rodeada de nichos. Se detuvo frente a uno de ellos y tanteó la lápida para cerciorarse de encontrarse en el lugar correcto. Una vez comprobado, se acercó a Verónica y cogió de nuevo su mano para llevársela al corazón.

—Hola, papá y mamá. Hace algún tiempo que no vengo a veros, pero quería que conocierais a una chica maravillosa. Se llama Verónica y vive en el piso de al lado—. Gabriel giró la cabeza hacia la joven y ella tuvo la misma sensación que habría tenido de poder fijar su vista en ella—. Quería pediros un favor. Su madre ha muerto hace poco y seguro que está con vosotros. Decidle que sus hijas están bien y que luchan por su felicidad. Volveré dentro de poco. Os quiero.

Gabriel se besó en la yema de los dedos y acarició la lápida de mármol con su extremidad. Comenzó a caminar hacia la entrada del cementerio con Verónica a su lado en completo silencio. Al llegar al lugar donde la estatua de un hombre adornaba el camposanto, la

joven cogió la mano de Gabriel y lo obligó a detenerse. Se acercó a él todo lo que pudo y volvió a besarlo en los labios antes de esconder la cabeza en su pecho donde, por extraño que pudiera parecerle, se sentía protegida como si conociera al chico de toda la vida. Él suspiró y rodeó el cuerpo frágil de su joven vecina con sus brazos.

—Gracias —susurró ella—. De verdad.

—No tienes que darme las gracias.

—Tengo que hacerlo. Sé que tienes un corazón enorme que…

—Que te pertenece.

Verónica se quedó de piedra y no supo qué más decir. La última revelación de su vecino había sido una verdadera declaración de amor y la había dejado sin palabras. Lo único que pudo y que supo hacer fue apretarlo con fuerza como si temiera que pudiera escaparse. No quería volver a quedarse sola y Gabriel suponía un hombro en el que llorar y un corazón por el que luchar. Era mucho más de lo que jamás había soñado y, a pesar de considerarse atea o algo similar, comenzó a plantearse la posibilidad de que su madre estuviera en ese supuesto cielo del que todos hablaban y que desde allí velara por ella y le hubiera mandado a un ángel que ahora le pertenecía.

—Vas a llegar tarde a la prueba —comentó Verónica con una sonrisa en los labios que Gabriel no era capaz de ver. Era una de esas sensaciones que ella sabía que él no debía perderse por lo que decidió contárselo—. Que sepas que estoy sonriendo.

—¿Y por qué sonríes? —preguntó él con rostro serio e intentando hacerse el duro, pero sin conseguirlo—. No soy tan bueno como parece.

—Sí que lo eres y por eso sonrío. Porque me ha tocado la lotería. El gordo, el reintegro y la pedrea.

—Sí. Y también el cuponazo de los ciegos.

—Eres más tonto.

Verónica le dio un codazo al escuchar el comentario sobre su falta de visión, pero, antes de llegar a la parada del autobús, se percató del ingenio del chico y la frase mordaz terminó por destruir todas sus murallas. Como si no viniera a cuento se echó a reír a carcajadas. En un primer momento, Gabriel dirigió su cabeza hacia donde ella se encontraba y frunció el ceño pero la risa de la joven era muy contagiosa y no tardó mucho en comenzar a actuar como ella. Parecían dos locos riendo de manera irreverente en la puerta de un cementerio, pero lo que nadie podía imaginar era que se trataban de dos jóvenes enamorados que había sufrido mucho más de lo que se merecían y se creían con el derecho de reírse del mundo que tan mal los había tratado. Nadie podía reprochárselo y ambos se prometieron en ese preciso instante que, mientras pudieran, disfrutarían de la vida y dejarían que su corazón guiara cada uno de sus pasos. En cuanto

llegó el autobús que llevaba hasta el centro de la ciudad dejaron de reír y subieron en él. Se sentaron y comenzaron a reír de nuevo por lo bajo hasta que Verónica descubrió alguna mirada desaprobadora.

—Sssssss. La gente nos mira como si estuviéramos locos.

—Es que lo estamos. Por eso nos reímos. Como dijo no sé quién, si esto es estar loco, bendita locura.

—Ese no sé quién debía de ser alguien muy listo.

—No lo dudes.

Continuaron su camino entre risas y bromas y no dejaron de hablar ni por un instante. Aunque al principio ambos se mostraron sorprendidos por esa fluidez, poco a poco se dieron cuenta de que ambos necesitaban esa sinceridad, esa falta de barreras que todo lo mediatizaba. Tan solo eran dos jóvenes heridos que se necesitaban mutuamente para lamerse las heridas y para aprender a confiar de nuevo en el mundo que les había fallado. No querían ni necesitaban mirara más allá del aquí y el ahora y eso era, precisamente, lo que la vida les había negado. El único instante que dedicaron al silencio lo llenaron con un beso repleto de amor y compromiso en el que ambos entregaron parte de su ser y de su alma. Dos jóvenes heridos, pero cogidos de la mano. Dos jóvenes enamorados.

Llegaron al centro de Madrid y descendieron del autobús. A Verónica le maravillaba cómo se manejaba Gabriel por la gran ciudad sin necesidad de bastón como si una fuerza interior lo guiara hacia su destino. Las personas con las que se cruzaban lo veían caminar y le abrían paso y se quedaban observándolo. Por alguna extraña razón, ese hecho molestaba a Verónica que no entendía por qué llamaba tanto la atención un chico ciego. Intentó no pensar en ello y, cuando Gabriel la detuvo frente a la entrada de un bar, sus pensamientos volaban muy lejos de allí.

—¿En qué piensas? —preguntó Gabriel al verla tan callada.

—En que no tengo ni idea de cómo te orientas sin ver. Yo ya estaría perdida y tú, en cambio, parece que veas mejor que yo.

—Es un don y un don conlleva una gran responsabilidad.

Verónica se quedó callada y le prestó toda su atención. Nunca había oído hablar de ese don y mucho menos que conllevara una responsabilidad por lo que se quedó expectante hasta que Gabriel se echó a reír.

—Eso es lo que le dijo a Spiderman su tío.

—Eres más tonto.

Verónica puso morritos aunque él no pudiera verlo y se cruzó de brazos enfurruñada. Gabriel se abrió camino entre esa barrera y su propio cuerpo y la estrechó entre sus propios brazos. Ella suspiró y no pudo continuar con el enfado de pega. Se besaron una vez más antes de entrar en el bar.

—Me gusta la decoración —comentó Verónica que no dejaba de mirar a uno y otro lado—. Es muy de los años cincuenta.

—A mí también me gusta, pero es un poco oscura. Está todo negro.

Verónica sonrió ante el comentario de su vecino y le cogió la mano animada gracias a su buen humor y a los sarcasmos que parecían poblar su existencia. Le gustaba que fuera cínico pero no autodestructivo y que, sobre todo, se riera de su incapacidad. Un hombre de pelo blanco y gran bigote con las puntas rizadas se acercó a ellos y le tendió la mano a Gabriel.

—Tú debes de ser el cantante. —Al ver que no correspondía a su gesto retiró la mano y enarcó una ceja—. ¿Eres ciego?

—Lo soy. Encantado. Soy Gabriel.

Esta vez fue él el que tendió la mano y el dueño del bar le estrechó la suya con fuerza.

—En tu mensaje no me dijiste que eras ciego.

—Es que, por lo que me dijeron, en el anuncio pedían un cantante y no un cantante que pudiera ver.

Verónica vio cómo el hombre sonreía de medio lado al comprobar el desparpajo de Gabriel, pero, por mucho que ella no se lo explicara, parecía mostrar alguna reticencia.

—¿Y esta jovencita tan guapa quién es?

—Es… es…

—Soy su novia —respondió Verónica ante los titubeos de Gabriel que no sabía cómo etiquetarla.

No tuvo que darle muchas vueltas para darse cuenta de que tenía muy claro lo que era. Ya no era la vecina de Gabriel ni la chica que pasaba ante su puerta y suspiraba. Tampoco era la joven que lo veía cantar y que sentía que su corazón se le iba a escapar del pecho. Era su novia. Solo eso. Tan poco y tanto a la vez.

—Bueno, está claro que, si has conseguido ligarte a una chica como esta, debes de cantar de miedo.

—Y también es ella la que me ha peinado.

Verónica se maravilló al ver que Gabriel, lejos de molestarse por el comentario del dueño del bar, prefería, una vez más, sacar su lado humorístico y reírse de todo aquello que hubiera molestado a cualquiera. Tenía claro que era un chico fuera de lo común y que merecía mucho la pena.

—Adelante. Déjanos con la boca abierta.

Gabriel movió la cabeza de un lado a otro y Verónica reaccionó a toda velocidad. Lo condujo hasta el escenario donde él parecía moverse como pez en el agua. No tardó en encontrar el amplificador y, en cuanto enchufó la guitarra, su rostro se iluminó. Se sentó en un taburete, rasgó las cuerdas un par de veces y comenzó cantar.

Same bed but it feels just a little bit bigger now
Our song on the radio but it don't sound the same
When our friends talk about you, all it does is just tear me down
'Cause my heart breaks a little when I hear your name…

Continuó tocando mientras recitaba cada uno de los versos de la canción de Bruno Mars. Verónica nunca lo había escuchado cantar de aquella forma y no pudo evitar emocionarse. Se sentó en uno de los taburetes junto a la barra y no pudo apartar los ojos de Gabriel ni por un instante. Al acabar, aplaudió a rabiar como una fan enloquecida. El dueño del bar la miró de reojo y sonrió.

—Muy bonito, chico. ¿Tienes algo tuyo o solo versionas?

—También compongo.

—No necesito escuchar nada más.

Gabriel se levantó y desenchufó la guitarra. La guardó en su funda y bajó del escenario con más seguridad de la que había mostrado al subir. Verónica miraba su gesto serio y también observaba al dueño del bar. Gabriel se acercó a la barra y tendió la mano allá donde presentía que se encontraba el hombre del bigote.

—Muchas gracias por su tiempo —dijo convencido de la negativa por parte del dueño.

—¿Y no quieres saber ni el horario ni las condiciones económicas?

—¿Estoy contratado? —preguntó Gabriel sorprendido.

—Por supuesto, chico. Tienes más alma cantando que todos los supuestos músicos que han pasado por este escenario. Te quiero aquí cada sábado a las diez de la noche. Cantarás hasta la una de la madrugada y te pagaré cien pavos.

—¿Al mes?

—Cada sábado.

Gabriel sonrió mucho más por la oferta laboral del dueño del bar que por la económica que no le preocupaba demasiado. Necesitaba cantar y tocar la guitarra y no conocía mejor lugar para hacerlo que un bar de ambiente en el que los clientes acudieran para escucharlo.

—Muchas gracias…

—Jake, puedes llamarme Jake.

Gabriel apretó el puño de alegría y se despidió del hombre del bigote. Salió del bar y, una vez en la calle, cogió las manos de Verónica y dirigió su rostro hacia donde ella se encontraba.

—No es la primera vez que hago una prueba de este estilo pero es la primera vez que me cogen. Está claro que me traes suerte. No puedo separarme de ti si quiero triunfar.

—No lo hagas, por favor —pidió ella en un susurro.

—¿El qué?

—Separarte de mí. No te separes de mí.

Gabriel pasó la mano por la mejilla de Verónica y notó la humedad que dejaban sus lágrimas. Sintió que el corazón se le detenía en el pecho y la abrazó con fuerza. Él necesitaba a la joven a su lado pero ella parecía necesitarlo aún más.

—Nunca me separaré de ti. Antes te cansarás de mí.

—Nunca.

Se separaron lo justo y necesario para entregarse todo su amor con un beso apasionado que selló un presente de dolor y frustración y les mostró un futuro esperanzador y que ambos podían compartir. Las palabras de Verónica salieron de sus labios como un suspiro.

—Te quiero.

Aguantó la respiración y esperó anhelante la contestación de Gabriel que no se hizo esperar.

—Yo también te quiero. Eres la luz en mi oscuridad. Iluminas mi alma.

Amor verdadero. Amor puro e incondicional que unió a dos seres atormentados y los convirtió en uno solo, en una preciosa historia de encuentros, de verdades, de honestidad y humildad a partes iguales. Amor que lograba vencer a la terrible soledad. Tan solo y para siempre… amor.

(Es un cuaderno olvidado pero no perdido. Te invito a continuar con esta historia y a hacerla tuya. No olvides que en las palabras está la fuerza y la razón. Escribe tu parte, deja un trocito de tu alma en ella y deposita el cuaderno olvidado allá donde lo encontraste. Otro continuará tu historia si se lo pides. Chus.)

Sabiduría

Escuchó las risas de los dos jóvenes y no pudo evitar acercarse a la puerta para echar un vistazo por la mirilla. Para ella, ese gesto, significaba el único contacto con la realidad que parecía haberla dejado de lado cuando su marido saliera huyendo hacia algún lugar que ella desconocía. Ya habían pasado dos años de aquello, pero para una mujer de su edad suponía quedarse sola en un momento en el que la compañía se hacía necesaria. Su perro y su gato se habían convertido en la única fuente de cariño y sentía que necesitaba algo más. Quizá por ello se había dejado ir y ahora parecía una de aquellas mujeres solteronas que basaban todas sus ilusiones en lo que podían ver tras un visillo o a través de una mirilla.

Gracias a esa costumbre había podido enterarse de lo que había ocurrido en la vida de sus vecinos. Sabía que Gabriel, el chico ciego, estaba perdidamente enamorado de su vecina Verónica y que esta, muy a su pesar ya que creía que le debía duelo a su madre, no había podido detener a su corazón. Ambos jóvenes se habían acercado porque era lo que los dos necesitaban cuando la vida de él se vestía de amarga soledad y la de ella de una profunda tristeza por el fallecimiento de su madre y el paulatino deterioro de su padre y de su hermana pequeña. Por suerte para las dos chicas, un ángel escondido en el cuerpo de una niña de catorce años había acudido al rescate y Marta había encontrado en ella a una amiga en la que confiar y un hombro en el que, de ser necesario, llorar las penas y amarguras. El único que parecía no poder levantar cabeza y que se hundía poco a poco en su miseria era el padre de las chicas que, apenado por la muerte de su esposa, había decidido canalizar su dolor convirtiéndolo en ira. Como si el pensamiento que rondaba su cabeza pudiera atraer a las ánimas del purgatorio, el padre de las chicas apareció por las escaleras y se detuvo junto a la puerta de su hogar. Sacó la llave del bolsillo y se dispuso a introducirla en la cerradura, pero, en el último momento, cambió de opinión y la volvió a guardar en el bolsillo. Dio media vuelta y se alejó de la puerta de su casa para huir del que había sido su hogar los últimos años. La señora Sánchez abrió la puerta sin pensar en lo que hacía ni el las consecuencias de sus actos y el perro labrador empujó con el hocico y salió en dirección al padre de los

chicos que no lo esperaba y a punto estuvo de caer al suelo.

—¡Rocky!

La señora Sánchez se quedó quieta al ver a su perro con las patas en la pechera de su vecino y esperó la reacción encolerizada del hombre, aunque esta no llegó. El padre de Verónica dejó la cartera en el suelo y comenzó a acariciar la gran cabeza del perro que, al sentir las manos sobre la testa, intentó lamer las manos que lo acariciaban. La señora Sánchez salió de su vivienda, cogió al perro por el collar y lo arrastró hacia la vivienda.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes —contestó él con voz seria—. Me gustan los perros. Creo que son los animales más nobles que existen. Deberíamos aprender de ellos.

El padre de las chicas sonrió de forma forzada y comenzó a bajar las escaleras en dirección a la calle. La señora Sánchez miró hacia el hombre y lo vio con los hombros caídos y la cabeza gacha. Sintió pena por él y la imagen de su marido atravesó su mente como un cuchillo. Él también agachaba la cabeza cuando se sentía apesadumbrado. Necesitaba hacer algo para animarlo así que, sin pensarlo mucho, cogió una chaqueta del perchero, cerró la puerta a su espalda y bajó las escaleras detrás de su vecino.

—¡Rafael!

El hombre se detuvo junto a la puerta de cristal y forja y la miró con rostro sereno y algo triste. Ella terminó de bajar las escaleras, atravesó el portal y se detuvo frente a él.

—Usted dirá, señora Sánchez.

—Lo primero que digo es que me llames por mi nombre que no es otro que Marga. Y lo segundo que necesito que me acompañes a la tienda de animales porque necesito pienso para Rocky y la bolsa pesa demasiado para mí.

Rafael buscó una excusa en su cerebro, pero no porque no quisiera acompañar a su vecina ni porque no fuera capaz de echarle una mano. Solo buscaba un poco de soledad y aquella mujer parecía incapaz de concedérsela. Cuando estaba a punto de decirle que no podía ir con ella a la tienda de animales vio pasar a su hija de doce años acompañada de la hija de los panaderos. La vio sonriente y, aunque sabía que la tristeza campaba a sus anchas en su interior, el hecho de contemplar con sus propios ojos que su hija había logrado levantarse de la cama y salir de casa significaba mucho para él.

—Parece que los jóvenes son mucho más fuertes que nosotros —comentó Marga al ver hacia dónde se dirigía la mirada de su vecino—. Ellos siempre lo superan todo y nosotros no somos capaces de levantar cabeza.

—No es fácil estar solo cuando llevas con una persona media

vida. Ellos buscan una salida en sus amigos, sus actividades, el instituto… Para los adultos en más complicado.

—Lo es porque no nos dejamos ayudar. Somos tan orgullosos que pensamos que no necesitamos a nadie a nuestro lado y es un error. —Marga miró hacia la plaza, pero, en realidad, tenía la mirada perdida—. El peor de los errores. La soledad se convierte en una costumbre más que en una lacra.

—Qué bien habla usted. Ni que hubiera sido profesora.

—En otra vida lo fui. Mucho antes de que mi marido decidiera que yo no era la persona con la que quería pasar el resto de su vida. No fui capaz de superarlo y la depresión pudo conmigo.

Rafael metió las manos en los bolsillos y comenzó a caminar en dirección hacia la plaza con Marga a su lado. Ella podía tener veinte años más que él, pero el dolor los unía y los convertía en dos personas que se necesitaban como sustento y que podían apoyarse la una en la otra para superarlo. Marga le llevaba la delantera porque su ruptura había ocurrido años atrás pero el dolor que Rafael sentía en su interior era nuevo y con la fuerza de un huracán que amenazara con destruirlo todo en su interior. Sabía que necesitaba ilusionarse para poder seguir viviendo, pero no encontraba un motivo que no fueran sus dos hijas. Aun así, ni tan siquiera con eso lograba levantar la cabeza y continuar la marcha.

—Al principio, la soledad es el peor de los enemigos —sentenció Marga sin necesidad de mirarlo para saber lo que cruzaba por su mente—. Las noches cuando uno se mete solo en la cama y cierra los ojos…

—Para mí es el despertar. Por la noche estoy cansado y, en cuanto cierro los ojos, me duermo como un bendito, pero por la mañana es otra cosa.

—A mí me pasaba al revés. Parecía que por la noche se me cayera encima el peso de todo el día, pero por la mañana me levantaba con las pilas cargadas y con la ilusión de empezar un nuevo día.

—Es curioso como cada uno reacciona de manera distinta ante el dolor y la soledad. Para mí, el comienzo del día es el puñetazo que me devuelve a la realidad tras una noche en la que no soy consciente de mi desgracia.

No volvieron a comentar nada más hasta que llegaron a la plaza y el sol les dio de lleno en la cara. Rafael intentó buscar la tristeza en su interior, pero, para su sorpresa, sintió que la charla con su vecina lo había animado y se sentía con fuerzas para tomar el resto de tarde con cierta energía que no creía poder encontrar. Por su parte, la señora Sánchez lo miraba de reojo de vez en cuando y pudo comprobar que su rostro poco a poco se iba suavizando como si el dolor se hubiera

disipado de alguna manera. Sonrió al recordar los primeros meses de soledad y lo bien que le hubiera venido tener a alguien con quien hablar; alguien a su lado que tan solo le hubiera ofrecido una sincera amistad. Ella ya se sentía mayor para empezar una relación y mucho más con un hombre veinte años más joven, pero necesitaba algún amigo con el que charlar y con el que compartir esos instantes de soledad que se volvían insufribles.

Llegaron a la tienda de animales unos minutos después y Marga se detuvo en la puerta del establecimiento justo delante de un cartel en el que se podía ver que el negocio tenía servicio de reparto a domicilio gratuito. Rafael miró el cartel, después volvió la cabeza hacia Marga y refunfuñó.

—No me fio de esos repartidores. Lo mismo compras comida para perros y te llevan la de los gatos. Son de lo que no hay. ¿Has visto ese cachorro?

Rafael se acercó al escaparate y, casi al instante, una pequeña nariz de color oscuro se pegó al cristal y comenzó a olisquear. Tras la nariz, unos ojos de diferente color observaban con curiosidad a Rafael que no pudo evitar sonreír al contemplar al cachorro de Husky que jugaba al otro lado de la cristalera. Dio unos toquecitos en el vidrio y el cachorro comenzó a saltar de un lado a otro al tiempo que aullaba como si le fuera la vida en ello.

—Anda, vamos a entrar —comentó Marga al ver que Rafael no se movía de su sitio frente al escaparate.

Ambos entraron en la tienda y Marga fue directamente hacia el mostrador para pedir el saco de comida de perros, pero Rafael, por el contrario, giró hacia la derecha y se acercó a los cubículos donde guardaban las mascotas y que servían para mostrarlas al público.

—¡Eh! Chiquitín. Te veo un poco solo.

El pequeño Siberian Husky se acercó al escuchar la voz de Rafael y se puso de patas en el lateral de la caja de madera para que el hombre pudiera acariciarle la cabeza. Rafael pasó su mano por la testa del cachorro, pero, al ver que el animal cerraba los ojos y comenzaba a ronronear como un gatito, metió las dos manos en el cubículo y cogió al perro. Lo alzó frente a él como si contemplara un melón en el mercado y el cachorro aprovechó la situación para darle un lametazo con el que le cruzó la cara a un sorprendido, aunque sonriente Rafael. Marga, al escuchar el ruido tras ella, sonrió y se dio por satisfecha al ver que su estratagema daba resultado.

—Ponme también una bolsa de comida para cachorros.

—¿Tienes mascota nueva? —preguntó el dependiente con una de sus cejas levantadas.

—Yo no, pero mi vecino creo que va a comprarse un cachorrillo. ¿Por cuánto me dejas el Husky?

—Teniendo en cuenta que no tiene pedigrí y que eres una buena clienta, te lo dejo por cien euros.

—Cincuenta.

—Ochenta.

—Cincuenta.

El dependiente supo que la decisión ya estaba tomada por lo que no continuó intentando regatear. Cogió la tarjeta de crédito que le tendió Marga y, tras marcar la cantidad final en el datáfono, se lo pasó a la mujer para que tecleara su número pin.

—¿Me podéis llevar la comida esta tarde a casa? —preguntó Marga al ver que Rafael no podría ayudarla.

—Claro, no hay problema.

Marga guardó su tarjeta de crédito en el bolso junto con el tique y se acercó a Rafael que, con el perro panza arriba sobre uno de sus brazos, no dejaba de acariciarle la barriga y de decirle cosas bonitas. Al ver a Marga junto a él y al comprender que su visita a la tienda había terminado, suspiró con tristeza, dejó al cachorro de nuevo en la caja de madera y, tras dirigirle una mirada fugaz, salió de la tienda y se colocó al otro lado del escaparate. Como si hubiera una conexión especial entre ellos dos, el cachorro corrió hasta colocarse frente al Rafael que movía el dedo al otro lado del vidrio. El Husky, por alguna extraña razón, comenzó a aullar en un tono triste y lastimero.

—Creo que ya te echa de menos —comentó Marga con la mano en el hombro de Rafael.

—Es un buen animal. Me gusta.

—¿Y por qué no te lo llevas a casa?

Rafael dudó un instante antes de contestar.

—No sabría qué hacer con él.

—Pues lo mismo que has hecho en la tienda. Mimarlo y quererlo. Te haría mucha compañía. —Marga, al verlo dudar, aprovechó el momento para soltarle la noticia—. Lo acabo de comprar. Es tuyo.

—¿Qué… qué dices?

—Que es tuyo. Anda, entra y cógelo que te está esperando.

Rafael se quedó quieto durante unos segundos, pero, al ver que el cachorro no se movía de donde estaba y que no le quitaba los ojos de encima, entró en la tienda, la dijo algo al dependiente y se acercó a la caja de madera donde el perro, al verlo, echó a correr en su dirección y se puso de nuevo de patas para comprometerlo. Rafael lo cogió en sus manos, lo elevó hasta su pecho y lo colocó sobre sus brazos. Se despidió del dependiente y salió de la tienda con el pequeño Husky en los brazos. Una vez fuera, se detuvo en mitad de la plaza y miró a su alrededor.

—Madre mía, ahora soy responsable de una vida humana.

—Bueno, muy humana no es que sea pero te recuerdo que ya tienes dos hijas que dependen de ti. Esto no es muy distinto.

Rafael sonrió al percatarse de su error al hablar del perro como de una vida humana y se dio cuenta de que sentía por el animal un vínculo que parecía haberse roto con sus propias hijas. Se sintió mal por ellas y por la carga que tenían que soportar. No solo habían perdido a una madre sino que su padre se había comportado como un egoísta que tan solo había sido capaz de mirarse el ombligo sin importarle que sus dos hijas estuvieran sufriendo lo mismo o más que él. Se dio cuenta de que, por muy doloroso que fuera el fallecimiento de su mujer, seguía siendo el padre de dos chicas maravillosas que no merecían sentirse como dos desgraciadas. Se sentó en uno de los bancos del parque y dejó al cachorro en el suelo. El animal comenzó a olisquear a su alrededor, pero, cada poco, regresaba junto a Rafael y restregaba el lomo en su pierna como si con ese gesto le recordara que seguía estando ahí. Marga se sentó a su lado y miró al cielo disfrutando de los rayos del sol acariciando su rostro.

—Es jodido, ¿eh?

Rafael miró de reojo a su vecina y frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A que es jodido perder a alguien y no darse cuenta de que el mundo sigue girando y no podemos bajarnos en marcha. Es una de las frases más inteligentes de Groucho Marx, pero de las más difíciles de cumplir.

—Yo había intentado bajarme del mundo pero me he dado cuenta de que no puedes hacerlo cuando tus dos hijas siguen en él y las quieres con locura.

—Creo que es un buen motivo para seguir viviendo.

Rafael meditó un instante lo que su vecina había intentado trasmitirle y su vista se posó en el pequeño cachorro que, quizá por cansancio o por la emoción del momento, se había enroscado junto a uno de sus pies y se había quedado dormido. Rafael lo cogió con mucho cuidado y lo colocó entre sus brazos donde el Husky se encogió aún más antes de suspirar.

—Tendré que ponerle un nombre ahora que forma parte de la familia.

—Eso estaría bien. Una buena mascota siempre necesita un buen nombre.

—¿Cómo se llama su perro? Lo digo para no repetir el nombre.

Marga frunció el ceño al recordar el origen del nombre de su mascota.

—Se llama Rocky. A mi ex marido le gustaban las pelis del boxeador ese que habla tan raro. Lo peor de todo es que, de tanto verlas, comenzaron a gustarme. Me sé todos los diálogos de memoria.

—Pues creo que voy a llamarlo Apollo, como el amigo de Rocky.

Ambos miraron al pequeño cachorro y se echaron al reír al mismo tiempo por lo esperpéntico de la situación. A pesar de todo, tenía una parte cómica que hizo que el día brillara de forma especial para los dos y, en especial, para el padre de las chicas. Estuvieron allí sentados durante casi media hora hablando de unas cosas y de otras pero sin que ninguna de ellas fuera lo suficientemente trascendental como para que empañara una bonita tarde, sentados en un banco del parque, con un cachorro en brazos.

—¡Un perro! ¡Tenemos un perro!

El pequeño Husky abrió los ojos y levantó la cabeza al escuchar el grito de una niña de doce años. Marta cruzó la plaza a la carrera junto a su nueva amiga Alba y se detuvo frente a su padre. Al ver al cachorro, Rafael se lo tendió y la niña lo cogió con una enorme sonrisa en los labios que su padre llevaba tiempo sin ver.

—¿Es nuestro? —preguntó la niña.

—Sí. Nos lo ha regalado la señora Sánchez. Es un nuevo miembro de la familia.

—¿Quién es un nuevo miembro de la familia?

Verónica apareció en ese momento en la plaza acompañada por Gabriel y ambos se acercaron al banco. Rafael pudo ver que su hija caminaba cogida de la mano del chico ciego, pero, al verlo, no sintió nada más que alegría al comprobar que su corazón pertenecía a un hombre honrado y trabajador como su vecino, al que tenía en gran estima.

—Papá ha comprado un perro.

—¿En serio?

Verónica se preparó para protestar al imaginar que sería a ella a la que le tocaría pasear al cachorro, darle de comer y limpiar todo lo que ensuciara, pero Gabriel, una vez más, le demostró que tenía una sensibilidad especial y que parecía estar dentro de su mente.

—Es curioso. Después de estas semanas, estáis los tres juntos gracias al cachorro. No es un mal comienzo.

Verónica cerró de nuevo la boca, ya preparada para protestar, y acarició al cachorro que, al sentir una nueva mano sobre su lomo, volvió la cabeza y la lamió como si con ese gesto intentara cerrar un círculo en torno a todos ellos.

—Vale, el cachorro se queda, pero no voy a encargarme de todo. Yo lo sacaré de paseo por la mañana antes de irme al trabajo, Marta lo sacara a mediodía al volver del instituto y papá por la noche. ¿Estamos todos de acuerdo?

Los tres se miraron con infinito amor y, al ver la situación y comprender que la felicidad podía estrechar lazos con la peor de las tristezas, Rafael se puso en pie, rodeó a sus hijas con sus brazos y no

pudo evitar que una lágrima resbalara por una de sus mejillas. Gabriel sintió la mano de Alba en la suya y la apretó con fuerza. La señora Sánchez se puso en pie, se acercó a Gabriel y le dio un beso en la mejilla.

—No lo hemos hecho del todo mal.

—Para nada.

Un círculo de amor y tres personas que desfrutaban del momento y de la felicidad que rodeaba a una familia que. unida por la soledad y el dolor, volvía a construirse alrededor de un pequeño cachorro que representaba todo el amor que eran capaces de compartir.

FIN